Serie Texas



# Me entregarás tu corazón

Sophie Saint Rose

# Me entregarás tu corazón

Sophie Saint Rose

Índice


Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Epílogo

# Capítulo 1

Jane se levantó de la cama y suspiró pasándose la mano por la nuca, apartando su largo cabello negro mientras caminaba hacia al baño. Entró encendiendo la luz y se mareó teniendo que apoyarse en el lavabo. Tardó unos segundos en que pasara antes de poder mirarse al espejo. Estaba realmente agotada y ya no lo soportaba más. Había sido fuerte toda su vida y se negaba a llorar. Las ojeras que rodeaban sus ojos ya mostraban una enfermedad que no se podía ocultar mucho más tiempo. Pero no se fijó en eso, sino en las arrugas que rodeaban esos ojos verdes que una vez su padre había dicho que eran del color del mar embravecido. Sonrió con tristeza. Esas arrugas mostraban cada uno de los sesenta y siete años que tenía. Una vida maravillosa y no tenía que entristecerse porque había disfrutado de cada uno de esos años y los había vivido intensamente. Había amado, reído y cumplido casi todos sus sueños al lado de un marido que la había querido por encima de todo. Y donde fuera que estuviera, la estaba esperando. Estaba segura.

—Estás despierta. —Sorprendida miró a Laura que la observaba con tristeza. —¿Una mala noche?

—Últimamente todas las noches son malas —respondió a su ama de llaves que llevaba con ella desde que se había casado. Los ojos castaños de su amiga se oscurecieron de pena—. Y los días ya que estamos.

—¿Te duele mucho? —Preocupada miró tras ella y Laura negó con la cabeza. —Se fue hace horas. Algo de que tenía que ir al establo por una yegua preñada.

Suspiró del alivio. —Tráeme una inyección.

—No puedes seguir así. Tienes que decírselo.

—Se lo diré más adelante.

Laura apretó los labios y Jane chasqueó la lengua. —No me mires así. La niña no lo tomaría nada bien. Ya la conoces. Cuando murió Aston casi se enferma por su ausencia. Estuvo meses como alma en pena por la casa y trabajaba de sol a sol. Pienso ahorrarle todo el sufrimiento que pueda.

—Ya no es una niña. Y estoy segura de que le gustaría saberlo. —Salió de la habitación yendo hacia la suya para coger la medicación que tenía oculta allí. Lo hacían así para que Sondra no la encontrara si entraba en la habitación de su madre.

Jane utilizó el inodoro y cuando se bajó el camisón apareció Laura que a toda prisa y de manera eficiente la inyectó en el brazo. —Deberías acostarte un poco.

—Ni hablar. Sondra estará al llegar para el desayuno.

—¡Ya estoy aquí! —escucharon que gritaba desde abajo.

A toda prisa Laura tiró la jeringuilla en la papelera y Jane salió a la habitación sonriendo justo para cuando llegó su niña, que tenía aspecto de haber caído en una pocilga pues estaba cubierta de barro desde las puntas de sus botas vaqueras hasta su hermoso cabello pelirrojo. —Dios mío, ¿qué te ha pasado?

Su hija frunció el ceño. —Mamá, ¿estás bien?

—¿Que si yo estoy bien? ¿Te has mirado?

—Bah, solo es barro. Calipso me ha tirado a un charco. Hoy no está de buen humor.

—¡Ese caballo nos va a dar un disgusto!

Dio un paso hacia ella y Laura chilló —¡Ni se te ocurra! ¡A la ducha, que me lo vas a manchar todo!

Ignorándola miró a su madre a los ojos. —Mamá, ¿estás bien? No tienes buena cara.

—Claro que estoy bien.

—Son las siete y todavía estás en camisón. Voy a llamar al doctor Lumis y…

—Estoy bien, ve a ducharte. Tienes que desayunar. —Vio la indecisión en sus preciosos ojos azules. —Venga, venga, que tienes mucho que hacer. Hay que dirigir el rancho y…

Escucharon una camioneta que frenaba en seco ante la casa y las tres se acercaron a la ventana para ver salir a Kevin Carmichael con

cara de querer matar a alguien y su cabello negro despeinado. Y el portazo que le dio a la puerta de su ruinosa camioneta se lo confirmó. Ambas miraron a Sondra que hizo una mueca. —Parece cabreado.

—¿Qué has hecho?

—¿Yo? Nada. —Se volvió como si tal cosa. —Voy a ducharme.

—¡Sondra!

Su hija riendo por lo bajo hizo que no oía nada metiéndose en el cuarto de baño e intrigadas corrieron hacia la barandilla para ver a Kevin abajo ir hacia la cocina. —¡Si crees que vas a librarte de ésta, estás muy equivocada! ¡Esta vez llamaré al sheriff!

Laura y Jane se miraron con los ojos como platos. —¿Qué ha hecho?

—Y yo qué sé, Jane. Tu hija es incontrolable —susurró.

Kevin salió de la cocina y miró hacia arriba. —¿Dónde está?

—¿Qué ha hecho?

—¿Qué ha hecho? ¡Ha matado a mi toro! ¡Eso ha hecho!

Jane y Laura jadearon llevándose la mano al pecho antes de escuchar —¡Se ha muerto de viejo! ¡Qué culpa tengo yo de que tuviera el corazón débil! —gritó Sondra desde el baño.

Kevin juró por lo bajo subiendo los escalones de dos en dos para pasar ante ellas que señalaron la puerta del baño. —¡Sondra! ¡Me lo vas a pagar!

—¡Ja! ¡Hay que tener cara! ¡Si era un semental que no ha debido preñar desde hace años!

Él intentó abrir la puerta y dio varios golpes con el puño. —¡Sal de ahí!

—Se está duchando —dijo Laura a toda prisa.

Kevin intentando contenerse miró a Jane fijamente con sus ojos negros. —¡Había invertido todo en ese maldito toro! ¡Tu hija me ha arruinado y esto no va a quedar así! ¡Lo ha hecho a propósito!

—No sé lo que ha ocurrido, pero si mi hija ha sido responsable te juro que nos haremos cargo.

—¡Por supuesto que ha sido responsable! ¡Cruzó por mis tierras con ese caballo que está loco y uno de mis hombres vio como saltó la valla cruzando a través de una manada que tenía reservada para

la venta! ¡Salieron de estampida rompiendo la puerta y pasaron por encima del toro!

—¿Y no se apartó? —preguntó Laura asombrada.

Escucharon una risita en el baño. —Es que estaba ciego y sordo.

—¡Esto es el colmo!

La puerta se abrió de golpe y Sondra salió aún húmeda con la toalla rodeando su cuerpo. Como si nada pasó ante él que la miró con ganas de estrangularla. —¡Me lo vas a pagar!

—Sí, claro. ¡Se ha muerto de viejo! —Entró en su habitación dando un portazo. —¡Si crees que vas a sacar tajada de esto, lo llevas claro!

Jane suspiró. —Te daremos a Lucio. ¿Qué te parece?

Kevin frunció el ceño. —¿A Lucio?

—También es viejo y casi no lo usamos. Sales ganando, no lo niegues. La niña tiene razón.

—¡Mamá! —Salió ya vestida con una camisa de cuadros, unos vaqueros y con las botas en la mano. —¡No ha sido culpa mía!

—¡Sí que lo ha sido porque no tenías que haber cruzado sus tierras!

Fulminó a Kevin con sus preciosos ojos azules. —¡Esas tierras eran mías!

—¡Qué pesada estás con el tema! ¡Me las legó tu padre!

—¡Aprovechado!

—¡Sondra! —exclamó Jane furiosa.

Kevin levantó una ceja sonriendo y Sondra le miró con rabia. —¡Mírale mamá, de peón a capataz y a dueño en solo cinco años! ¡El día que mi padre te encontró en esa carretera te tocó la lotería!

Él se tensó con fuerza. —¡Tu padre me tenía aprecio! No veo nada malo en aceptar lo que me dejó en testamento.

—Y no lo hay. ¡Sondra, discúlpate de inmediato!

Palideció mirando a su madre que se ponía de su parte. —Pero mamá…

—¡No puedo creer que hayas dicho eso! ¡Tu padre era el dueño para hacer y deshacer lo que le viniera en gana con su rancho! ¿Quién te crees para juzgarle?

Sondra se quedó de piedra. —No pretendía…

—¡Claro que sí! ¡Él decidió eso y se lo acabas de echar en cara a Kevin! ¡Pues durante esos años como nuestro capataz, demostró con creces que era digno de confianza mientras tú estabas en la universidad!

Dio un paso atrás dolida por sus palabras. —Yo no quería ir. Papá me obligó. ¡Quería que fuera a la universidad para modernizar el rancho! ¡Yo podía haber hecho su trabajo!

Su madre apretó los labios. —Fue decisión de tu padre y a mí me pareció bien. Ahora discúlpate con Kevin que no tiene por qué soportar esos exabruptos infantiles. —Sondra perdió todo el color de la cara porque jamás la había regañado así y menos ante testigos. —Debes empezar a controlar tu carácter si algún día quieres ser la digna sucesora de tu padre.

Sin poder creerse lo que su madre acababa de decir, ni se dio cuenta de que sus ojos se llenaban de lágrimas porque era evidente que no la consideraba digna sucesora en ese momento. Disimulando la vergüenza que la recorría porque la humillara ante él, miró a Kevin que estaba muy serio. —No siento una mierda —siseó con furia—. Sigo pensando que eres un aprovechado. —Su madre jadeó del asombro mientras Laura ponía los ojos en blanco. —Y como al parecer soy una cría y no tengo nada que decir sobre ese toro que mi madre quiere regalarte, cuando todos sabemos que se te hubiera muerto de un momento a otro, me largo.

—¡Sondra! —Su madre la vio bajar las escaleras y salir de la casa dando un portazo. Jadeó volviéndose y vio como Kevin se cruzaba de brazos mientras Laura intentaba disimular la risa. —¡No tiene gracia!

—Jane, tenemos un problema —dijo su antiguo capataz.

—¡Ya lo sé!

Escucharon como algo se rompía y él juró por lo bajo bajando los escalones de tres en tres. Abrió la puerta y se giró mirándolas asombrado. —¡Me ha roto la luna de la camioneta!

Se sentó en una roca para ver el ocaso. Solía hacerlo con su padre después de un día duro. Les daba paz. Pero desde que había muerto su padre un año antes no encontraba paz. De hecho, no la

encontraba desde hacía cinco años cuando el día antes de terminar el penúltimo año en el instituto su padre apareció con Kevin en casa. Fue realmente impactante para ella. Todavía recordaba la primera vez que sus ojos se posaron en él.

Salió de su habitación y empezó a bajar las escaleras deteniéndose a la mitad al verle entrar por la puerta. Su corazón se detuvo en el momento que vio esos ojos negros que la miraron duramente. Se dio cuenta de inmediato que era un hombre que no lo había tenido fácil. Sus facciones eran duras y estaba muy moreno como los hombres del rancho, lo que indicaba que trabajaba al aire libre. Era muy alto y su vieja camiseta que en algún momento había sido blanca mostraba unos músculos que la dejaron sin aliento. Reaccionando al ver un desconocido en su casa miró a su alrededor.

—Me ha traído el señor Anderson —dijo incómodo.

—Ah…—Bajó los escalones y alargó la mano. —Soy Sondra Anderson. ¿Vas a trabajar en el rancho? ¿Eres el nuevo peón?

Le dio la mano y Sondra sintió que la traspasaba un rayo. Sorprendida le miró a los ojos sin saber ni lo que había preguntado y él dijo apartando la mano —Sí.

—¿Sí qué? —preguntó sin aliento.

—Que soy el nuevo peón.

Se sonrojó ligeramente. —Oh, claro. Pues… bienvenido.

—Gracias.

En ese momento entró su padre. —¿Pero qué haces aquí aún? Pasa a la cocina. Sondra, ¿te has presentado?

—Yo sí, pero él no —dijo tímidamente.

—Kevin Carmichael.

—Pues bienvenido, Kevin.

—Será el nuevo peón. —Le dio una palmada en el hombro. —Pasa a la cocina. Seguro que mi mujer está poniendo la cena.

—No quiero molestar. Si me dice dónde está el barracón…

No, no podía irse. Miró a su padre esperanzada y éste sonrió. —Ven que te presente a mi mujer y a Laura que también es parte de la familia. Y no podrás rechazar un buen filete. Así nos conoceremos un poco. Cielo, cerveza.

—Sí, papá. —Fue hasta la cocina y sin poder evitarlo echó un vistazo sobre su hombro para ver que se la quedaba mirando mientras escuchaba lo que su padre le estaba diciendo. Se emocionó como nunca. ¡La estaba mirando a ella! ¡Ese hombre era un sueño y se había fijado en ella! Entró en la cocina como en una nube de felicidad pensando que aún se quedaría un rato.

Ellos entraron en la cocina y su padre le presentó a su madre y a Laura que le recibieron con los brazos abiertos. Kevin no habló mucho durante la cena. Casi lo hablaron todo ellos sobre la vida en su rancho y Sondra quiso impresionarle con sus conocimientos para que no se pensara que era la típica niña de papá. Y eso le animó a hablar de su último trabajo en un rancho en el norte demostrando que sabía realmente lo que era el trabajo en un rancho de esa envergadura. Su padre le escuchó atentamente, y antes de terminar la cena Sondra se dio cuenta de que veía en él un hombre como los de antes como él decía. Serio y responsable como a él le gustaban. Y a ella también le gustaba porque era tan guapo que quitaba el aliento y su profunda voz la estremecía con cada sílaba. Casi ni cenó comiéndoselo a él con los ojos, aunque intentó disimular lo que pudo.

Cuando terminaron el postre miró a su padre impaciente porque no había preguntado lo que a ella le parecía lo más importante.

—Kevin, ¿estás casado? ¿Tienes familia? —preguntó Laura quitándole el plato y Sondra casi chilla del alivio.

—No, señora.

—No seas tan formal. Me llamo Laura.

—No, Laura. No me he casado nunca.

—Eso no significa que no tengas familia —apostilló su madre con una sonrisa—. Ahora muchos jóvenes no os casáis, pero tenéis hijos.

—No es mi caso. De momento no he encontrado a la mujer con quien quiera tener familia.

Atenta a cada palabra que salía de su boca se quedó sin aliento cuando la miró a los ojos durante dos segundos, pero esos dos segundos le dijeron miles de cosas y lo que es peor la hicieron soñar.

# Capítulo 2

Durante las siguientes semanas ella trabajó en el rancho como uno más ya que estaba de vacaciones y pudo ver que no solo era bueno en su trabajo, sino que los hombres empezaban a respetarle. Pero también se dio cuenta de otra cosa. Se dio cuenta de que la ignoraba a propósito, y que si no le quedaba otro remedio que hablar con ella, la trataba como si fuera una cría.

Un día estaba detrás del barracón de los hombres cambiando un grifo que había visto que goteaba, cuando escuchó que alguien subía los escalones al otro lado del edificio. Juró por lo bajo dándose prisa porque no quería que pensaran que estaba espiando como si fuera una pervertida o algo así.

—¿Ya has vuelto? —preguntó Tom que estaba en el barracón porque se había torcido un tobillo y ese día no trabajaba.

—Vengo a cambiar las botas. Se ha roto el tacón.

Con la llave inglesa en la mano se enderezó al escuchar la voz de Kevin.

—Chico, pareces agotado.

—Ayer nos fuimos de juerga. —Sondra hizo una mueca. —Y nos pasamos de cervezas. Cuando llegamos roncabas de una manera que parecía que pasaba un huracán.

—Muy gracioso. —El viejo se echó a reír. —¿Te molesto?

—A la hora de dormir a mí no me molesta nada. —A través de la ventana abierta que tenía a su derecha Sondra escuchó como caía una bota al suelo.

—Así que no pierdes el sueño fácilmente. Eso es que no tienes problemas.

—¿Problemas? ¿Qué problemas voy a tener si tengo un buen trabajo, comida y dinero si quiero ir al pueblo a tomar una cerveza?

—No tienes grandes ambiciones.

Sondra frunció el ceño dando un paso hacia el edificio sin darse cuenta. —Como todo el mundo, supongo.

—Si fueras listo te casabas con la hija del dueño. Está loca por ti.

—¿Esa cría? —Se echó a reír con desprecio. —Si ni tiene tetas todavía. A mí me gustan las mujeres, Tom.

Palideció apoyándose en la pared.

El viejo se echó a reír mientras el corazón de Sondra se rompía. —Pero tiene dinero.

—Prefiero pasar mi tiempo con Sofia.

—Menuda mujer. Pero no te casarás con ella. No es de fiar.

—Puede que no, pero mientras tanto nos divertimos.

—Hazme caso. La niña heredará esto y serías el jefe.

—Es tan poca cosa… Todo ojos y pelo. No la quiero ni cubierta de oro si no tengo donde agarrar en una noche fría.

La risa de Tom todavía la estremecía y entendió lo que su padre quería decir cuando la había advertido sobre que no fuera por la zona de barracones. Los hombres cuando se juntaban podías ser muy bravucones y hacerle pasar un mal rato. Pero era demasiado tarde porque desgraciadamente había escuchado la opinión que tenían de ella y esa opinión no podía haberla dejado más hecha polvo.

Esa noche lloró sin pegar ojo y cuando se levantó al día siguiente y se lo encontró en el trabajo le dio una rabia horrible que la saludara con una sonrisa en los labios, así que disimulando que tropezaba le pegó un pisotón. Sonrió cínica y le dijo —Lo siento, pero soy tan poquita cosa que seguro que ni lo has sentido, ¿verdad?

Él gimió levantando el pie. —No, claro que no.

Eso confirmó que él consideraba que era poca cosa y para ella fue toda una declaración de guerra. Durante el año siguiente procuraba fastidiarle en lo que podía y el muy puñetero para quedar bien con su padre ni abría la boca como si no se diera cuenta. Pero llegó el día que tuvo que irse a la universidad y sintió que no solo dejaba a su familia al alejarse del rancho. Dejaba su corazón. Recordó cómo se dio la vuelta en su asiento para despedirse de su madre, pero sus ojos fueron a parar a Kevin que estaba a su lado

con las manos en los bolsillos del pantalón observando el coche con expresión seria. Una lágrima cayó por su mejilla sin poder evitarlo hasta que le perdió de vista.

Durante los siguientes meses decidió alejar sus pensamientos de él y se centró en los estudios. Se decidió por estudiar Económicas para ampliar el negocio en el futuro, aunque se apuntó a cualquier curso que pudiera beneficiar al rancho, así que se pasaba horas en la biblioteca. También hizo amigos, por supuesto. Era abierta y caía bien lo que significaba que nunca estaba sola, pero algo en su interior le decía que Austin no era para ella porque estaba deseando regresar a casa. Allí había mucha gente y se encontraba desubicada la mayor parte del tiempo, sobre todo por los chicos que no dejaban de pedirle citas y más de uno conoció su carácter de buena mano llevándose un guantazo por salido. Así que cuando llegaron las vacaciones de Navidad cogió el primer autobús a las siete de la mañana deseando llegar a casa y tener noticias de los suyos. Salió del autobús dos horas después sacando su móvil para llamar a su padre y que fuera a recogerla. Dejó la mochila en el suelo mirando a su alrededor distraída mientras se ponía el teléfono al oído y se quedó de piedra al ver a Kevin saliendo del portal de al lado de la ferretería que era donde vivía Sofia. Y lo sabía porque esa casa era la más visitada del pueblo, según se decía por ahí. Pero al parecer el muy estúpido ni se enteraba porque ya llevaba más de un año con ella. A la muy estúpida debía gustarle mucho porque no lo soltaba. Sintió que la rabia la recorría de arriba abajo. Esa zorra…

Kevin que caminando hacia ella sonreía como un idiota, levantó la vista y se detuvo en seco al verla. —Sondra, qué sorpresa.

—¿Vas al rancho? —preguntó cortante con ganas de pegar cuatro gritos.

—Sí, claro.

—Pues llévame, que así no molesto a mi padre.

Furiosa cogió la mochila cargándosela al hombro y él apretó los labios. —Tengo la camioneta ahí mismo.

Asintió y caminó a su lado sin abrir la boca. Estaba claro que nada había cambiado.

—¿Qué tal por la universidad?

—Bien. —Tiró la mochila en la parte de atrás de su camioneta y abrió la puerta del copiloto con ganas de arrancarla y estampársela en la cabeza.

Cuando se sentó a su lado la miró de reojo metiendo la llave en el contacto, pero ella sin darse cuenta, cabreada como estaba, miraba por la ventanilla. —Me ha dicho tu padre que has hecho muchos amigos. —Ella se encogió de hombros. —Creía que igual venías con novio —dijo divertido.

Giró la cabeza para mirarle de una manera que hubiera congelado el desierto y él perdió la sonrisa de golpe antes de mirar la carretera. Después de varios minutos realmente incómodos él carraspeó. —Sondra, ¿estás enfadada?

—No, qué va —respondió irónica—. Es que hay algo que me ronda la cabeza. No tengo tetas, ¿sabes?

La miró sorprendido. —¿Qué?

—Y me cuesta encontrar amante. Al parecer van mucho más las pechugonas para agarrar. ¿Tú qué opinas, Kevin?

Él carraspeó incómodo. —Bueno… No creo que las tuyas tengan nada de malo.

—¿Tú crees? —Levantó el jersey mostrando sus pechos desnudos y Kevin de la sorpresa dio un volantazo.

—¡Tápate! —gritó espantado.

—¿Por qué? —Se las miró. Eran pequeñitas y firmes. —Yo siempre las he visto bien, pero en la universidad piensan otra cosa.

Nervioso se pasó la mano libre por la nuca. —¿Quieres cubrirte? ¡Va a verte alguien!

Se bajó el jersey. —Al parecer tengo un problema y me preocupa —dijo con ganas de matarle—. A ti te va Sofia. ¿Es por sus pechos? Porque no será por su cerebro. No sabe sumar dos más dos sin perderse contando los dedos.

La miró de reojo como si fuera una cobra antes de mirar de nuevo la carretera. —¡No tienen nada de malo! Déjate de tonterías. ¡Si un hombre te rechaza por eso, es que no merece la pena!

Sería cínico el muy capullo. Sonrió con ganas de pegarle cuatro tiros. —Gracias por tus sabios consejos, Kevin.

—Y Sofia es muy inteligente.

—¡Ja! Estás con ella porque te la tiras cuando quieres, no porque estés enamorado de ella.

—¡Es divertida y nos llevamos bien!

—Ya. —Chasqueó la lengua cruzándose de brazos. —Pues que te aproveche. Y yo que tú me hacía unos análisis.

Él no salía de su asombro. —¿De qué coño hablas?

—Pues que seguramente no serás el único que pase por su cama.

Kevin apretó el volante como si estuviera estrangulándola. —Lo que pasa es que estás celosa.

La risa de Sondra le hizo gruñir y ella hizo un gesto con la mano intentando calmarse. —Eso sí que ha tenido gracia.

—No lo niegues. Estás loca por mí desde que me conociste. ¿Crees que estoy ciego?

—Otro que me ha rechazado por los pechos —respondió divertida. Él dejó caer la mandíbula por su descaro—. Seguro que eso ha influido, ¿a que sí? Voy a tener que hablar con papá y operarme.

—¿Estás loca? ¡Y no te he rechazado por los pechos! ¡Tus pechos están perfectamente! ¡Eres una cría!

—Pues ahora están más grandes. Igual tengo que esperar un poco.

—¡Sí! ¡Tú espera!

—Solo tengo dieciocho años. Además, cuando tenga hijos éstas crecerán y tampoco quiero tenerlas muy grandes. Es incómodo para montar a caballo —dijo como si nada mientras él se pasaba una mano por el rostro acalorado. Hasta bajó la ventanilla y ella sonrió por dentro—. Y lo tuyo ya se me ha pasado.

La miró como si no entendiera una palabra. —He conocido a varios en la universidad que me interesan. Son más de mi edad. Es cierto que tú me quedas algo viejo sacándome diez años. Me di cuenta en cuanto llegué a Austin. —Él apretó el volante haciéndola sonreír satisfecha. —Bueno, el hecho es que parecen buenos posibles futuros novios.

—¿No me digas? —preguntó entre dientes.

—Sí.

—¿Y no te habían rechazado por tus pechos?

—Oh, a esos no me he insinuado… todavía. Hablaba de otros que he conocido en algunas fiestas. Hombres que me gustaban para divertirme, ¿sabes? Macizos. No para algo serio. Como tú con Sofia, supongo.

La fulminó con la mirada. —Para divertirte.

—Claro, soy joven y en la universidad hay que experimentar. El otro día mi compañera de cuarto se acostó con una mujer. Para probar.

—Me cago en la… —La fulminó con la mirada. —¿No lo habrás probado tú?

—No sé. Lo estoy pensando… Ella se ha insinuado, pero le estoy dando largas. —Le estaba dejando de piedra y a punto estuvo de que se le escapara la risa. —De momento me voy a centrar en los tíos. Cuando no tengo exámenes, claro.

—Claro.

—Lo primero es lo primero.

—Tu padre se alegrará mucho de saberlo.

—No, si ya lo sabe.

—¿No me digas?

—Claro, se lo cuento todo.

—¿Y qué opina él?

—¿De lo de los pechos o de los chicos?

—¡De todo!

—Que mientras cumpla con mis deberes, puedo divertirme lo que me venga en gana. Siempre que no me dañe a mí o a los demás, claro. Y de los pechos no hemos hablado todavía. Se lo contaré al llegar. Ya te lo he dicho.

—La madre que me… —siseó por lo bajo.

—¿Qué?

—¡Que qué bien!

—Seguro que me entiendes, porque tú tienes pinta de haber experimentado mucho. —La miró como si le hubieran salido cuernos. —¿Has probado con hombres?

—¡No! ¡Y no es asunto tuyo!

—Pues bien que me has preguntado.

—¡Yo no he preguntado nada! —Y le escuchó decir por lo bajo —Me cago en la leche. ¿Quién me manda a mí abrir la boca?

Dio un volantazo brusco y giró entrando en el camino del rancho. Sondra casi cayó sobre él. Se apoyó en su muslo apartándose de inmediato. —Perdona. —Se sonrojó porque sin querer había rozado su sexo endurecido, lo que indicaba que se había excitado con la conversación.

Él carraspeó sin mirarla diciendo con voz ronca —No pasa nada.

Sintiendo un calor que la recorría de arriba abajo miró por la ventanilla y se dijo que no tenía nada que ver con ella. Había sido un acto reflejo por lo que habían hablado y demostraba que era un hombre con mucho vigor después de haber pasado la noche con Sofia, que al parecer era una fiera en la cama como se comentaba en todo el pueblo. Frunció el ceño al ver un cercado nuevo y se tensó. —¿Qué es eso?

—Tu padre ha comprado dos toros y vamos a criar más.

Jadeó porque no le había comentado nada. —¿Y cuánto le han costado?

—Trescientos mil.

Era una inversión enorme pero no lo suficiente y juró por lo bajo porque ella tenía pensado otra cosa. De hecho ya lo había hablado con él y le había dicho que era muy buena idea. Que se hubiera echado atrás debía tener un motivo. Le miró de reojo. —Le has convencido tú, ¿verdad? ¡Yo pensaba comprar un semental de competición!

—Ya, pero esos son muy caros y estos preñan igual.

—¡No, igual no! ¡El semental que yo quería da ganadores y mejoran la raza!

—Quizás dentro de unos años —dijo como si la finca fuera suya para decidir algo así. Asombrada se quedó sin habla y cuando llegaron a la casa aún no había reaccionado.

Se bajó de la camioneta dando un portazo y su madre salió a recibirla con Laura. —¡Hija! Qué temprano has llegado.

—¿Dónde está papá?

Confundida miró a Laura. —En el establo porque…

Los tres la observaron ir hacia el establo con malas pulgas. —¿Qué ha pasado? —preguntó su madre.

Kevin hizo una mueca. —Los toros.

Jane se mordió el labio inferior mirando a Laura que hizo un gesto sin darle importancia. —Se le pasará.

Pero no se le pasó, porque después de una fuerte discusión con su padre en el establo estuvo sin hablar en la cena del cabreo que tenía, porque no solo le habían hecho caso a Kevin en eso sino en muchas cosas más. Y eso fue el principio de todo porque por mucho que hablaba con sus padres, cada vez que iba de vacaciones se encontraba una sorpresa. Le daba la sensación de que cualquier cosa que proponía, él la cambiaba a propósito con el beneplácito de su padre, lo que la ponía de los nervios.

Su nuevo capataz no volvió a preguntarle si tenía amigos en la universidad, aunque el muy chivato había hablado con su padre, que la interrogaba cada vez que iba como si fuera un tercer grado. Tampoco volvieron a tener conversaciones privadas durante esos años. De hecho, si antes la evitaba, cada vez que iba por casa la trataba como si tuviera la peste. Hasta que llegó ese horrible día.

Acababa de graduarse y llevaba dos días en casa sin saber qué hacer, porque si se ponía a trabajar temía no tener la autoridad suficiente por culpa de Kevin que parecía que lo abarcaba todo. De hecho su padre trabajaba mucho menos gracias a él, lo que no era malo, pero le daba un poder a Kevin en la finca que ella odiaba. Estaba decidiendo si ponerse pantalones cortos cuando escuchó un fuerte golpe y sobresaltada se quedó muy quieta hasta que escuchó el grito desgarrador de su madre —¡Aston! ¡Dios mío, Aston!

Asustada salió de la habitación en camisón y corrió hacia la barandilla para ver a su padre tirado en el suelo del hall con los ojos abiertos. Se había caído desde el primer piso y supo en ese instante que ya no le vería sonreír nunca más.

Sentada en la roca se abrazó las rodillas con fuerza llorando sin poder olvidar esos ojos sin vida. Fue devastador cuando el médico les dijo que había muerto antes de llegar al suelo. Un derrame masivo. Sondra no se lo podía creer. Kevin se encargó de todo y ese

hecho ni la molestó porque casi ni podía hablar del disgusto. Su madre estaba medicada de la impresión y Laura no sabía qué hacer para consolarlas. Pero eso no quedó ahí. El testamento fue otro shock porque su padre le había dejado a Kevin unas tierras anexas a la finca que habían pertenecido a su abuela y varias reses. Sondra no se lo podía creer. Su padre se las había prometido para hacer allí su casa ya que tenían vistas de todo el valle y ahora se las daba a él. Pero la pena hizo que no dijera nada en ese momento. Fueron pasadas unas semanas cuando llegó el rencor y después la furia, porque era evidente que se había aprovechado de su ausencia en ese tiempo. Pero al parecer con sus reproches lo único que estaba consiguiendo era quedar como una estúpida ante todos.

Escuchó un crujido tras ella y sorprendida se volvió para ver a Kevin justo detrás montado a caballo. Avergonzada miró al frente como si no le hubiera visto y se limpió las lágrimas a toda prisa con la manga de la camisa. Sorbiendo por la nariz miró el horizonte sintiendo que la furia la recorría porque ni podía respetar ese momento.

—Tu madre está preocupada.

—¿No me digas? —preguntó con ironía.

—No deberías alterarla de esta manera. ¿Es que no tienes corazón? —Se tensó al escuchar su reproche. —Este tipo de discusiones no le convienen, Sondra. ¡Deberías pensar un poco en tu madre en lugar de pensar solo en ti! Aunque no sé de qué me extraña porque no has hecho otra cosa desde que te conozco. —Palideció por sus palabras. —¡Al menos deberías facilitarte el tiempo que esté entre nosotros que como sabes ya no es mucho! ¡Joder, nunca me hubiera imaginado que una hija adoptada pudiera ser tan caprichosa! ¡Deberías besar el suelo por donde pisa! ¡Imagínate la vida que hubieras tenido sin ellos! ¡Necesita tu apoyo, no que le des problemas y más en un momento así!

Sintiendo que el suelo temblaba se levantó lentamente. Se volvió sobre la roca para mirarle a los ojos y su labio inferior tembló al preguntar —¿Qué has dicho?

Kevin frunció el ceño mirando su rostro. —¿Sondra?

Un dolor intenso recorrió su estómago —¿Qué has dicho? —gritó desgarrada antes de saltar la roca y subirse a Calipso con agilidad para lanzarse a galope. Kevin gritó siguiéndola, pero ni le escuchó azuzando su caballo en dirección a la casa mientras atravesaba la pradera.

Sintiendo que le faltaba el aire las palabras de Kevin pasaron por su mente una y otra vez. No le había entendido bien. No sabía de lo que hablaba. ¿Adoptada? ¿Facilitarle el tiempo que esté entre nosotros? Hablaba en general. No porque ella estuviera enferma. Las ojeras de su madre esa mañana la hicieron sollozar azuzando a su caballo de nuevo y cuando llegó al rancho bajó de un salto corriendo hacia la casa.

—¡Mamá!

—Está en el pueblo, ha tenido que ir a la tienda. Estará al llegar. —Fue hasta la cocina y Laura que estaba con una bandeja en la mano al ver su rostro la miró con pena. —Niña, ¿qué pasa? Si te has disgustado por lo de antes, tu madre no lo dijo con intención de hacerte daño.

—¿Es verdad?

Sintió la presencia de Kevin tras ella, pero le ignoró acercándose a Laura angustiada. —¿Mamá está enferma?

Laura miró a Kevin sin poder creérselo. —¿Cómo se te ocurre? ¿Se lo has dicho?

—No sabía que lo ignoraba.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas al darse cuenta de que era cierto y preguntó casi sin voz —Pero se puede curar, ¿no?

Los ojos castaños de Laura le dijeron que no y se tapó la boca de la impresión. El ama de llaves dejó la bandeja sobre la encimera antes de abrazarla. —Lo siento, cielo. El médico dice que serán unos tres meses. Ya no se puede hacer nada. —Gimió de dolor y Laura la abrazó con fuerza. —No puedes ponerte así. Tienes que ser fuerte. Si te ve sufrir… No quería decírtelo precisamente por esto. —Miró a Kevin con rencor. —¡No tenías ningún derecho!

Pálido asintió. —Lo siento. No imaginaba que…

Laura la apartó para cogerla por las mejillas y vieron en sus ojos el dolor y el miedo. —No pasa nada, cielo. Todavía está aquí.

—¡Iremos a Houston, a Nueva York! Allí hay muy buenos médicos. ¡Hay que hacer algo! No se puede…—Sin ser capaz de pronunciarlo se echó a llorar de nuevo y Laura la abrazó.

—Shusss…—La besó en la sien. —Sé que duele, cielo. El dolor pasará. Te lo prometo. Estaré a tu lado.

—¿Desde cuándo lo sabe? —Como Laura no respondía miró a Kevin. —¿Desde cuándo?

—La operaron del pecho hace dos años y empezó la radioterapia antes de que falleciera tu padre. Pero no funcionó y después era ya demasiado tarde.

—¡No tienes derecho! ¡Es algo entre madre e hija!

Eso la hizo recordar algo y susurró —¿Soy adoptada?

Asombrada miró a Kevin. —¡Fuera de esta casa! —gritó furibunda.

—Laura, yo…

—¡Fuera! Si Aston levantara la cabeza… ¡Has traicionado su confianza! ¡Solo pudo decírtelo él! ¡Nadie más lo sabe aparte de Jane y yo!

—Creía que ella lo sabía —dijo torturado—. No me dijo que se lo habían ocultado a Sondra. ¡Creía que era un secreto con los demás!

Sondra dio un paso atrás sin poder creérselo. —Me dijeron que me habían tenido mayores, que tuvo un mal embarazo... —Impresionada negó con la cabeza moviendo sus rizos pelirrojos y ella se cogió un mechón de cabello recordando. —Que una tía abuela era pelirroja.

Angustiada Laura intentó cogerla de los brazos. —Eres su niña. El sueño que habían tenido desde que se habían conocido. Eres su hija preciosa. Te desearon más que cualquier padre que conozca.

—Sondra, yo… —Con los ojos llorosos miró a Kevin confundida. —No pretendía hacerte daño… Solo que vieras…

Gritó de dolor y furiosa se acercó golpeándole en el pecho con todas sus fuerzas. Laura impresionada por su sufrimiento se tapó la boca mientras su niña gritaba —¡Te odio! ¡Todo ha ido mal desde que llegaste a nuestras vidas! —Él la cogió por las muñecas e intentó abrazarla, pero se apartó como si le diera asco su contacto antes de salir corriendo.

—¡Sondra! —Laura vio como Kevin iba a seguirla y gritó —¡Ni se te ocurra! ¿No le has hecho ya bastante daño?

—No quería hacerle daño —dijo antes de salir, pero cuando llegó al porche ya no estaba y su caballo tampoco.

—Jane no te lo perdonará. Fuera del rancho y no vuelvas —dijo Laura con rencor—. Maldigo el día en que pisaste esta casa.

Él apartó la mirada muy tenso. —Te juro que en este momento desearía no haberlo hecho nunca.

# Capítulo 3

Subió los escalones de su casa lentamente y abrió la puerta de la habitación de su madre que estaba sentada al lado de la ventana en el sillón mirando el amanecer. Jane sonrió con tristeza y alargó las manos. Se acercó y se las cogió de inmediato antes de arrodillarse ante ella recostándose sobre sus muslos. Sin decir nada su madre acarició su cabello durante varios minutos y una lágrima corrió por su sien cayendo sobre su camisón.

—Eras el bebé más precioso del mundo y fuiste mía desde el mismo momento en que te pusieron en mis brazos. Y no había padre más orgulloso en todo Texas que mi marido. Si hubieras tenido nuestra sangre no te hubiéramos querido más porque eso hubiera sido imposible.

—Sois mis padres. Eso no tiene importancia —susurró.

Jane sonrió con pena. —Pues de eso que te preocupa solo hablaremos en este instante, mi amor. No quiero malgastar ni un segundo más pensando en ello. Cuando llegue el momento cogerás mi mano hasta que sujete la de tu padre y te puedo asegurar que estaremos contigo durante el resto de los años que te quedan por vivir que serán muchísimos. Y espero que muy felices. —Sondra sollozó sin poder evitarlo a pesar de que quería ser fuerte. —No sufras por mí. He sido muy dichosa.

Levantó la vista para mirarla y Jane acarició sus mejillas borrando sus lágrimas. —¿Harás algo por mí?

—Claro que sí.

—No te dediques solo a trabajar para olvidar el dolor. Diviértete un poco. Sal con chicos y disfruta de la vida. Desde que regresaste de la universidad no has salido con nadie y eres joven y bonita. Debes vivir intensamente como lo hice yo. No quiero que te pierdas nada por protegerte con esa coraza que es imposible romper por

mucho que alguien se empeñe. —Frunció el ceño. —En eso puedes ser muy cabezota. Se te mete algo entre ceja y ceja…

Parpadeó sorprendida. —¿Me estás echando la bronca?

Su madre se echó a reír a carcajadas antes de abrazarla. —Te quiero, hija.

Respiró hondo grabando su olor en su memoria y cerró los ojos disfrutando de su contacto. —Y yo a ti, mamá. Te quiero muchísimo.

Cuatro meses después

Tiró de las riendas deteniendo su montura al lado de la res muerta y la rodeó lentamente viendo los mordiscos que tenía sobre el vientre. Juró por lo bajo mirando a su alrededor buscando coyotes.

—Al menos solo ha sido una, jefa —dijo su capataz.

—Salvador reúne a cinco hombres y que hagan una batida. No quiero perder una sola res más por este tema y ya llevo cuatro —dijo molesta.

—Ya lo hemos intentado, pero…

Le fulminó con la mirada. —¡Ese es tu trabajo! ¡Encargarte de que estas cosas no pasen! ¡Si no eres capaz de seguir mis órdenes, haz las maletas!

Su hombre se tensó. —Haremos la batida, jefa.

—¡Y más vale que dé resultado!

Hincó los talones en su montura y Calipso se lanzó a galope. Estaba oscureciendo y apretó los labios porque se iba a ganar otra bronca de Laura. Al llegar ante la casa frunció el ceño al ver la camioneta de Kevin ante el establo y entrecerró los ojos sin poder creerse que hubiera tenido el descaro de entrar en su casa. No le había visto desde el funeral de su madre el mes anterior. Cuando se acercó para darle el pésame ella apartó la vista ignorando sus palabras para atender a otro de sus vecinos. Afortunadamente se fue sin decir nada más.

Se bajó de Calipso y silbó a un peón que estaba en la puerta del establo para que se hiciera cargo de él antes de subir los escalones del porche. La puerta principal se abrió mostrando a Kevin que la

miró de arriba abajo como si estuviera inspeccionándola. —Has adelgazado mucho. No tienes buen aspecto, Sondra.

—¿Y a ti qué coño te importa? ¿Qué haces aquí? —preguntó con desprecio.

Él apretó los labios antes de decir —He perdido seis reses por los coyotes.

—¿No me digas? Pues protege a tu toro porque ya no vas a sacar nada más de los Anderson. —Intentó entrar en su casa, pero él no se apartó. —Apártate de mi camino, Carmichael.

—Tenemos que hacer algo. Sé que tú también has perdido reses.

—Pero yo tengo seis mil cabezas de ganado. Puedo permitirme perder unas cuantas cada año por esa razón. ¿Acaso tú no? —preguntó divertida antes de que sus ojos mostraran todo lo que le odiaba—. Ahora lárgate y sal de mi propiedad antes de que te pegue un tiro y tengas que arrastrarte hasta esas tierras que conseguiste timar a mi padre.

Kevin enderezó la espalda. —Yo no timé nada.

—¡Es cuestión de opiniones! ¡Tom! —gritó haciendo que el peón del establo se volviera—. ¡El señor Carmichael no es bienvenido en el rancho Anderson! ¡Corre la voz!

El hombre apretó los labios, pero aunque no le gustaba dijo —Sí, jefa.

—Fuera de mi casa.

La puerta se abrió de nuevo y Laura mirándole con rencor le apuntó con la escopeta. —¿No la has oído?

Ignorándola miró a Sondra a los ojos. —¡Cómo no lo arreglemos, vamos a perder muchas cabezas de ganado! Hay que organizar batidas y…—El sonido de la detonación le sobresaltó y asombrado vio como la rueda delantera se desinflaba. Indignado miró a Laura que apuntó a la rueda de atrás. —¡No!

El disparo no lo pudo evitar, pero arrebató a Laura la escopeta. —¡Ya está bien! ¡Esto son negocios!

Sondra le señaló con el dedo. —Los Anderson han sido un negocio para ti desde que pusiste tus pies sobre este rancho, pero te juro que todo lo que has hecho lo vas a pagar. No solo me has defraudado a mí, sino que defraudaste a mi madre y traicionaste la

confianza de mi padre. Pienso hacer de tu vida un infierno hasta que te largues de Texas. Eso te lo juro por lo más sagrado.

Kevin sin dejar de mirarla a los ojos alargó el brazo para que Laura cogiera la escopeta. —Nunca quise traicionar a nadie. Solo intentaba ayudar.

—¡Nadie pidió tu ayuda! —gritó fuera de sí.

—¡Deberías estarme agradecida, porque gracias a mí aprovechaste esos últimos meses con tu madre en lugar de intentar joderme como haces desde que me conoces simplemente porque no me he acostado contigo! —le gritó a la cara haciéndola palidecer.

—Ya no puedes caer más bajo —siseó con desprecio—. Si vuelves a cruzar mis tierras juro que te mato.

Kevin apretó los puños impotente antes de bajar los escalones a toda prisa. Las dos le observaron mientras subía a su camioneta y encendía el motor. La yanta chirrió de la que daba marcha atrás antes de irse por donde vino.

Laura se puso a su lado sin soltar la escopeta. —Lo de los coyotes era una excusa para venir.

Sondra la miró sorprendida. —¿Eso crees?

—He oído cosas por el pueblo.

—¿Qué cosas? —Laura apretó los labios y se dio cuenta de que se lo había ocultado, así que era algo que la disgustaría. —¿Qué cosas?

—El otro día estaba en el supermercado de las afueras y vi pasar a Kevin con varios sacos de comida para perros. Iba a dar la vuelta a la esquina cuando escuché hablar a dos mujeres al otro lado. Una hablaba de que su marido no había cobrado el mes pasado y que seguramente tendrían que buscar otro trabajo.

Pues no, no iba a disgustarla nada. Pero nada de nada. Sonrió de oreja a oreja. —Así que tiene problemas.

—Era algo lógico. Ha pedido una hipoteca sobre sus tierras para comprar más reses y el toro. Hasta que no vuelva a vender no tiene dinero y sus hombres están preocupados, porque temen que sea el banco el primero en cobrar, como es lógico. —Sondra asintió. —Ya ha perdido tres hombres cuando no cobraron y estamos a final de mes y no ha vendido nada.

—Por mi culpa.

—Claro. Le vendía al comprador de tu padre y desde que sabe que no estáis en buenas relaciones ha dejado de comprarle a Kevin por no perder su principal proveedor.

Satisfecha se cruzó de brazos. —Pues muy bien.

—Creo que quiere congraciarse contigo.

—Pues lo lleva claro. Como vuelva a venir por aquí lo que se va a llevar va a ser un tiro. Está advertido. —Laura asintió mirando hacia la colina y ella hizo lo mismo al ver una luz en la antigua casa de su abuela que era una ruina. —Volveré a recuperar esas tierras y Carmichael desaparecerá de nuestras vidas. Y pienso dejarme la piel para que eso ocurra.

—Bien dicho, niña. Tu padre pensaría lo mismo. Nadie traiciona a los Anderson. Ese aprovechado tiene que pagarlo.

Entró en casa dando un portazo de rabia y fue hasta la cocina. Laura estaba sirviendo la lasaña para la cena y vio cómo iba hacia la nevera abriéndola con ganas de matar a alguien. —Ya me he enterado.

—Tú y todo el maldito pueblo. ¡Ha vendido las reses! ¡Y más caras que las mías!

—Al parecer se ha puesto en contacto con un comprador chino o algo así.

—¡Joder! —Cerró la nevera con una cola en la mano.

—¡Niña! No hay que perder las formas. Eres una dama. —La miró como si estuviera loca y Laura rió por lo bajo. —Igualita que tu padre.

—Y para colmo no solo ha pagado a sus hombres. ¡Ha comprado un camión para el transporte y una camioneta nueva! Piensa vender también al por menor.

—Es listo. Ha buscado otras alternativas. —Cogió los platos y los llevó hasta la mesa. —Venga, a cenar. Ya pensarás mañana cómo hundirle.

—Esto no me gusta —dijo por lo bajo pensativa antes de beber de su lata.

Laura se sentó y levantó una de sus cejas castañas. —¡A comer! —Gruñó acercándose a la mesa y sentándose en la cabecera de

mala manera. —¡Y dejo que hoy no te duches antes de la cena porque quiero que cenes! Coge el tenedor.

—Laura ya no soy una niña.

—Claro que sí. Y para mí lo serás siempre. Como no cojas unos kilos no va a haber hombre que te mire. Pareces un palo.

Sondra entrecerró los ojos. —¿Tú crees?

—No hay donde agarrar. —Chasqueó la lengua partiendo un pedacito de lasaña. —Aunque ahora se llevan esqueléticas, a los hombres les siguen gustando las curvas, niña.

Gruñó mirando la lasaña que no le apetecía nada. Apartó el plato apoyando los codos sobre la mesa y Laura dijo algo por debajo que no llegó a escuchar porque la ignoró pensando en cómo deshacerse de Kevin.

—Hazle una oferta.

La miró sorprendida. —¿Una oferta?

—Por las tierras.

—¡Ni hablar! ¡Son mías! ¡No pienso pagar por ellas! ¡Eran de mi abuela!

—Pues como no hables con el chino…

—¡Como si no hubiera chinos en el mundo! —Laura rió por lo bajo. —¡No tiene gracia!

—Pues cuando te enteres de lo otro…

—¿Qué otro?

—Ha hablado con Henry Smith para que le haga presupuesto.

—¿Para qué? ¿Va a hacer un establo nuevo? —Laura hizo una mueca y Sondra gritó de rabia levantándose y tirando la silla al suelo. —¡Va a arreglar la casa!

—No lo entiendo, la verdad. En lugar de derruirla la va a restaurar. Me han dicho que eso le saldrá mucho más caro, pero dice que la casa tiene carácter.

Sondra se volvió y se pasó la mano por la nuca antes de acercarse a la ventana para decir con rencor —Antes se la quemo hasta los cimientos.

—Era la casa de tu abuela.

—¡Es mía! Siempre quise esa casa y esa rata…—Apretó los puños con rabia. —Me lo cargo. Solo lo hace para provocarme porque sabe

de sobra lo que deseaba esas tierras.

—Bueno ahora tienes esta casa y…—Se detuvo en seco al ver el dolor en sus preciosos ojos azules. —Cielo, lo entiendo. Tus padres murieron aquí y es un recuerdo constante, pero también hay muchos recuerdos buenos. Y tú harás muchos más, ya verás. En cuanto te cases…

—¡Y cómo voy a casarme si soy un palo!

Laura empujó el plato de lasaña. —¿Ves cómo tienes que comer? Así conseguirás una cita. Aunque tu carácter no ayuda mucho a que te las pidan con la mala leche que tienes. —Jadeó ofendida sentándose de nuevo. —No lo niegues. Tienes a los peones temblando cada vez que te acercas.

—Panda de vagos. ¡Hoy he pillado a Tom durmiendo la siesta cuando tenía que estar vigilando si llegaban coyotes!

—Es que es mayor.

—¡Pero para irse de cervezas al Monroe no es mayor! ¡Menudas cogorzas que se pilla!

Laura rió por lo bajo. —El otro día se quedó dormido sobre el capó del coche del sheriff. Casi lo enchirona.

—No sé por qué lo conservo.

—Porque empezó con tu padre y todo el mundo le tiene cariño. Aunque es un bocazas.

Suspiró pensando en la conversación que había tenido con Kevin aquel día en el barracón. —Sí que lo es —dijo pensativa. Cogió el tenedor con desgana y se metió en la boca algo de lasaña—. ¿Crees que soy bonita?

La miró sorprendida antes de tragar a toda prisa. —Claro que sí. ¡La más guapa del contorno!

—¿Aunque no tenga curvas? ¿Ni pechos?

Laura sonrió cogiendo su mano. —Ahora estás un poco delgada por lo que ha ocurrido en tu vida que ha sido devastador y porque trabajas de sol a sol, pero volverás a ser la de siempre antes de que te des cuenta.

—¿La de siempre? Esa tampoco tiene tetas.

—¡Niña! ¡Claro que sí!

Miró su plato. —Pero no como quieren los hombres.

—Hay gustos para todo. Pero te aseguro que cuando Sondra Anderson entra en una habitación no hay hombre entre los quince y los setenta que no le eche una mirada.

La miró sorprendida. —¿Eso crees?

—¿Pero qué se te está pasando por la cabeza, niña? ¿Acaso no te pidieron de salir en la universidad? ¿Por eso desde que volviste no sales con nadie?

Se sonrojó ligeramente. —Sí, sí que me pidieron citas.

Laura respiró del alivio. —Menos mal, creía que el mundo se había puesto del revés. Lo que pasa es que no te han invitado desde hace tiempo y dudas de ti cuando no tienes que hacerlo. Ahora eres la dueña del rancho más grande del contorno. Te tienen respeto y eso no es malo. Cuando un hombre se te acerque será porque te desea muchísimo. —Hizo una mueca. —O porque es un aprovechado que también puede ser. Así que ojito. Que eres muy apetitosa en todos los sentidos. Ahora cena que me he pasado toda la tarde en la cocina.

Laura disimuló una sonrisa cuando la vio empezar a comer. —Esto no tendrá que ver con que te gustara Kevin cuando le conociste, ¿verdad?

Se atragantó tosiendo con fuerza y con los ojos rojos intentando evitar las lágrimas escuchó —¿Acaso creías que no lo sabía?

—Fue una tontería.

—Ya. Porque él era un hombre y tú eras una cría.

Apretó los labios asintiendo. —Exactamente.

—Pero ahora eres una mujer.

—Ya, pero te olvidas de que le odio y que le quiero fuera de mi vista.

—Sí, él hizo muy mal. Es una pena que sea tan guapo.

—¡Basta ya, Laura! —La miró asombrada. —¿Qué intentas decirme?

—No sé. —Se pasó la servilleta por los labios antes de coger el vaso de agua. —Hace años pensaba que era una buena idea. —Hizo una mueca. —Es una pena.

Sondra miró su lata de cola y susurró —Sí que lo es. Ha sido una decepción en muchos aspectos.

El teléfono sonó en ese momento y le hizo un gesto a Laura para que no se levantara yendo hasta el que tenía colgado en la pared. Descolgó esperando que no fuera que le habían matado más reses. —Rancho Anderson.

—¿Dónde estás?

Parpadeó sorprendida. —¿Marion?

Laura gimió volviéndose. —Su cumpleaños.

Abrió los ojos asombrada porque se había olvidado por completo. —¡He tenido una emergencia, pero ya voy!

—¡Más te vale que el regalo sea bueno! ¡Llevo esperando una hora aquí sola en el bar! ¡Parezco una buscona! ¡Sabes que odio ir sola a los sitios!

—Lo siento, lo siento. Estoy ahí tan rápido que ni te darás cuenta. Tómate otra cerveza.

—¡Ya llevo tres! —gritó antes de colgar.

—Mierda.

Colgó el auricular antes de correr fuera de la cocina y Laura gruñó al ver que no había cenado. Otra vez. —¡Tienes el regalo que me pediste recoger de la joyería sobre la cómoda!

—¡Te quiero, eres la mejor! ¿Te gusta?

—Una gargantilla de oro preciosa. Para mi cumpleaños quiero una.

Se echó a reír. —¿Te he dicho que te quiero?

Sonrió divertida. —Sí, cielo. Todos los días.

# Capítulo 4

Entró en el bar a toda prisa y miró a su alrededor. Suspiró del alivio al ver a Marion sentada en la esquina de la barra algo intimidada mirando de reojo a una mesa de vaqueros que estaba a su lado. Frunció el ceño porque estaba sola. ¿Qué les pasaba a los hombres? Si era preciosa con su melena rubia, su cara de niña buena y sus bonitos ojos azules. Esa timidez que la acompañaba desde el instituto provocada por su primer novio tenía que dejarla atrás. Decidida pasó entre las mesas quitándose la cazadora vaquera y varios dejaron caer las mandíbulas del asombro al ver el vestido negro entallado que le quedaba pegado como una segunda piel. Marion sonrió encantada al verla y ella la correspondió sentándose en la banqueta que tenía al lado. —Felicidades. —La besó en la mejilla y puso ante ella el paquetito que estaba primorosamente envuelto. —¿Me perdonas?

—Bah, eres una mujer ocupada. —Se echó a reír cogiendo el regalo y lo desenvolvió a toda prisa. Emocionada miró la gargantilla. —Es preciosa. Gracias.

—De nada. —Miró hacia Jim y señaló la botella de cerveza de su amiga levantando dos dedos. El dueño del bar asintió levantando el pulgar. —¿Qué tal por Austin?

—Un rollo desde que no estás.

—Pues esto es un rollo desde que no estás tú. —Sonrió mirándola con cariño. —Gracias por venir al funeral de mi madre. Estaba tan hecha polvo que ni te di las gracias. Pero agradezco mucho que estuvieras ahí. Lo sabes, ¿verdad?

Marion sonrió. —Claro que lo sé. Y no tienes por qué darlas. Siempre estaré cuando me necesites. ¿Acaso no te seguí a Austin?

—Sí, pero luego te quedaste.

—Es que era un trabajo demasiado bueno para rechazarlo.

Sonrió con cariño. —Lo sé. ¿Qué tal tus padres?

—Discutiendo como de costumbre, pero queriéndose como siempre. Están bien. Deseando que venga más a menudo.

—¿Y lo harás? Así podré salir.

—Vaya, muchas gracias. ¿Solo me quieres para eso?

—Claro. —Se echó a reír por su cara de indignación y cogió la cerveza de Jim. —Gracias.

—Invita la casa. A ver si se os ve más por aquí. El negocio necesita hermosuras como vosotras. —Les guiñó un ojo antes de alejarse y ambas miraron a su alrededor para ver que la mitad del bar las observaba cuchicheando.

—Debe ser porque nunca nos han visto por aquí. —Bebió de su cerveza.

—¿No habías venido todavía? ¡Si llevas aquí más de un año!

—Ya, pero he estado muy ocupada. Y cuando venías tú siempre quedaba para cenar en tu casa. —Se encogió de hombros cuando su mirada se entristeció. —El tiempo pasa muy deprisa.

Marion sonrió con tristeza. —No pienses en eso. ¿Vestido de Austin?

—¿Se nota? Llevaba un año en el armario.

Le guiñó un ojo. —Te queda estupendo. ¿Y cómo va la operación echar al Carmichael?

—Shusss ¿estás loca? ¿Y si te oye alguien?

—Por lo que he escuchado nadie se sorprendería. Dicen que le odias a muerte desde que tu padre le cedió tus tierras.

Suspiró del alivio porque no pensaban otra cosa. —Pues va mal.

Marion rió por lo bajo. —Sí, eso también lo he oído.

Gruñó fastidiada. —El muy capullo... ¿Te has enterado de lo de la casa?

—Sí, en cuanto llegué ayer por la noche.

—No fastidies. Tus fuentes son mejores que las mías.

Su amiga se echó a reír. —A mi madre a chismes no la gana nadie. Y hablando del rey de Roma, por la puerta asoma. —Se tensó sin poder evitarlo. —Así que no te vuelvas.

Bebió de su cerveza y la dejó sobre la barra intentando disimular. —Bueno, ¿y tú cómo vas?

—Muy bien. Me han subido el sueldo el mes pasado como te dije por teléfono y mi jefe está muy contento conmigo. —La miró de reojo. —Y me he apuntado a una agencia matrimonial.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Qué has dicho?

Se sonrojó con fuerza. —Bueno, todavía no he pagado porque tengo que hacerlo antes de hacer los test, pero ya me he decidido.

—Tú no necesitas eso.

—Sí que lo necesito, Sondra. Tú eres la espabilada y yo la tímida. Esto va así. Ellos me ayudarán.

Incrédula no sabía qué decirle y su amiga se revolvió incómoda en su asiento. —No me mires así.

—Pero te piden de salir. Eres muy guapa. En el instituto…

—Desde Johnny mis citas siempre han sido un desastre. No sabía qué decirles por no meter la pata y luego no me llamaban más. Así que dejé de salir con ellos para no pasarlo mal. Mi psicóloga dice que tengo que abrirme de nuevo —susurró—. Y puede que no consiga nada, pero así rompo el hielo para volver a rodar. —Se encogió de hombros. —Es un ejercicio que tengo que hacer, ¿entiendes?

Bueno, si era lo mejor para ella no podía criticarlo. Estaba ella para hablar, que no había tenido una cita en más de cinco años. Frunció el ceño. —¿Y solo trabajan en Austin?

Marion la miró sorprendida. —¿Qué estás pensando?

Suspiró mirando la cerveza y la cogió para darle un buen trago. —Nada, es una tontería.

—Tú nunca has sido tímida. Si no sales con ellos es porque pasas de su culo. En la universidad los tenías a patadas, pero ese imbécil… Te ha jodido la vida.

—No es solo eso.

—¡Sí que lo es! ¡Pasa de él!

La miró a los ojos. —No es solo eso. —Se acercó para hablar más bajo. —Es que ahora ya ni me piden de salir. Ahora son ellos los que pasan de mí.

Marion no podía creérselo. —Si tú no tienes esperanza no me voy a comer un rosco en mi vida.

Se sonrojó con fuerza. —¿Quieres bajar la voz?

Su amiga la miró atentamente. —Ya sé lo que pasa. Te has ganado fama de tía inalcanzable y se han dado por vencidos.

—Ni que fuera Greta Garbo. ¡Jim otra cerveza! —La miró de reojo. —Desde que murió mi madre lo he intentado y nada. Cuando les sonrío me saludan levantando el sombrero y se largan a toda prisa. —Frunció el ceño. —Creo que me ven con mala leche y no lo entiendo porque siempre he tenido un carácter estupendo.

Su amiga se echó a reír a carcajadas y asombrada vio que se apretaba el vientre como si le doliera. —¿Qué? ¿Qué pasa?

Marion rió más fuerte y miró a su alrededor sin darse cuenta. Error. Kevin estaba sentado en una mesa casi en frente con varios de sus hombres mirándola fijamente. Le echó una mirada de odio que no podía con ella antes de mirar a su amiga. —¡Vale, lo he pillado!

—Es que es la leche que digas que tienes buen carácter. Pero tienes que ser así o si no se te suben a las barbas. Si las tuvieras, claro.

—Es que siempre me relaciono con hombres y les estoy cogiendo un asco… —Marion se partía de la risa. —¡No tiene gracia! Así no me caso en la vida. Necesito un tío que me altere los chakras. —Bebió de su botella. —Sí, es eso. Alguien que no sea vaquero. Bien musculoso y que me deje temblando. —Miró a su alrededor y gruñó al dar un repaso a los que estaban allí. Varios de sus hombres incluso agacharon la cabeza. —Esto es un desastre.

Marion sonrió maliciosa sobre su hombro. —Pues creo que he encontrado lo que buscas.

En un acto reflejo se giró y separó los labios de la impresión al ver entrar un tío con una camisa blanca remangada hasta los codos y unos pantalones de vestir negros. Saludó a uno de los chicos y caminó hacia la barra. Impresionada porque no se podía negar que era todo un hombre, le vio pedir una cerveza y al mirar a su alrededor sus ojos se posaron en ella. Marion se acercó a ella y susurró sin que fuera capaz de romper el contacto visual sintiendo mariposas en el estómago. —Ahí tienes al nuevo médico. Moreno como te gustan y con unos ojos verdes que te quitan el aliento. Empezó esta semana. Está revolucionando el pueblo y tiene la consulta a tope. Guapo, deportista y con pasta. Hijo de no sé qué

cirujano. Pero él pasa de eso. Quiere una vida tranquila y familia, por eso ha elegido este destino. Ahí lo tienes. Perfecto para ti.

Sonrió sin poder evitarlo y él correspondió a su sonrisa levantando su cerveza a modo de saludo. Ella inclinó la cabeza ligeramente antes de volverse hacia Marion abriendo sus ojos como platos de la impresión. —No se me puede escapar.

Marion cogió su mano. —Ahí viene.

Disimulando sus ojos fueron a parar a Kevin que se había enderezado en su asiento y tenía cara de querer quemar el local. Frunció el ceño sin entender, pero su médico se puso delante y sonrió de oreja a oreja. —Hola, al parecer eres el nuevo médico.

—Malcom Wood. —Alargó la mano. —Y tú eres… preciosa.

Soltó una risita alargando la mano. —Gracias. Sondra Anderson y ella es mi amiga Marion Forrester.

—Mucho gusto. Así que al fin he conocido a la famosa Sondra. Me habían hablado de ti. —Gruñó cogiendo su cerveza y él se echó a reír. —Todo cosas buenas.

—Ah, entonces te han mentido.

Él rió divertido y negó con la cabeza. —Estoy seguro de que algo era cierto. Tienes un rancho…

—Cierto.

—El mejor de la zona.

—Cierto.

—No hay vaquera más trabajadora y llegarás muy lejos. Todo el pueblo apuesta a que sí y están muy orgullosos de ti. Tus hombres te respetan mucho y tienes que pasar a hacerte un chequeo porque no vas por la consulta desde hace años cuando te rompiste un dedo.

Se echó a reír. —¿Crees que lo necesito?

Se la comió con los ojos provocándole un vuelco en el estómago. —Aparentemente estás perfecta, pero tendré que asegurarme. —Se acercó y le susurró al oído —Como no quiero incomodar a tu amiga, ¿te llamo mañana y concertamos una cita?

Sus preciosos ojos azules brillaron cuando se apartó para mirarla y Malcom sonrió. —Pues hasta mañana. —Miró a Marion. —Ha sido un placer.

—Doctor… —Su amiga sonrió agradablemente y él se alejó para hablar con otro parroquiano.

Le observó y emocionada miró a su amiga. —¡Me va a pedir una cita!

—Hacéis una pareja estupenda.

—¡Éste sí, éste sí! —Se giró y gritó —¡Jim otra cerveza para mi amiga que la ha terminado!

Marion se echó a reír, pero perdió la sonrisa de golpe de repente y Sondra la miró antes de darse cuenta de que Kevin estaba de pie a su lado. Gruñó por dentro antes de decir —¿Querías algo?

—¿Podemos hablar fuera un minuto?

—¿Has perdido más reses por los coyotes? No es problema mío.

—Mira, estamos celebrando mi cumpleaños. ¿Puedes dejarlo para otro momento antes de que me la cabrees y se nos termine la fiesta? —preguntó Marion molesta.

Kevin se tensó mirando a Sondra a los ojos como si quisiera decirle algo importante, pero ésta levantó sus cejas pelirrojas con descaro. —Que te largues. ¿No lo has oído?

Él se tensó y apoyó la mano en la barra entre las dos dando la espalda a Marion que jadeó indignada. —Cuando hace cinco años tu padre me recogió en esa carretera me cambió la vida en muchos aspectos, nena. Y jamás se lo agradeceré lo suficiente. —Se le cortó el aliento. —Nunca he querido defraudar a nadie. Si hice lo que hice fue por ayudar y por hacer lo que me parecía correcto. Siento haberos hecho daño.

Dejándola con un nudo en la garganta porque parecía muy sincero se apartó alejándose de ella y saliendo del bar a toda prisa. Pensativa miró al frente y entonces se dio cuenta de algo. Él necesitaba que le perdonara, de hecho parecía desesperado porque lo hiciera. Recordó como estaba en el funeral de su padre intentando controlar su emoción. Haciéndose el fuerte pero sus ojos negros reflejaban su pena. También en el funeral de su madre estaba triste. Para él habían sido unas personas a las que había apreciado mucho y había sentido su muerte, pero ella en su dolor no se había dado cuenta o no había querido fijarse. Él no tenía familia y sus padres habían sido como una especie de sustitutos. Parpadeó asombrada.

¿Por eso se había mantenido alejado? ¿Porque tenía que comportarse como un hermano? No podía ser, ¿o sí? Dándole vueltas se mordió su labio inferior. Era increíble que con todo lo que había ocurrido ahora tuviera dudas. Déjate de tonterías, Sondra. Es un aprovechado que no quiere salir perjudicado con vuestra enemistad. Solo eso. Ha visto las orejas al lobo y quiere congraciarse contigo. Eso es todo.

—¿En qué piensas? —preguntó su amiga mirándola con pena—. La verdad es que parece arrepentido, ¿no?

—Esa sanguijuela —siseó con rabia. Marion no disimuló su sorpresa—. Solo quiere que nos llevemos bien para que no le perjudique, pero lo lleva claro. ¡Esas tierras son mías!

Su amiga lo pensó y asintió. —Sí, tuvo muy mala baba cuando te echó en cara lo de la adopción. Tú que has sido una hija modelo. Como si los adoptados no pudieran enfadarse. Ahí tuvo mala leche.

—Pues para mala leche la mía. Quiere ir de buenazo. Lo hizo con mi padre y quiere que le perdone, pero eso no va a pasar. —Bebió de su cerveza y se bajó del taburete. —Vamos.

—¿A dónde? ¿Quieres comer algo? Vamos a la cafetería. —Miró su reloj de pulsera. —Ya ha cerrado.

—Vamos a quemar la casa.

Marion dejó caer la mandíbula. —¿Perdón?

—No me fastidies, Marion. Necesito ayuda.

—¡Oye, que ya no tenemos quince años para ir liándola por ahí! Tengo una reputación. ¡Tengo un empleo!

—Bah, tu jefe no se va a enterar. Estamos muy lejos.

Marion de repente sonrió. —Como te he echado de menos.

# Capítulo 5

Agazapadas tras unos setos vieron la luz de la cocina encendida. La verdad es que la casa se caía a pedazos. Había sido la más hermosa del contorno con sus molduras ornamentadas y pintada de blanco, pero su abuela dejó de hacer reparaciones cuando se mudó con su padre y él sabiendo que nunca viviría allí de nuevo tampoco invirtió dinero en ella. Sondra siempre había tenido la idea de mudarse allí cuando terminara la carrera porque tenía las mejores vistas del contorno y así tendría algo de independencia, pero la muerte de su padre lo había cambiado todo. Apretó los labios mirando la casa y Marion le dio un codazo cuando la luz de la cocina se apagó. —¿No es mejor que le quememos el coche? —preguntó su amiga asombrándola. Al ver como la miraba se indignó—. Mira que lo digo por ti. Siempre te ha encantado la casa.

Pues tenía razón. Miró la camioneta ante la vivienda. Tan nueva… Llamando a gritos algo de gasolina. Hablando de gasolina, no se habían detenido en la gasolinera. Mierda, ese plan tenía que haberlo pensado mejor. Pero es que la había pillado por sorpresa. Miró a su amiga. —¿Tienes mechero?

—¿Yo? Si no fumo. ¿Para qué iba a llevar un mechero conmigo? Entra en la cocina y coge algo.

—Entra tú. Yo vigilo.

—¡Ja! ¿Quieres moverte o me largo?

—La verdad es que tengo que hacerlo yo todo.

—Tendrás cara. ¡Es tu venganza! Yo vengo a vigilar.

—Vale.

Agachada corrió hacia la casa lo que podía con aquellos tacones. Sí, estaba claro que tenía que haberlo pensado mejor. Subió tres escalones gimiendo porque sus zapatos sonaban sobre la madera y se detuvo dándole vueltas. Mejor iba hasta su casa y lo preparaba

todo. Sí, era lo mejor. Así no tenía que entrar en la casa. Podía pillarla. Se volvió lentamente.

—No te vayas. —Se le cortó el aliento cuando escuchó la voz de Kevin tras la mosquitera. —Sé que te es difícil hablar de esto y que estás enfadada, pero que hayas venido quiere decir que te estás pensando al menos que hablemos de ello. —Muy tiesa escuchó ulular a Marion. A buenas horas. —Sondra, mírame.

Gruñó por dentro volviéndose para encontrárselo ante ella y tragó saliva porque no llevaba camiseta. Así que la había pillado antes de meterse en la cama. Forzó una sonrisa. —Mejor me voy.

Iba a volverse cuando la cogió por la muñeca deteniéndola. —Nena, solo quiero que te des cuenta de que jamás he querido hacerte daño. Creía que lo sabías. Por Dios, si eran mayores y no te parecías en nada a ellos físicamente. Cuando lo hablé con tu madre lo entendió.

Se le cortó el aliento mirándola sorprendida a los ojos. —¿Con mi madre? ¿Hablaste con mi madre?

Él hizo una mueca. —Dos semanas antes de morir me llamó para que fuera al rancho.

No se lo había dicho y se volvió hacia él. —¿Por qué?

—No quería llevarse cosas pendientes, nena. Estaba enfadada y quería hablarlo. Lo entendió y me perdonó.

—Mientes. —Soltó su brazo furiosa. —¡No haces más que mentir!

—¿En qué te he mentido yo? —preguntó ofendido—. ¡Siempre he sido sincero contigo!

Sondra palideció porque eso significaba que jamás se había sentido atraído por ella como bien había demostrado. —Tengo que irme. —Bajó los escalones furiosa.

—¡No estás enfadada conmigo! ¡Estás enfadada con ellos porque te lo ocultaron y tengo que ser yo quien lo pague porque soy el único que está vivo!

Se detuvo en seco volviéndose con rabia. —¡Jamás me hubiera enfadado con ellos por haberme adoptado!

—No, pero sí por habértelo ocultado. Como su enfermedad. ¡Querías desahogarte y yo te vine de perlas para centrar tu frustración en mí! ¿Pues sabes qué? ¡Puede que haya metido la

pata, pero no soy responsable de que te trataran como una cría toda tu vida y que te protegieran en exceso!

—¡Aquí el único que me ha tratado como una cría has sido tú, que te atreves a darme lecciones como si tuvieras derecho y no eres nada mío!

—¿Hablas de lo que te dije en la roca o de no haberte follado cuando querías? ¿Eso también vas a negarlo? —Bajó los escalones furioso y Sondra palideció. —¡Cambiaste conmigo cuando te diste cuenta de que no iba a hacerte caso! ¡Niégalo si te atreves! ¡Durante años tuve que aguantar tus chiquilladas con el único objetivo de dejarme mal ante tu padre! ¡Y eras una cría! —le gritó a la cara—. ¡Para mí hubiera sido muy fácil seducirte y conseguir todo lo que nos rodea casándome contigo! ¡Pero al contrario de lo que piensas tengo escrúpulos! —Ella dio un paso atrás como si la hubiera golpeado y Kevin apretó los labios. —No voy a negar que te he deseado, pero aprovecharme de tu enamoramiento hubiera sido una canallada cuando no tenías ni idea de lo que es la vida.

—¡Pues si soy una cría aléjate de mí! —gritó frustrada.

La cogió por la nuca atrapando su boca y sorprendida le golpeó en los hombros intentando apartarle, pero su otro brazo rodeó su cintura pegándola a él. Sondra gimió cuando acarició su paladar estremeciéndola de arriba abajo y se sostuvo en sus hombros sintiendo que las piernas no le respondían. Él la elevó para ponerla a su altura sin dejar de beber de su boca apasionadamente y antes de darse cuenta rodeó sus caderas con las piernas. Sujetándola por el trasero apartó sus labios y ella ida buscó su boca. —Nena, mírame.

Mareada levantó la vista hasta sus ojos y sintió que algo en su interior se estremecía al ver su deseo. —Si entramos en casa ya no habrá marcha atrás —dijo con voz ronca.

Acarició su nuca desesperada por sentirle. —Hazme tuya.

Él gruñó posesivo atrapando su boca casi con desesperación y caminó hacia la casa ignorando como su amiga ululaba una y otra vez. Marion puso los ojos en blanco al ver como se cerraba la puerta con el pie. Aquel plan había hecho aguas por todas partes.

Kevin la giró pegándola a la pared y devoró su boca de una manera que le paró el corazón. No había nada más importante en ese mundo que él. Y cuando sus manos bajaron de nuevo hasta su trasero tirando de su vestido hacia arriba ella gimió impaciente. Él se apartó para mirar sus ojos y la giró de nuevo yendo hacia las escaleras. Algo en su interior la asustó y acarició su cuello. —Kevin…

—Nena, no sabes cómo te deseo —dijo erizándole la piel.

Entró en una habitación y ella deslizó las piernas quedándose de pie al lado de la cama. Él con las manos en su cintura las bajó hasta sus caderas agarrando la tela y subiéndola lentamente. Sondra elevó los brazos para que se lo quitara del todo y la observó allí de pie solo con las braguitas y los zapatos de tacón. —Eres tan preciosa…—Su voz ronca la excitó de tal manera que sus pezones se endurecieron con fuerza y Kevin dejó caer el vestido para alargar la mano y acunar uno de sus pechos.

Sondra se estremeció algo avergonzada porque sabía que le gustaban más grandes. —Son pequeños…

—Shusss, no he podido dejar de pensar en ellos, preciosa. Perfectos para metérmelos en la boca. —Demostrándoselo se agachó para pasar la lengua por su pezón y ella gritó de la sorpresa por el rayo que la traspasó. —Tan dulces. —Chupó de su pezón con fuerza y le temblaron las piernas. Temiendo caer se sujetó en sus hombros. Kevin la cogió por la cintura y Sondra sintiéndose de gelatina se inclinó hacia atrás enterrando sus dedos en su cabello negro tan maravillada por lo que le hacía sentir que ni se dio cuenta de que la mitad de su cuerpo se tumbaba en la cama. Sus labios pasaron de un pecho al otro hasta que los sintió tan sensibles que cada caricia era una tortura, y cuando esos labios bajaron por su vientre sintiendo su lengua en su ombligo, gritó arqueando su espalda. Él acunó sus pechos sin dejar de torturarla con su boca. Esas manos bajaron por los costados de su cuerpo hasta llegar a sus caderas y bajaron sus braguitas lentamente. Sus labios sobre su clítoris la volvieron loca y se aferró a la colcha temiendo morir de necesidad. Siguió torturándola con sus caricias para alargar su placer y cuando se apartó quitándose la camiseta, ella seguía disfrutando

de lo que le había hecho sentir sin darse cuenta de que ya no la tocaba.

—Abre los ojos, preciosa. —La cogió por el interior de las rodillas y ella apoyó los talones sobre la cama abriendo los ojos brillantes de placer. Se sintió suya y su miembro entró en ella lentamente. —Joder, nena. Estás muy… —Su miembro llegó a la barrera de su virginidad y Kevin se detuvo en seco. Sondra alargó la mano sintiendo una tensión insoportable y arañó su fuerte pecho. Se miraron a los ojos y entró en ella de un solo empellón haciéndola gritar de dolor. —Nena, tú sí que sabes sorprenderme.

—Kevin —susurró retorciéndose, intentando moverse.

—Espera, cielo... Te acostumbrarás enseguida —dijo con voz ronca. Se agachó cogiéndola por la nuca y la besó de manera apasionada mientras su otra mano acariciaba él botón de su placer reviviéndola. Desesperada se abrazó a él y Kevin movió sus caderas. Fue tal el placer que la recorrió que apartó su boca dejándose caer sobre el colchón. Él sujetando sus caderas de pie ante ella, salió de su ser tan lentamente que gimió tensando su interior. Kevin gruñó al sentir como le reclamaba antes de llenarla de nuevo y el placer que les recorrió le hizo perder el control, acelerando el ritmo de una manera frenética. Sintiendo que ni podía respirar por la necesidad que la recorría arqueó su espalda, cuando la llenó de tal manera que todo su ser estalló. Ni el paraíso podía ser de esa manera.

Respirando agitadamente ni se dio cuenta de que la cogía en brazos tumbándola sobre la cama. Se tumbó a su lado y la abrazó a él diciéndole lo preciosa que era. Cuando volvió en sí Sondra acarició su pecho sintiéndose plenamente feliz. Aquel era su sitio. Su mano bajó lentamente por sus abdominales fascinada por el vello negro que lo recorría y abrió sus ojos azules como platos al ver como su miembro se endurecía de nuevo. —Nena… —dijo él con voz grave—, ¿estás bien?

Levantó la vista hacia él. —¿Cómo no voy a estar bien? Estoy perfecta—dijo radiante—. Ha sido maravilloso.

Él suspiró del alivio tumbándola. Sondra rió abriendo las piernas para hacerle espacio. —Mañana no podrás montar a caballo.

—¿Qué? —Su sexo acarició el suyo haciéndola temblar. —Ah… que ya.

—Va a ser una noche muy intensa, preciosa —dijo antes de besarla de nuevo.

Dios, había sido la mejor noche de su vida, pensó entrando en su casa con los zapatos en la mano y una sonrisa bobalicona en la cara. Recordando todo lo que Kevin le había hecho esa noche soltó una risita yendo hacia la escalera. Rió aún más por la sorpresa de su rostro al darse cuenta de que era su primera vez y por como la miró, como si fuera suya, antes de darle el mayor placer que había experimentado en la vida. Suspiró soñadora.

Laura sacó la cabeza de la cocina con el teléfono en la mano y la vio subir las escaleras como en una nube. Gruñó acercándose el teléfono al oído. —No se preocupe, sheriff. Acaba de llegar. —Estiró el brazo para colgar el teléfono y observándola puso los brazos en jarras. —¡Sondra!

Ésta se sobresaltó y miró hacia abajo con los ojos como platos. Laura jadeó llevándose la mano al pecho. —¡Madre mía, que el médico te ha desvirgado! ¡Tienes cara de haber pecado!

Sondra se puso como un tomate. —¡Laura! ¿Qué dices del médico?

Su ama de llaves frunció el ceño. —¿No ha sido con el médico? Mira que te había echado el ojo. ¡Yo lo sé todo!

Iba a matar a la madre de Marion. Levantó la barbilla. —No ha sido él. —Carraspeó sonrojándose. —Ha sido Kevin. —Afortunadamente su amiga se chivaba de lo que convenía. Se puso como un tomate por lo que habría pensado. La había dejado tirada y era obvio a lo que iban. Cada día tenía menos vergüenza. Se encogió de hombros por la cara de pasmo de Laura. —¿Qué?

—¿Cómo que qué? —Preocupada subió un escalón sin perderla de vista. —¿Estás segura de esto?

Agachó la vista pasando el dedo por la barandilla. —Le quiero. Me enamoré de el en cuanto le conocí y no he podido olvidarle por mucho que lo he intentado.

—No tienes que avergonzarte de eso, cielo. ¿Él te quiere a ti? ¿Habéis hablado?

—Pues no mucho.

—¡Sondra!

Sin querer que nadie explotara su burbuja la miró suplicante. —Déjame disfrutar de esto. —Entró en su habitación cerrando por dentro y dando por terminada la conversación. Laura apretó los labios. Negó con la cabeza regresando a la cocina preocupadísima por la niña, porque si aquello no salía bien iba a sufrir y ya había sufrido mucho. Miró por la ventana la casa de la abuela y apretó los labios abriendo el grifo. Iba a tener una conversación con él pero que muy seria.

—¿Entonces me perdonas?

Marion rió al otro lado del teléfono. —Me besa un hombre así y me voy corriendo sin despedirme. Tú no te fuiste corriendo, pero…

—Muy graciosa. —Suspiró volviéndose en la cama. —Laura no está contenta. En la comida casi ni habló y eso indica que está cavilando algo.

—No pienses en eso. Es tu vida y debes vivirla como creas conveniente. ¿Cuándo os vais a volver a ver?

—No me lo ha dicho. Cuando me desperté ya no estaba. —El silencio al otro lado de la línea la preocupó. —No pinta bien, ¿verdad?

—Era vuestra primera noche juntos. Si tenía algo que hacer en el rancho debería haberte despertado. Aunque quién soy yo para decir nada con mi curriculum amoroso. En realidad no tengo ni idea de lo que piensan los hombres.

Suspiró pasándose la mano por la frente. —Ya no sé qué pensar. No me ha llamado en todo el día y eso que no he salido de casa para asegurarme.

—¿No has dado una vuelta por el rancho? Eso es muy raro en ti.

—Seguro que los hombres piensan que tengo una resaca de primera.

—¿Puedo darte un consejo?

—Claro.

—Nunca dejes de ser tú por un hombre, ¿me lo prometes?

Sonrió emocionada. —Te lo prometo.

—Pues hala, súbete al caballo que aún es pronto y seguro que tienes mil cosas que hacer. Mueve el culo, vaga.

Rió sentándose en su cama y se apartó el cabello metiéndoselo tras la oreja. —¿Te vas esta noche?

—En dos horas sale el autobús.

—Te voy a echar de menos.

—Y yo a ti.

—Suerte con las citas.

—Vete pensando qué le vas a decir al médico cuando te llame. Te quiero.

Su amiga colgó el teléfono y parpadeó mirando el auricular. Mierda, el médico. Tenía que buscar una buena excusa. No fuera a ser que se cabreara, se rompiera una pierna y la dejara coja en venganza. Se encogió de hombros. Ya se le ocurriría algo. Se levantó colgando el teléfono y cogió sus botas saliendo de su habitación. Bajó los escalones corriendo y gritó —¡Laura, voy a trabajar!

—¡Ya era hora! —Puso los ojos en blanco sentándose en la silla de al lado de la puerta y calzándose las botas. —¡Ya puedes estar aquí para la cena, señorita!

Reprimió la risa. —Vale.

Cogió el walkie que siempre dejaba sobre el aparador y pulsó el botón para hablar con su capataz. —Salvador, ¿dónde estás?

—En los pastos del este, jefa. Hay una res muerta y la estamos trasladando.

—Malditos coyotes…Voy para allá. —Con el walkie en la mano juró por lo bajo saliendo de la casa y sin poder evitarlo miró hacia la colina. Apretó los labios porque ahora no sabría nada de él hasta que regresara a casa, pero su amiga tenía razón. Tenía mil cosas que hacer.

Cabalgando hacia los pastos del este tuvo que cruzar la carretera que llevaba a su rancho cuando vio algo extraño sobre la tierra. Detuvo a Calipso y miró hacia abajo. Frunciendo el ceño bajó de su montura y se agachó porque parecía sangre. Miró a su alrededor

buscando algún animal herido. Su otra manada estaba más al norte, demasiado alejada para que fuera una de sus reses. Escuchó un quejido y se volvió de golpe mirando hacia la arboleda. Se subió a Calipso a toda prisa que estaba inquieto, lo que significaba que había olido la sangre. —Tranquilo, amigo. Voy armada. —Sacó su revólver de la alforja que llevaba sujeta a la silla. Con la mano izquierda tiró de las riendas llevándole hacia la arboleda. Cuando llegó al límite de los árboles escuchó otro quejido y Calipso movió la cabeza de un lado a otro. —Serás cobarde. —Tiró de las riendas controlándole y le forzó a entrar en el bosque. Enseguida vio la manada. Seis coyotes rodeaban a una hembra herida y levantaron la cabeza gruñendo. Al mostrar sus colmillos detuvo a su caballo y le obligó a ir hacia atrás mientras levantaba su brazo. El primer disparo dio en el macho más grande que aulló de dolor antes de caer y los otros se lanzaron al ataque. Disparó lo más rápido que pudo, pero era difícil dar a un blanco en movimiento. Terminó el cargador y los dos que quedaban se tiraron sobre ella. Calipso golpeó a uno con las patas delanteras esquivando que le mordiera en el cuello y se lanzó a galope. Asustada evitó caer sujetándose a la silla antes de gritar cuando sintió el mordisco en la pierna. Miró hacia abajo para ver que no la soltaba y sintió como su carne se desgarraba por su peso. Intentó sujetarse a la silla porque era su única esperanza de que no la devoraran porque el otro les seguía de cerca. Quiso soltar una mano para coger la radio del cinturón, pero el coyote por poco la tira, así que tuvo que agarrarse de nuevo. Al mirar hacia abajo intentando que la soltara vio que cruzaban la carretera. Levantó la vista hacia la casa y gritó lo que pudo. Casi llora del alivio cuando Laura salió de la casa. Entró de nuevo a toda prisa y salió dos segundos después con la escopeta poniéndosela al hombro. Gritó al escuchar el disparo y Calipso se sobresaltó deteniéndose en seco, hecho que aprovechó el coyote que le seguía para lanzarse a su pata. Su caballo relinchó de dolor antes de levantar las patas traseras lanzando al coyote y a ella por encima de su cabeza. Sintió como el coyote soltaba su pierna. La caída de espaldas le quitó el aliento antes de escuchar otro disparo que le heló la sangre. Asustada miró a un lado para ver que el coyote se arrastraba

intentando llegar hasta ella. Un disparo le tiró a un lado y Laura llegó hasta ella tirando la escopeta sobre la hierba. —¡No, no la sueltes! —gritó asustada.

—Están muertos. —Se arrodilló a su lado. —No te muevas. —Miró su pierna angustiada antes de llevar la mano a su cinturón y empezó a desabrochárselo. —Tengo que hacerte un torniquete, cielo. Sangras mucho.

Temblando intentó levantar la cabeza, pero se mareó. —¿Es grave?

Laura muy seria se lo quitó de la cintura y a toda prisa se lo puso por debajo de la rodilla apretando con fuerza. —Bastante. Voy a llamar a emergencias.

—Joder. —Levantó la cabeza y gimió al ver el desgarro de su pierna. —Calipso…

—No te preocupes por el caballo.

Laura se levantó y salió corriendo e inquieta miró hacia atrás. Al ver su caballo tumbado lloró sin poder evitarlo. —Te pondrás bien. —Sollozó cuando su caballo intentó levantarse aún asustado.

Laura salió con el teléfono inalámbrico en la mano gritando histérica que necesitaban una ambulancia. Cuando llegó a su lado se arrodilló de nuevo, cogió su mano y asustada miró sus ojos. —¡Dense prisa!

Al ver su miedo cerró los ojos y las lágrimas recorrieron sus mejillas. Laura acarició su frente. —Te pondrás bien.

Abrió los ojos y vio la casa en la colina. Sí, tenía que ponerse bien. Tenía muchos años por delante y Kevin estaría a su lado. Tenía que estar a su lado porque le necesitaba y después de la noche anterior no dejaría que nada les separara.

# Capítulo 6

Tumbada en la cama del hospital con la pierna fuertemente vendada hasta la rodilla, giró la cabeza hacia la ventana sin poder dejar de pensar en lo mismo. Llevaba ingresada dos días y no se había pasado por allí.

Laura entró en la habitación llevando una bolsa de papel en la mano y sonrió. —Buenos días. Te he traído dos pasteles de pasas. De esos que te gustan. La comida del hospital es un asco y seguro que casi ni has desayunado.

—¿Ha llamado?

Laura perdió la sonrisa poco a poco. —Cariño, ayer me pasé casi todo el tiempo aquí.

—¿Y de noche? ¿Sabe que estoy aquí?

—En cuanto llegué al rancho antes de ayer de madrugada hablé con Salvador para informarle de lo que había pasado. Ayer al pasar por el pueblo ya lo sabía todo el mundo, cielo. Ya lo sabes. Muchos vinieron ayer a verte. ¿Cómo no va a saberlo?

Agachó los ojos hasta sus manos apretadas. —No lo entiendo.

—Igual tiene algo que hacer o ha salido por negocios…

Negó con la cabeza decepcionada. —No le importo nada.

—No digas eso. Puede que no haya podido venir hasta Austin.

—Ni me ha llamado.

Laura ya no sabía qué decir y era evidente que ya no había excusas que dar. —Esta mañana me ha despertado la madre de Marion. Llamaba para preguntar por ti, pero también quería contarme algo.

—¿El qué?

—Marion no llegó a contarle lo que había ocurrido entre vosotros, pero lo que sí le dijo para que no la interrogara más es que Kevin también se te había insinuado. —Asintió entendiendo por qué su

amiga había hecho eso. —Margaret esta mañana estaba ofendidísima. —La miró de reojo tensándola. —Al parecer al salir para la tienda vio la camioneta de Kevin ante la ferretería.

Palideció al escucharla y Laura la miró angustiada sentándose a su lado y cogiendo su mano. —No sabemos si estaba con ella, cielo.

—¿A las siete de la mañana? Margaret siempre sale de casa a las siete de la mañana. Marion me lo ha dicho mil veces. Coloca el género antes de abrir para no tener que hacerlo al cerrar. —Una lágrima cayó por su mejilla. —Al parecer para él no soy nada y prefiere a Sofia.

—No digas eso. No sabemos si estaba allí. Son rumores. —Cogió un pañuelo de papel y se lo pasó por la mejilla como si fuera una niña. —No llores. Tienes que recuperarte.

En ese momento se abrió la puerta de golpe y se tensó al ver a Kevin. Ni se había afeitado y la miraba como si estuviera arrepentido. —Me acabo de enterar. —Cerró la puerta y rodeó la cama a toda prisa sentándose a su lado. Laura incómoda la miró de reojo, pero Sondra ni se dio cuenta porque no se podía creer que hubiera sido tan estúpida como para creer que sentía algo por ella. —¿Cómo estás?

Se acercó para darle un beso y ella le arreó un tortazo que le volvió la cara. La miró tan sorprendido que tuvo ganas de arrearle de nuevo. Era un cínico de primera. —Fuera de mi vista —siseó con rabia—. Vuelve con tu puta.

Se tensó levantándose. —No sé a qué viene esto. ¡Te he dicho que me acabo de enterar!

—¿Te acabas de enterar cuando todo el pueblo lo sabe desde antes de ayer? ¿Te crees que soy estúpida?

—¡Estuve en el bar de Jim antes de ayer y nadie me comentó nada!

Se le cortó el aliento. —¡Lo que demuestra que ni me llamaste después de acostarte conmigo!

Nervioso se pasó la mano por el cuello. —Nena, yo…

—¡Lárgate de aquí! ¿Crees que no sé que has dormido con Sofia? —preguntó desgarrada.

—No lo entiendes.

—Por Dios, Kevin… vete. Ha estado a punto de morir —dijo Laura al borde de las lágrimas al ver que estaba sufriendo—. Ha sido un susto enorme y…

—¡Vete de mi vida!

Kevin apretó los labios. —No pasó nada. Te lo juro.

—Creía que todo había cambiado, pero no dejas de hacerme daño y no te quiero cerca de mí. No vuelvas a dirigirme la palabra.

Él la miró muy tenso durante unos segundos y asintió antes de ir hacia la puerta. Salió dejándole un vacío enorme y cerró los ojos sintiendo que su corazón no se recuperaría nunca. Era una auténtica estúpida por hacerse ilusiones. Se echó a llorar rota de dolor y Laura la abrazó con fuerza. —No pasa nada. No te merece. Tiene algo dentro que no deja entrar a nadie, cielo. Tu padre se dio cuenta enseguida.

Se apartó mirándola sorprendida. —Nunca le oí decir algo así. —Laura suspiró. —¿Qué me ocultas?

—Niña…

—¿Crees que debes ocultarme algo en un momento así?

—Esto no me lo dijo a mí directamente, cielo. No sé si contarlo porque es algo que tu padre hablaba con tu madre y si no te lo dijo…

—¡Habla de una vez!

—Kevin nos habló de su rancho anterior. Estaba al norte. ¿Lo recuerdas?

—Sí, habló de él la primera noche que cenó con nosotros.

—Pero ese trabajo lo tuvo dos años antes de que tu padre le recogiera en la carretera.

Frunció el ceño. —¿Cómo dos años antes?

—Kevin salió de la cárcel el mismo día que tu padre le encontró. —Palideció llevándose la mano al pecho. —Al parecer...

—Continúa. No te detengas ahora.

—Al parecer tuvo una pelea en el rancho con uno de los hombres que le amenazó con un cuchillo. Kevin había estado en el ejército y le dio un puñetazo que le hundió la nariz. —Se tapó la boca impresionada. —Murió en el acto. Fue defensa propia, pero el juez

consideró que se había excedido debido a sus conocimientos y le cayeron dos años de prisión.

Incrédula dijo —Fue injusto. Si le había atacado con un cuchillo…

—Tu padre opinaba lo mismo. Siempre vio en él a un hombre de pies a cabeza como bien sabes. Pero esa noche que hablaba con tu madre le dijo que esa experiencia había dejado algo en él. Que nunca se llegaría a abrir o a confiar plenamente en nadie. Y que no nos lo haya contado a ninguna en todo este tiempo demuestra que es así. Solo sé lo dijo a tu padre, porque estaba con la condicional y tenía que dar esta dirección en caso de que preguntaran por él.

No se lo podía creer. ¿Y su padre les había ocultado algo así? Negó con la cabeza —No lo entiendo. Papá…

—Tu padre era un hombre bueno que quiso echarle una mano.

La miró fijamente. —Le dijo que no se acercara a mí, ¿verdad?

—Le advirtió que debía respetar si quería conservar el trabajo. Lo que haría cualquier padre y más con un expresidiario que realmente no conocía. Le pareció un hombre con mala suerte y quiso echarle una mano. Demostró con creces que era de su confianza, por eso no entiendo lo que ocurrió antes de morir tu madre y lo que está pasando ahora.

—¿Kevin habló con mamá antes de morir? —La miró sin entender. —Kevin dice que le llamó.

—Pues si lo hizo yo no estaba en la casa y sabes que en el último mes casi ni salí excepto para ir a misa. Pero puede que tu madre no me lo dijera porque sabía que yo estaba furiosa con él. Me dijo cien veces que lo olvidara antes de morir. Que teníamos que llevarnos bien porque era el único vecino que teníamos cerca.

Ya no sabía qué pensar. Se miró las manos y se dijo que realmente daba igual lo que había pasado. Él había dejado claro lo que le interesaba, que era nada porque había pasado la noche con Sofia. Aquello había terminado antes de empezar y solo quería olvidarle. Olvidar lo que había pasado en esos cinco años, pero desgraciadamente eso no sería posible.

Apoyada en las muletas entró en el establo. Fue hacia Calipso que asomó la cabeza por encima de la puerta del box y se acercó para

pasar el morro por su hombro. Soltó una muleta para acariciar su cuello. —Te has librado, amigo —susurró emocionada—. Creía que no lo conseguirías.

—Él pensaría lo mismo de ti.

Se volvió sorprendida y sonrió. —¿Qué haces aquí, doctor?

—Comprobar cómo estás. —Malcom se acercó con el maletín en la mano y sonrió mirando su pierna. —No deberías apoyarla.

—Lo sé, pero no he podido evitar abrazarle. —Sonrió radiante. —Gracias por salvarme la vida.

Malcom le guiñó un ojo. —Lo hice por puro egoísmo, te lo aseguro. Para una mujer perfecta que conozco no podía dejar que se me escapara.

Perdió algo la sonrisa. —No soy perfecta.

—Yo creo que sí. —Se agachó cogiendo la muleta. —Venga, a casa a ponerla en alto. Órdenes del médico.

Cogió la muleta algo sonrojada. —Malcom, yo no sé si…

—¿No me estarás rechazando? —preguntó divertido. Se sonrojó aún más haciéndole reír—. No te preocupes. Cuando en la ambulancia medio ida me llamaste Kevin y me preguntaste por qué no te había llamado, me imaginé que estabas enamorada de él.

Dios, qué vergüenza. Agachó la mirada y él la cogió por la barbilla para que le mirara a los ojos. —Pero no voy a darme por vencido, ¿sabes? Si no te ha llamado es mi oportunidad y pienso aprovecharla porque yo jamás dejaría de llamarte.

—No me conoces.

—Y me muero por conocerte. Yo sí te hubiera llamado. Estaba descolgando el teléfono cuando mi enfermera me dijo lo que había pasado. Solo pido una oportunidad. —Sonrió de una manera que le cortó el aliento. Como si fuera realmente importante para él. —Pero de momento seremos amigos. Podemos salir de vez en cuando. Sin presiones, ¿qué te parece?

Sonrió sin poder evitarlo. —Me parece bien.

—Perfecto. Ahora vamos a ver esa herida.

Salieron del establo y Laura esperaba en el porche.

—Te quiere mucho, ¿verdad?

—Es como mi segunda madre.

Malcom asintió. —Al parecer has perdido a tus padres hace poco. Debe ser muy duro.

—Sí, ha sido duro. Y para ella también lo ha sido y encima me pasa esto. No gana para sustos.

Malcom sonrió. —Te salvó la vida.

Miró a Laura y asintió. —No sé qué haría sin ella. Es lo único que me queda.

—Doctor se queda a cenar, ¿verdad? ¡Tengo lasaña y tarta de manzana!

—No puedo rechazarlo. Me muero por probarla.

—Pues vamos a cenar. Ya me mirarás la herida luego.

La ayudó a subir los escalones y Laura sonrió apreciando el gesto. Se notaba que le gustaba para ella. —Se va a chupar los dedos, ya verá. ¿Doctor tiene novia?

—Tutéame Laura. ¿Por qué no me haces esa pregunta en seis meses?

—¿Tienes alguien a la vista?

Miró a Sondra sonrojándola. —Muy a la vista.

—¿Pasamos? —Casi se tropieza al entrar y él la cogió por el brazo impidiendo que cayera.

Laura sonrió ilusionada. —Eso está muy bien, Malcom. Pero que muy bien.

Sondra la advirtió con la mirada por encima de su hombro, pero ella no se dio por aludida entrando tras ellos. —Malcom, ¿una cervecita? Estás en tu casa.

Seis meses después

Estaba en la trastienda de Margaret mirando vestidos de novia con Marion en una revista especializada cuando chilló al ver el vestido de novia perfecto. —¡Éste!

—¿En serio? ¿De princesa? Yo lo imaginaba más entallado. Mostrando figura.

—El estilo princesa es el más bonito —dijo su madre rápidamente —. Las novias están radiantes cuando entran en la iglesia. —Sonó la

campanilla y Margaret bufó saliendo a atender. —Vaya, Kevin… Hacía tiempo que no te veía por aquí. Últimamente no se te ve mucho.

A Sondra se le cortó el aliento y las amigas se miraron a los ojos. —Es que tengo mucho trabajo.

—Sí, ya me lo ha dicho la señora Wilkings. Está muy contenta como tu ama de llaves. Al ser nueva en el pueblo hablamos de vez en cuando. —Rió divertida. —Casi no paras en casa. Vas a terminar haciéndole la competencia a Sondra.

Hubo un silencio al otro lado de la pared y las amigas se levantaron del sofá para escuchar pegadas a la puerta. —No podría llegar a ese volumen en la vida. ¿Cómo está?

Su corazón saltó en su pecho. —Muy bien. Está saliendo con el doctor Wood, ¿lo sabías?

—Sí, algo había oído —dijo con voz grave—. Vengo a por el pollo que encargó la señora Wilkings.

—Oh, se me ha olvidado cortarlo. Enseguida lo hago. No tardo nada.

—Así que están saliendo. ¿Y va en serio?

—¿En serio? Está mirando el vestido de novia, no te digo más.

Sondra abrió los ojos como platos y Marion gimió. ¡La mataba! —Sí que es serio entonces —dijo pensativo.

—Mucho. Él está muy enamorado. Solo hay que verle. La adora. El otro día en la barbacoa de la parroquia prácticamente le declaró su amor ante todos en un brindis. Eso acaba en boda y pronto.

—Mientras ella sea feliz. Parece un buen hombre —dijo como si le estuvieran sacando una muela.

—Lo es. Además, no hay nada que sea más atrayente que un hombre que te salva la vida. ¿Sabes que durante su convalecencia fue a verla todos los días al rancho? Siempre pendiente de ella y de que no le faltara de nada. Un día le envió el ramo de flores más bonito que he visto en mi vida. Y siempre tiene detalles preciosos. —Suspiró de manera exagerada. —El sábado la llevó a Austin a conocer a sus padres.

—Señora Wood, ¿le queda mucho? —preguntó muy tenso.

—No, hijo. Esto casi está —dijo aunque todavía no habían escuchado cortar ni un pedazo—. ¿Y a ti cómo te va? Hace tiempo

que no veo tu camioneta aparcada por aquí. Sofia debe echarte de menos.

—Eso se acabó hace mucho. Somos amigos.

Se le cortó el aliento mirando asombrada a su amiga.

—¿Hace mucho? Pues hace seis meses vi tu camioneta ante su casa… Creo que coincidió con el accidente de Sondra, ¿no es cierto?

—Ahora entiendo como Sondra se enteró de eso. Pues para informar debería asegurarse de que lo que dice es correcto, ¿sabe? Sofia y yo lo dejamos hace más de dos años. A veces duermo en su casa cuando no quiero coger el coche hasta la mía. Es una buena amiga, nada más.

—Ahora entiendo yo por qué veo a menudo al ayudante del sheriff salir de su casa.

—Sí, lleva saliendo con Peter un año. Apúntelo en su informe —respondió cabreado—. Creo que voy a ir a la ferretería. Luego me paso por aquí a ver si tengo suerte y el puñetero pollo está listo.

—Claro que sí, cielo. Listo lo tendrás, no te preocupes.

Las amigas se miraron con los ojos como platos y Margaret entró en la trastienda. —Se ha ido más quemado que la pipa de un indio.

—¡Mamá!

—Para enterarme de cosas tengo que preguntar. Esa Sofia no tiene vergüenza. ¡Peter está casado!

—Está separado, mamá.

—Seguro que ella ha tenido algo que ver. Menuda lagarta. —Miró a Sondra. —Está celoso. Te lo digo yo.

—¿Y a mí qué?

—No, si yo solo informo.

—¿Y por qué le has dicho que miraba vestidos de novia?

—Mira ésta, pues para comprobar su reacción. Y ha sido prometedora.

—¡Tu madre está loca!

—Oye, más respeto. Hija, ¿ya lo has elegido? Mira que casi no queda tiempo.

—¡Queda un año, mamá! ¡Nos casamos el verano que viene!

—Un año pasa volando. —Sonrió ilusionada. —Es una pena que no pueda llevarte yo al altar. Que idea más buena al ir a esa agencia.

Ha valido cada dólar. Menudo yerno. Ingeniero nada menos. Voy a tener unos nietos listísimos.

Sondra gruñó. —Yo me largo.

Marion salió tras ella preocupada. —No te enfades. Ya sabes cómo es.

—No me enfado. —Marion la cogió por el brazo y Sondra suspiró. —No me enfado, de verdad. Que no se hubiera acostado con ella no tiene nada que ver con que no me llamara.

Su amiga suspiró del alivio. —Además ahora está Malcom.

Asintió. —Sí, ahora está Malcom. —Salió de la tienda diciéndole —Te llamo… —Se tropezó con alguien y se volvió apartándose para encontrarse ante ella a su pesadilla, que la miró de una manera que la puso nerviosa. —Lo siento, no te había visto.

—No pasa nada —dijo suavemente erizándole la piel—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Con mucho trabajo.

Dio un paso atrás poniendo distancia sin poder evitarlo y forzó una sonrisa. —Sí, ya me he enterado de que los chinos te han pedido que aumentes la producción. Enhorabuena.

—Gracias —respondió muy tenso.

—Bueno, tengo que irme. Adiós. —Se volvió para ir hacia su camioneta.

—Sondra, siento no haberte llamado. Pero ahora ya no importa. —Ella con la mano en el tirador de la puerta vio cómo se volvía para entrar en la tienda y se odió a sí misma por el vacío que sintió en la boca del estómago. Abrió la puerta con ganas de gritar.

—¡Sondra! —Se volvió para ver a Malcom cruzando la acera y gimió por dentro. —Hola, preciosa. —La cogió por la cintura y le dio un rápido beso en los labios. —¿No me digas que ibas a irte del pueblo sin comer conmigo?

—Es que tengo que volver. Me llamó Marion y... —Sin querer miró hacia la tienda y en ese momento salió Kevin con una bolsa en la mano.

Malcom entrecerró los ojos. —Vaya, Carmichael… Menuda sorpresa.

—Doctor…

—No sabía que estabas por el pueblo. Últimamente se te ve poco por aquí.

—Tiene mucho trabajo —dijo ella rápidamente.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Se sonrojó. —Porque me lo ha dicho.

—Ah, ¿que habéis hablado? —lo preguntó de una manera que Sondra le miró sorprendida.

—Pues sí.

Malcom apretó los labios. —Estupendo. ¿Entonces te vas?

—Sí. ¿Estás bien?

—Sí, muy bien —siseó mirando a Kevin que no se había movido —. Te veo esta noche.

—¿Esta noche? —preguntó sin entender.

—Es la fiesta del ayuntamiento. La hacen en mi honor.

Se puso como un tomate. —Oh sí, claro. No se me había olvidado.

Él sonrió y la cogió por la cintura para besarla en los labios de nuevo. —Te recojo a las seis, mi amor.

Se subió a su camioneta y encendió el motor mirando los ojos de Kevin que estaba muy tenso. Apartando la mirada dio marcha atrás. Vio como Malcom se acercaba a Kevin con una sonrisa en los labios. Se mordió el labio inferior doblando la esquina y frenando en seco. Se bajó del coche y se acercó a la esquina a toda prisa. Malcom estaba de espaldas, pero al mirar a Kevin vio cómo se tensaba por lo que le estaba diciendo. Malcom le señaló con el dedo antes de alejarse de él cruzando la acera hacia la consulta y por como caminaba no iba nada contento. Kevin miró hacia la esquina y Sondra se apartó de golpe corriendo hacia la camioneta. Preocupada aceleró saliendo del pueblo. Lo de Malcom había llegado demasiado lejos. Lo intentaba y lo intentaba, pero aunque era perfecto en todos los aspectos no se enamoraba de él. Era cierto eso de que en el corazón nadie mandaba porque por mucho que quería olvidar a Kevin había sido verlo y sentir que su sangre volvía a fluir por sus venas.

Alguien tocó el claxon y miró por el espejo retrovisor para ver que era Kevin. —Mierda.

Él volvió a tocar el claxon dos veces y miró por el retrovisor. —¿Qué quieres? —gritó.

Kevin empezó a adelantarla y cuando se puso a su altura gritó —¡Detente en el camino al rancho!

Aceleró adelantándola y ella frunció el ceño. Al tomar la desviación a su rancho no le vio y se preguntó si le había entendido mal, cuando vio la camioneta al dar la vuelta a una curva y él estaba en medio del camino con las manos en jarras. Frenó en seco y se bajó del coche. —¿Qué te pasa? ¿Estás loco?

—Ese tío acaba de amenazarme.

Parpadeó sorprendida. —¿Malcom? —Se echó a reír. —Qué tontería.

—Sí, con echarme del pueblo —dijo cabreadísimo—. ¿Le has dicho que he estado en la cárcel?

Perdió la risa de golpe. —¿Cómo lo sabe?

Kevin se enderezó. —Así que lo sabes.

—Me lo dijo Laura hace meses. Escuchó a papá cuando hablaba con… ¡Bueno da igual! ¡Yo no se lo he dicho!

—Entonces me ha investigado.

—¿Cómo va a hacer eso? No seas paranoico.

—¿Paranoico? ¡Acaba de decir que mi secreto sería de dominio público! —gritó furioso—. ¡Qué me alejará de ti!

Le miró asombrada. —Vaya, sí que me quiere.

—Nena, no me digas eso que se me revuelven las tripas.

A Sondra le dio un vuelco el corazón. —¿Y a ti qué te importa si pasas de mí como de la mierda?

—¡Tú me pediste que me alejara!

—¡Es que ya pasabas de mí antes y no me gusta que me mareen! —le gritó a la cara. Él miró sus labios y a Sondra se le cortó el aliento—. No.

La cogió por la cintura elevándola hasta su rostro y su corazón saltó al sujetarse en sus hombros. —¿Sientes esto con él, preciosa? —preguntó con voz ronca—. No puedo olvidar como te retuerces de placer bajo mi cuerpo. —Tembló entre sus brazos. Acarició su labio

inferior con los suyos haciéndola suspirar antes de que la sentara sobre el capó de mala manera. —¡Así que vas a dejar a ese tío!

—¿Ah, sí?

—Mira, estás a muy poco de cometer el peor error de tu vida y me siento responsable. ¡Así que le dejas y rapidito que me pongo de muy mala hostia! Y como te vuelva a besar ante mi cara… —Entrecerró los ojos. —¿Te has acostado con ese tío? —Iba a responder. —¡No me lo digas!

Sondra reprimió la risa y Kevin entrecerró los ojos. —¿Te ríes? ¡Pues no tiene gracia!

—¿Por qué no me llamaste?

Él apretó los labios y se acercó a ella. Pasó sus manos por sus muslos como si necesitara tocarla. —Nena, tu padre no quería que me acercara a ti.

—Pero te legó las tierras. —Le agarró del cabello acercándole a ella. —¿Eso no te indicó nada, idiota?

Kevin sonrió. —Que me apreciaba.

Sintió una pena enorme por el tiempo perdido. —¿Qué estás haciendo, Kevin?

—No lo sé.

—No juegues más conmigo.

Él la abrazó pegándola a su cuerpo como si quisiera fundirse con ella. —No puedo olvidarte.

Cerró los ojos sintiendo que su corazón gritaba de alegría. —Te quiero. —La pegó más a él y besó su cuello, pero se quedó en silencio. Suspiró sin dejar de abrazarle. —Algún día me entregarás tu corazón.

—Te entregaría mi vida si pudiera, cielo. Ni te imaginas lo importante que eres para mí.

—No puedo dejarle.

Él se tensó apartándose para mirar su rostro. —¿Qué has dicho?

Se sonrojó ligeramente. —Bueno, ahora no. Esta noche es muy importante para él y…

—¡Será una broma! ¡Me quieres a mí!

—Bueno, a él también le quiero mucho.

Kevin la miró como si le hubieran salido cuernos y rabo. —¡No me mires así, ha sido muy bueno conmigo!

—¡Querrás decir que te ha cortejado!

—Eso.

No salía de su asombro. —¿Me estás pidiendo que te corteje?

Se sonrojó con fuerza. —No, claro que no. —Él pareció aliviado y se lo pensó mejor. —Bueno, sí.

—¡Nena, aclárate!

—Mira quien fue a hablar de aclararse.

—Ah, ya lo entiendo. ¡No confías en mí y no quieres dejar a ese tipo hasta que estés segura de que quiero estar contigo! —le gritó a la cara.

Sondra sonrió. —Siempre supe que eras muy inteligente. Lo de los chinos me dio una pista buenísima. —Se bajó del capó de un salto y le dio un rápido beso en los labios. —Tengo que irme. Tengo mucho trabajo y esto de ponerse mona lleva su tiempo.

—¡Sondra ni se te ocurra! ¡No vas a salir con él!

—Claro que sí. No voy a dejar a un partido buenísimo porque ahora te haya dado de nuevo un repente. Cuando tenga claro que me quieres, hablaré con él mientras tanto ajo y agua. —Fue hasta su camioneta y abrió la puerta radiante porque estaba celoso. —No te preocupes por lo de la cárcel. Hablaré con él. —Seductora le lanzó un beso con la mano. —Es muy comprensivo.

—La madre que me…

—Ah, ah… ¿Quieres dejarlo ya?

—¡No!

—Perfecto. —Se subió a la camioneta y arrancando le guiñó un ojo. Le vio refunfuñar por lo bajo, pero ella encantada de la vida aceleró. Se sintió viva de nuevo.

# Capítulo 7

—Ay, madre —dijo Laura viendo cómo se acomodaba su largo vestido blanco de gasa sobre los pechos—. ¿Estás loca? ¡Va a correr la sangre!

—Qué va. ¿Me cierras la cremallera? —Laura se acercó a su espalda y subió la cremallera de un tirón. —¡Eh, qué es un vestido carísimo!

—¡Kevin no se anda por las ramas! Es capaz de presentarse en la cena y sacarte a rastras.

Soltó una risita. —Lo sé. Pero no hay problema, está el sheriff. Y Malcom que no le dejaría.

—Niña, esto va a acabar mal.

—¡No seas agorera! Tengo que hacer que luche por mí. Así sabré si me quiere de verdad.

—¡Un hombre como Kevin si te dice que te quiere, es que te quiere!

—Ya, pero no me lo ha dicho. —Se acercó a su tocador y miró su rostro. Bah, con un poco de rímel y la barra de labios estaba lista. Se sentó para ponerse los pendientes de diamantes de su madre y vio por el espejo como Laura gruñía cruzándose de brazos. —¡No seas tan negativa! Cuando esté convencida de que Kevin me quiere, hablaré con Malcom. No antes.

—Mira a ver si te va a salir el tiro por la culata y te quedas sin los dos.

Soltó una risita. —Sin uno puede, pero sin los dos… No, eso no va a pasar. Son demasiado competitivos. Si Kevin por poco se rompe el cuello en aquel rodeo porque se picó con otro vaquero. Y Malcom es igual.

—Pues como se rompan la cara, pienso decirte que te lo advertí.

Asustada miró a Laura. —Uy, eso no puede pasar. Kevin podría acabar en la cárcel de nuevo. Es mucho más fuerte.

—¡Niña, tienes que acabar con esto! ¡O uno u otro!

Lo pensó unos segundos. —Bueno, tendré que hablar con Malcom. Pondré las cartas sobre la mesa.

—¿Estás loca?

—Y mi condición es que se comporten como caballeros. Si no lo hacen les doy puerta y listo. Lo pondré como otra de mis condiciones para decidirme.

—¡Pero si ya estás decidida! ¡Estás enamorada de Kevin!

—¿Quieres dejar de gritar? Estoy aquí mismo.

—Uy… es que me pones de los nervios. Ahora que por fin nuestro chico se abre le haces esto.

Jadeó indignada. —¡Pues ya se podía haber abierto hace dos años!

—Dejó a esa. ¡Eso ya significa algo!

—Sí, pero yo no lo sabía, ¿verdad? ¡Se mantuvo alejado y encima ni me llamó! ¡Siempre tengo que hacerlo yo todo y se acabó! Va a sudar sangre para ponerme el anillo en el dedo. Eso te lo juro.

Laura se llevó una mano al pecho de la impresión. —¿Va a darte el anillo?

Soltó una risita. —Claro que sí. En cuanto se entere de que Malcom ya lo tiene, corre a comprarlo.

—¿Y no te da pena Malcom? Es tan caballeroso, tan agradable… Te quiere tanto. —Levantó las cejas mirando a Laura y ésta chasqueó la lengua. —Sí, pega tanto en el rancho como un burro en un garaje. Pero no tiene que pegar, es médico.

—No me entiende. Cuando tengo que salir corriendo porque hay un problema en el rancho se cabrea. ¡Él se va por urgencias y yo lo entiendo!

—Niña, es que él salva vidas. Te he visto dejarle plantado porque se había terminado el pienso de los terneros.

Se sonrojó ligeramente. —Bueno, mis chiquitines tienen que comer. —Laura puso los ojos en blanco. —¡Es que ese día me estaba leyendo un poema! Menudo coñazo. Tiene un concepto del romanticismo algo anticuado.

—Sí, tú prefieres que te agarren de los pelos y te metan en la cueva.

—¡Muy graciosa! —Se sonrojó con fuerza recordando lo apasionado que era Kevin haciéndole el amor. Sería bruja. —¡Solo quiero que me demuestren que me quieren! ¿Qué hay de malo en ello?

—¡Malcom ya te lo ha demostrado con creces! ¡Solo quieres poner a prueba a Kevin para que no vuelva a hacerte daño! ¡Y en la vida no hay garantías de nada!

Levantó la barbilla. —¡Bueno, pero al menos me habrá demostrado algo! ¿Quieres dejarme a mí?

—¡Tú verás!

Gruñó cogiendo la barra de labios. —Cada día eres más meticona.

—¡Llevo igual de meticona desde que naciste! ¡Y así me voy a morir! ¡Y a ver si te decides ya, que quiero nietos y se te va a pasar el arroz! —Asombrada vio que salía de la habitación.

—¡Mi arroz está perfectamente, gracias!

—¡Ja!

—Que yo no lo tengo claro. Ja. Es él quien tiene que complicarlo todo —dijo por lo bajo—. Pues ahora le voy a poner las cosas difíciles por una vez.

—¿Qué has dicho?

—¡Laura deja de poner la oreja!

—Ahí vieennneee.

Se levantó corriendo hacia la ventana y gimió al ver el BMW gris de Malcom. Solo lo sacaba para los momentos especiales y al parecer esa noche lo era. —Éste te pide matrimonio esta noche —dijo Laura tras ella.

—¿Cómo me lo va a pedir si ni siquiera nos hemos acostado?

—Precisamente. —Su amiga levantó una ceja. —Debe estar deseándolo y quiere que sepas que él sí te quiere. Esta es la noche.

Gruñó alejándose de la ventana para regresar al tocador. —Más vale que me adelante y hable con él.

—Y frustres sus planes.

—¡Sí! No quiero hacerle daño. Y deja de interrumpirme porque…

—¡Sondra!

Miró asombrada a Laura que tampoco podía creerse el grito de Malcom. Le escucharon subir las escaleras de dos en dos y como se acercaba a la habitación. Ambas miraron hacia allí para verle vestido con un traje gris y una cara de querer pegar cuatro gritos que no podía con ella. Vieron como intentaba contenerse, pero disimulaba fatal. —¿Me quieres explicar qué coño está pasando?

—Éste ya sabe algo —dijo Laura por lo bajo.

Puso cara de niña buena. —¿A qué te refieres?

—¿Estás saliendo con Kevin Carmichael?

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Qué?

—¡No te hagas la loca! ¡Me acaba de llamar el alcalde para decirme que mi novia llevaba a otro novio a la cena! ¡El hombre no sabía ni cómo explicarse del bochorno!

Mierda. —¿Que el alcalde dijo qué?

—¡Al parecer Carmichael le ha solicitado un puesto a tu lado en la cena porque sois novios y no podéis cenar separados! El alcalde le dijo que eras mi acompañante y él tuvo la desfachatez de decir que solo te había prestado un rato.

Jadeó levantándose de golpe. —¿Qué?

—Voy a partirle la cara. Te juro que…

Sondra negó con la cabeza. —Ah, no.

Asombrado vio como Laura también negaba con la cabeza. —Eso no es buena idea.

—¡Si crees que va a poder conmigo estás equivocada! ¡Sé defenderme muy bien!

—Nada de peleas. Juego limpio —dijo Sondra. De repente sonrió. Iba a ir a la cena. Entonces recordó algo—. ¿Has amenazado a Kevin?

—¿Se ha chivado? —preguntó levantando la voz—. Será hijo de…

—Ah, ah… Juego limpio. ¿Cómo pensabas echarle del pueblo, Malcom?

—Ese capullo te oculta cosas. ¡Estuvo en la cárcel! ¡No es quien piensas que es!

Le miró como si estuviera decepcionada y Malcom frunció el ceño. —¿Lo sabías?

—No me gusta que utilices esas tácticas para ganarle.

—Vi cómo te miraba al salir de la tienda. ¡Ese no va a soltarte!

—¡No soy un juguete! ¡Os lo digo a los dos! —exclamó ofendida.

Malcom frunció el ceño. —¿Qué estás haciendo, Sondra? ¿Todavía le quieres?

Decidió ser sincera. —Os quiero a los dos.

—¡Eso es imposible!

—De ti quiero mil cosas y de él otras mil. —Se encogió de hombros. —¿Es raro?

—¡Sí! —dijeron los dos a la vez.

—¡Estoy siendo franca! De él amo su fuerza, su tesón, la manera en la que me hace sentir. De ti amo tu ternura, que siempre puedo contar contigo y que me siento protegida a tu lado. ¿Yo qué culpa tengo de que cada uno tenga una cosa? —gritó dejándole en shock.

De repente Malcom sonrió. —Ah, entonces aún estoy en el juego.

Laura le miró como si estuviera loco. —¡Si te acaba de decir que no te desea! ¿Qué crees que quiso decir con lo de sentir cuando está a su lado?

—Bah, eso no es importante. Además, no me ha probado. Cuando lo haga cambiará de idea. Es que solo se ha soltado con él. Cuando lo haga conmigo, se olvidará de él para siempre.

Frunció el ceño dando un paso hacia él. —¿Tú crees?

—Soy médico. Hazme caso. El deseo es pasajero. Lo que tenemos nosotros es mucho más estable a largo plazo. Voy a tomarme una cerveza. Joder, tengo la boca seca. —Salió de la habitación dejándolas con la boca abierta.

—Es insistente.

—Punto para Malcom.

—¿Les vas a puntuar?

—¿Cómo voy a llevar la cuenta si no? —Miró a su alrededor. —Necesito una libreta.

Laura levantó las manos como si no pudiera con ella. —¡Allá tú!

—¿Hay alguna de esas pequeñitas en la casa? —gritó cuando salió—. ¡Una de esas que me entre en el bolso!

Del brazo de Malcom entraron en el ayuntamiento. La verdad es que estaba guapísimo esa noche y se fijó en cómo la gente le

respetaba acercándose para darle la mano y felicitarle por su premio. En unos meses se había ganado a todo el pueblo. Orgullosa de él saludó a sus conocidos y un camarero le dio una copa de vino blanco. Malcom la miró a los ojos antes de chocar su copa con la suya. —Por esta noche.

—Por tu noche.

—Venir a este pueblo ha sido la mejor decisión que he tomado nunca —dijo comiéndosela con los ojos.

Se sonrojó ligeramente y él rió por lo bajo antes de beber. Estaba bebiendo de su copa cuando vio aparecer a Kevin con un traje negro y con una impecable camisa blanca. Jamás había estado tan atractivo como en ese momento. Él sonrió de esa manera que la volvía loca y se acercó sin cortarse. —Estás preciosa, nena. —La cogió por la cintura y le dio un beso en los morros que la dejó temblando. Cuando se apartó miró a Malcom que parecía que quería matarle mientras medio salón murmuraba —Wood, te veo bien.

—Carmichael… El tacto no es lo tuyo, ¿verdad?

—No, prefiero ir al grano.

—¿Desde cuándo? —preguntó con ironía.

Kevin entrecerró los ojos. —Desde ya. Veo que ha sido sincera. Es lo que tiene mi mujer, que prefiere ir con la verdad por delante, aunque duela. ¿No te has dado por vencido al saber que me quiere?

Sonrojada susurró —Kevin…

—Será que ha sido mucho más sincera conmigo que contigo porque lo que quiere de mí es mucho más duradero. Ganaré yo.

—Así que estamos en una competición. Interesante.

Malcom dio un paso hacia él sin perder la sonrisa. —Soy su amigo, su compañero, la persona a la que llama cuando le preocupa algo porque sabe que no la fallaré. Tú solo eres un polvo y un hombre que le ha hecho daño por su propia estupidez. Ganaré yo. Eso no lo dudes.

Sondra gimió por dentro porque Kevin se tensó con fuerza. —Te olvidas de algo muy importante.

—¿Si? ¿De qué? ¿De los cinco años en los que la ignoraste?

—No. De que desde que me vio, es mía. —Malcom perdió la sonrisa. —Puede que la haya rechazado, puede que le haya hecho

daño, pero me quiere por encima de todo… De su herencia, del daño que haya podido hacerle… Su deseo por mí no ha cambiado porque es mía y lo será siempre por mucho que lo intentes. —Dio un paso atrás sonriendo y cogió una copa de vino para mirarla a los ojos. —Estás tan bonita que quitas el aliento.

—Oh, por Dios. —Malcom bebió su copa de golpe, pero Sondra no pudo evitar sonrojarse de gusto porque nunca le había hablado así.

Chocó con suavidad su copa con la suya y susurró —Por nosotros y por esa noche que nos marcó para siempre.

—Tendrás cara —dijo Malcom con ganas de cargárselo.

Pero ella mirando sus ojos negros sabía que no hablaba de la noche que habían compartido juntos sino de aquella seis años antes cuando llegó a su casa. Kevin sonrió.

En ese momento dijeron que podían pasar al comedor y se abrieron las puertas donde normalmente se hacían los plenos. Kevin quitó la copa de su mano rozándola sin dejar de mirarla a los ojos, pero Malcom la cogió del brazo para que entraran. Sin poder evitarlo miró hacia atrás y vio a Kevin saludando al alcalde y a su esposa. Miró al frente sintiéndose observada por Malcom que estaba muy tenso. —Ven, cielo. Aquel es nuestro sitio, al lado del alcalde.

Le miró preocupada. —Malcom…

—No pasa nada. Te darás cuenta. Lo sé.

Le apartó la silla como todo un caballero y la ayudó a sentarse antes de ocupar su asiento. Le sonrió cogiendo su mano con ternura y Sondra miró sus manos unidas. Estaba siendo injusta al ponerle en ese compromiso. Pero su amor por ella le hacía pasar por eso porque era evidente que no quería perderla. ¿Qué estaba haciendo?

Kevin se sentó a su lado y apretó los labios al ver cómo la cogía. Como si nada apoyó el antebrazo en su silla y acarició su espalda. Asombrada le miró y él sonrió sin cortarse. —Cada uno usamos nuestras técnicas, nena.

—Tenías que presentarte en la cena —dijo mosqueada sin poder evitarlo.

—Sabía que así él se enteraría. Me parecía más franco.

—Se lo iba a decir igual.

—Claro que sí, porque yo ya no pienso cortarme.

Levantó la barbilla. —Tienes un punto menos.

Kevin se echó a reír con ganas y el alcalde que acababa de empezar su discurso le miró asombrado. —Perdón, continúa Harry. Es que Sondra es tan divertida…

Todos le miraron como si hubiera dicho la mentira más gorda del universo y se puso como un tomate.

El alcalde iba a continuar cuando Malcom se adelantó para fulminarle con la mirada. —¿Quieres cerrar la boca? La pones en evidencia.

Kevin iba a replicar cuando el alcalde carraspeó y tuvo que morderse la lengua. —Como estaba diciendo —dijo Harry antes de que alguien metiera baza—, el doctor Malcom Wood ha sido un ejemplo de dedicación a este pueblo desde que llegó apenas hace seis meses.

—¿Acaso no se le paga para que ejerza de médico?

Sondra miró asombrada a Kevin que se encogió de hombros. —¡Cállate! —siseó pegándole una patada en el tobillo.

Él gimió mientras el alcalde carraspeaba. —Sí, por supuesto, pero se ha entregado de tal manera a ese puesto que de alguna manera teníamos que devolvérselo en agradecimiento. —Kevin iba a decir algo, pero ella le dio otra patada en el tobillo. —Todos sabemos las horas que ha entregado a este pueblo de manera desinteresada y lo acertado que ha estado en sus diagnósticos. El hijo de Rose Bennet estará en deuda con él toda la vida por haber sido tan rápido en la resolución de su caso salvándole la vida.

Kevin iba a abrir la boca de nuevo y ella le dio un puntapié, pero él había apartado las piernas y se golpeó con fuerza con la pata de la mesa. Gimió agachando la mirada y Malcom la miró. —¿Estás bien?

—Sí, sí claro. —La risita de Kevin la hizo jurar por lo bajo. —Un tirón.

—Luego te lo miro —dijo él antes de centrarse de nuevo en el discurso.

Giró la cabeza para mirar a Kevin. Sonrió divertido y se acercó para susurrar a su oído —Nena, ¿creías que iba a dejarme patear

por tercera vez? —Besó el lóbulo de su oreja dejándola sin aliento y en ese momento todos empezaron a aplaudir. Centrándose miró al frente aplaudiendo como los demás y Malcom le dio un suave beso en los labios antes de levantarse confundiendo aún más a la audiencia que ya no sabía qué pensar. Sondra ya no sabía dónde meterse de la vergüenza. El cura la miraba como si fuera Jezabel. Empezaba a pensar que Laura tenía razón y aquello no había sido buena idea.

—Gracias. Gracias a todos los que estáis aquí esta noche. El dinero de las donaciones le vendrá muy bien a la clínica, os lo garantizo —dijo Malcom con una sonrisa en los labios—. Desde que llegué a Cornell me habéis recibido con los brazos abiertos y no puedo estar más a gusto en este pueblo. Siempre he deseado vivir en un sitio así y formar una familia. Espero que eso se cumpla algún día. —Miró a Sondra que ya no podía ponerse más roja. —Pero las cosas no siempre son fáciles. Veo caras de incredulidad entre el público por la presencia de Carmichael al otro lado de Sondra y es muy sencillo... No se decide y yo no me doy por vencido.

—¿Pero qué dice, doctor? —preguntó la madre de Marion—. ¿Está saliendo con los dos?

—Pues sí y espero que no la juzguéis por su indecisión.

¡Quería morirse!

—¡Esto es inaudito! —exclamó el cura levantándose—. ¡Niña, eso no está bien!

—Padre Roberts, usted déjeme a mí que no tiene mucha idea de las relaciones sentimentales. —Varios se echaron a reír mientras el cura se sonrojaba. —¡Y esto es un poco difícil de decidir!

—¡Si son los dos mejores partidos del pueblo! —exclamó la señora Vasil.

La miró como si fuera tonta. —Pues eso.

Margaret se echó a reír sentándose. —Muy bien, niña. Tú decide con calma que esto es muy jugoso.

—¿Quién te ha puesto en evidencia ahora? —preguntó Kevin divertido—. Nena, ¿me quitas el punto negativo?

—Muy gracioso.

—Bah, si esto está muy claro —dijo la señora Vasil—. El doctor es guapo, rico y un amor. ¿Cómo va a elegir a Carmichael?

—Vaya, gracias.

La mujer se sonrojó. —¡Además te lleva seis meses de ventaja! Si hasta había comprado el anillo. ¡Lo sabe todo el pueblo!

Ella gimió cuando Kevin se tensó a su lado. —¡Pues tendrá que devolverlo!

Sondra carraspeó mirando a Malcom que parecía de lo más satisfecho. —¿Continúas?

—Como iba diciendo, espero que en el futuro pueda formar esa familia que tanto deseo a tu lado, Sondra.

Vaya, había vuelto a decirlo.

—¡Yo le apoyo, Doc! —gritó el señor Parnet—. Ese no tiene nada que hacer.

Kevin chasqueó la lengua. —Ya lo veremos.

—Tengo muchos planes de futuro. Quiero meter la clínica en el siglo veintiuno y que los pacientes no tengan que trasladarse a otras localidades para hacerse las pruebas necesarias en su diagnóstico. Quiero solicitar al estado un helicóptero para las emergencias. —Varios asintieron. —La población cada vez es mayor y es totalmente necesario. Quiero que sean de otras localidades los que vengan aquí para curarse y eso supondrá una inyección de capital en el pueblo, lo que a la larga será beneficioso para todos. —El alcalde sonrió. —Y para eso dono a la clínica medio millón de dólares para empezar.

Sondra le miró sorprendida mientras todos aplaudían levantándose de sus asientos. Sonrió levantándose como los demás mientras Kevin lo hacía a regañadientes. —¿Cuántos puntos se ha ganado con eso?

—Diez.

—Me estoy quedando atrás.

—Pues espabila.

Malcom se acercó a ella besándola en la mejilla y el alcalde dijo —Después de este maravilloso gesto, es un honor entregarle esta placa de agradecimiento por parte del pueblo de Cornell al doctor Malcom Edward Wood.

Malcom cogió la placa por un extremo y le dio la mano. Miraron a la cámara del fotógrafo del periódico y Malcom dijo —Ven, cielo. Saquémonos una foto juntos.

No le apetecía mucho porque se sentía observada, pero se levantó acercándose a él que la cogió por la cintura. Al verle tan contento sonrió y él la besó en la sien en respuesta. Al volverse vio que Kevin les observaba sumido en sus pensamientos y cuando se acercó, él sonrió de manera forzada. Molesta susurró —¿Ya te has dado por vencido?

—No preciosa, porque sé de sobra a quien perteneces —respondió provocándole un vuelco al corazón.

—¿Estás seguro de esto?

—¿Lo estás tú? Porque ya no hay vuelta atrás, nena. Solo queda tu decisión.

—¿La acatarás?

—Depende de lo que digas.

—Él nunca me ha hecho daño.

Kevin perdió la sonrisa enderezándose. —Puede, pero eso es porque no te importa lo suficiente. Tú me has hecho daño y no te lo echo en cara continuamente.

Se le cortó el aliento. —¿Cuándo te he hecho daño?

—¿Cómo crees que me sentía cuando me echabas de tu vida, nena? ¿O cada vez que me provocabas para dejarme mal ante tu padre? Que pareciera que no me importaba no significa que fuera así.

—¡A lo mejor si no me hubieras rechazado no te hubiera tratado así!

Kevin gruñó. —Mejor cenemos que ya te debo puntos.

Malcom sonrió encantado. —¿Y cuántos tengo yo?

—Once, cielo.

—¿Si llego a cien te casarás conmigo?

—¿Cómo?

Fue en ese momento cuando supo que por mucho cariño que le tuviera nunca se casaría con él, pero Kevin apostilló —Sí, nena. Esto del tanteo es muy buena idea —dijo aunque iba perdiendo—. Te casas con él que llegue a cien.

—¿Ah, sí?

—En algún momento esto tiene que acabar. Cien me parece bien.

Malcom alargó la mano. —Hecho.

Como en una neblina vio que se daban la mano cerrando el trato. Le entró el pánico de repente y empezó a sudar. Kevin la miró divertido. —Nena, ¿estás bien?

—¿Bien? Sí, claro. Perfecta.

—Come. Estás algo flaca.

Le fulminó con la mirada. —¿No tengo dónde agarrar?

—Oye, que lo has dicho tú.

—¡Punto menos!

Kevin hizo una mueca. —¿Si llego a menos cien qué gano?

—¡Una patada en el culo!

Malcom se echó a reír a carcajadas. —Cielo, cada día me gustas más.

Forzó una sonrisa y Kevin se acercó para susurrarle al oído —Tranquila, nena. Yo controlo.

Le miró esperanzada. —¿Si?

—Claro que sí. Le voy a ganar por goleada. —Besó su hombro estremeciéndola y Kevin sonrió. —¿Eso merece un punto?

Su mirada prometía mil cosas y se acaloró. —Necesito una libreta. ¿Por dónde iba?

Kevin se echó a reír a carcajadas. —Tengo menos uno, nena.

—Esto va a ser interesante —dijo Malcom dejando que le sirvieran la ensalada.

Ella gruñó mirando el plato y Malcom se volvió hacia el camarero. —¿Puede traerle otra cosa? Odia la escarola.

—Sí, por supuesto. ¿Un volcán de ensalada? Lleva patata cocida.

—Gracias. —Malcom levantó una ceja. —Está bien. Punto positivo.

Kevin gruñó tras ella. —Nena, no se los regales por no hacer nada.

—Sí que ha hecho algo. Me cuida.

—Es una pena que lo de los coyotes no haya sido ahora porque esto ya estaba ganado —dijo Malcom para sí asombrándola. Él carraspeó—. Cielo, te salvé la vida. Eso son mil puntos por lo menos.

—Estás disfrutando de esto, ¿verdad?

—No tiene ni idea de cómo tratarte. Esto está ganado.

Miró a Kevin exigiendo que dijera algo, pero tenía la boca llena de ensalada. Tragó a toda prisa. —Nena, no he comido nada desde el desayuno. He tenido mil cosas que hacer. —Malcom bebió divertido y ella puso los ojos en blanco. —Por cierto, ¿has hablado con el veterinario últimamente? Creo que siempre está borracho.

—¿Tú también te has dado cuenta? Intenta disimularlo, pero el otro día bajó de la camioneta y parecía que hacía eses.

—Es diabético.

Los dos miraron a Malcom que apretó los labios. —Debe tener algún problema con la medicación. Le llamaré. Eso puede ser peligroso.

—¿Piensas meter baza en todas nuestras conversaciones?

—Como tú en las nuestras.

—Nena…

—¿Qué tal si a partir de mañana hacemos turnos?

—Por mí perfecto —respondieron a la vez.

Suspiró del alivio.

—Así puedo besarte a gusto y no con éste mirando —dijo Kevin para fastidiar.

—Kevin…

—Hala, ya la has vuelto a abochornar.

—Este finolis te está ablandando.

Parpadeó asombrada. —¿Tú crees?

—¿Tú eres la que se enfrentó a seis coyotes? Mi chica no le tiene miedo a nada. Ni vergüenza. Eso tampoco sabe lo que es. —Le pusieron delante la ensalada de patata. —Y le hubiera dicho al camarero que se llevara eso que se comen sus vacas.

—No está mal que la cuide —dijo Malcom ofendido.

—Tiene boca. Y de ella salen los mayores improperios que hayas oído a cualquier vaquero, a los que por cierto acojona con solo una mirada —dijo divertido—. Y bien orgulloso que estaba su padre de ella, que puede dominar doscientas cabezas de ganado ella sola. No es una débil florecilla y a mí me gusta así.

Se sonrojó de gusto.

—Cuando tenga hijos deberá bajar el ritmo. Durante el embarazo y después.

—Pues ya puedes espabilarte. ¿Sabes subirte a un caballo? Porque por mucho capataz que haya, siempre hay que estar pendiente en un rancho de su envergadura. ¿Sabes por dónde nacen los terneros?

Malcom le fulminó con la mirada. —Lo sé perfectamente.

Intrigada preguntó —¿Sabes montar a caballo? No me lo has dicho.

Kevin reprimió la risa al ver que se sonrojaba. —Aprenderé.

—Nena, si no tiene ni idea de qué pienso debe comer cada animal.

—Puedo aprender. Estudié medicina y es una carrera muy dura, ¿sabes? Creo que puedo aprender cómo se arrean vacas.

Lo dijo de tal manera que parecía que su trabajo era facilísimo al lado del suyo. —¿Estás menospreciando mi trabajo en el rancho?

Malcom sonrió. —Cielo, tienes que entender que ser médico es mucho más complicado.

—Nena, come que necesitas energías.

Fulminando a Malcom con la mirada pinchó el tenedor en el volcán destrozándolo. —Mañana es domingo y no trabajas, ¿verdad? Te quiero en el rancho a las cinco de la mañana. A ver si das la talla —dijo con mala leche.

—¿A las cinco?

Kevin reprimió la risa. —Te va a comer vivo. Esto no me lo pierdo.

—¡Íbamos a hacer turnos!

—Ya, pero el domingo queda libre. La semana es impar. Así que mañana allí estoy.

—¿No tienes trabajo en tu rancho? —preguntó ella sorprendida.

—Esto es más importante.

Algo en su interior se calentó, pero replicó —Mejor quédate en tu rancho que bastante tienes que hacer. Hala, ahora a cenar. Y a ver si puedo hacerlo tranquila.

Ambos se callaron y sonrieron al verla comer con apetito. Para su sorpresa ellos se pusieron a hablar de manera civilizada sobre las obras que el ayuntamiento iba a hacer próximamente. Al ver el

segundo plato sonrió porque era cordero que estaba bueno, no tanto como el de Laura, pero se podía comer. Kevin sonrió al ver que estaba impaciente por el postre. —Nena, ¿tampoco has comido?

—He tenido un problema con Calipso.

—¿Te ha vuelto a tirar? —preguntó mosqueado. Hizo una mueca —. Se acabó. Nunca podrás dominar del todo a ese caballo. Además, después de que le hirieran estará más arisco.

—¿Qué quieres decir con ese se acabó?

—¡Nena, un día te va a hacer daño de veras!

—De momento me ha salvado la vida.

—Si hubieras hecho la batida conmigo…—dijo por lo bajo—. Tu capataz es un inútil.

—Es que el que tenía decidió independizarse.

—¿Quieres que vuelva? Solo tienes que pedir por esa boquita. Puedo encargarme de todo.

—No, no puedes.

—Mi capataz es mucho mejor que el tuyo.

—Mi finca es mucho más grande que la tuya. Esas cuatro tierras puede llevarlas cualquiera. ¡Y dónde está el postre!

Kevin reprimió la risa y acarició su espalda. —Lo estás haciendo estupendamente, nena. Aston estaría orgulloso.

Le miró a los ojos. —¿Tú crees?

—Estoy totalmente seguro.

Sonrió emocionada. —Vale, te has ganado un punto.

Kevin sonrió al escuchar como Malcom gruñía. —Estoy a cero. — La cogió de la mano levantándose. —A ver si bailando me gano otro.

—Si no hay música.

En ese momento empezó a sonar una música suave por el altavoz. —¿Cómo lo sabías?

—En estos rollos siempre hay música al final. —La cogió por la cintura llevándola a la pista y la acercó a él. Sintiéndose genial a su lado le abrazó por el cuello. —¿Te he dicho ya que estás preciosa? — susurró él estremeciéndola.

—¿Te lo he dicho yo a ti? —Él levantó una ceja y Sondra rió. —Ya me entiendes.

—Es nuevo.

—Pues te queda muy bien. —Acarició su nuca.

—Joder, nena. Me muero por estar a solas contigo. Ven luego a casa. Estaremos solos.

—No sé…

La pegó a él y la besó en la sien como si la entendiera. Bailaron en silencio simplemente sintiéndose y Sondra disfrutó de cada segundo a su lado y de cada caricia. Cuando acabó la música la cogió de la mano regresando a la mesa. Nunca se sintió más unida a él que en ese momento.

Malcom les observaba pensativo y ella forzó una sonrisa. —Ya está el postre. Uhm, tarta de chocolate.

—Con lo que te gusta —dijo él incómodo.

Por su cara perdió el apetito totalmente, pero se forzó a comer la tarta diciendo que era deliciosa. Kevin ni lo probó mirando de reojo a su rival que hacía lo mismo. Cuando terminó Malcom se levantó de inmediato. —¿Bailamos?

—Sí, por supuesto. —Cogió su mano levantándose mientras Kevin se tensaba. Intentó acercarla como él, pero algo en su interior se lo impedía y mirándole a los ojos Malcom lo entendió. —Lo siento.

—¿Estoy haciendo el idiota?

—No pienses así —le rogó.

—Te he visto bailar con él. Te has entregado de nuevo y volverá a hacerte sufrir. —Agachó la mirada sin poder evitarlo porque puede que tuviera razón. —Te quiero, Sondra. Me enamoré de tu sonrisa en cuanto te vi. —Sonrió con tristeza. —Pero esto tiene que ser algo de dos y me acabo de dar cuenta de que por mucho que luche por ti ya le has entregado tu corazón de por vida. Estaba dispuesto a todo, ¿sabes? —Rió por lo bajo. —Incluso a montar a caballo y odio esos bichos.

Sus preciosos ojos azules se llenaron de lágrimas. —Lo siento.

—Yo no lo siento. Prefiero que haya sido ahora a dentro de dos años cuando hubiéramos cometido un error reparable pero mucho más doloroso.

—Te mereces la mejor mujer del mundo y esa no soy yo.

—Sí que lo eres para mí. —Sonrió con tristeza. —Y deberías serlo para él. Deseo de todo corazón que no te falle de nuevo. Yo jamás

podría hacerte daño y sé que estás incómoda, así que la competición se ha acabado casi antes de empezar. Me retiro para que te centres en él. Sé que no tardarás en darte cuenta de que tengo razón. —Besó su mejilla antes de volverse alejándose de la pista.

Sondra se apretó las manos viéndole partir y se sobresaltó cuando sintió una mano en su espalda. —¿Nena?

—Abandona.

—Es lo mejor que puede hacer. Al menos tiene orgullo.

—Pues afortunadamente yo no debo tener demasiado porque estás aquí.

Kevin se tensó. —¿Estás disgustada porque se ha ido o por qué no ha luchado por ti inflando tu ego?

Palideció por sus palabras. —Estoy disgustada porque es un buen hombre al que le he hecho daño con mi rechazo y si no puedes entenderme es que no me conoces en absoluto. Buenas noches. —Salió dejándole con la palabra en la boca y él juró por lo bajo.

Salió del ayuntamiento limpiándose las lágrimas y miró a su alrededor. Vio que Malcom se subía a su coche y bajó los escalones corriendo. —¡Malcom!

La miró sorprendido y ella se sonrojó. —¿Me llevas a casa? Sé que es mucho pedir, pero…

Miró tras ella tensándose y dijo —Sube.

Corrió hacia el coche y abrió la puerta del pasajero subiéndose a toda prisa. Vio a Kevin en las escaleras. Estaba furioso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó saliendo del aparcamiento.

—Nada. —Miró las calles del pueblo que estaban vacías. —Nunca nos entenderemos, eso es todo.

—Sondra…

—Tenías razón, ¿sabes? Le he entregado mi corazón y tengo la sensación de que no lo recuperaré nunca. Sigue con tu vida Malcom, porque nunca podré darte lo que quieres y te lo mereces todo.

—¿Y tú qué vas a hacer?

Negó con la cabeza. —Esto se repetirá continuamente, lo sé. Será una constante en mi vida hasta que él se canse o yo no pueda más. Pasarán unos días, lo olvidaré y desearé estar con él de nuevo hasta que diga o haga algo que nos separe otra vez. Un círculo vicioso del

que tengo la sensación de que no saldré jamás porque siempre estará presente en mi vida.

Él apretó el volante frustrado. —Tú también mereces ser feliz.

Giró la cabeza hacia él y sonrió con tristeza. —Y voy a intentar serlo. Te lo aseguro.

# Capítulo 8

Se despidió de Malcom y subió lentamente los escalones del porche. La mosquitera se abrió sorprendiéndola. —¿Qué haces levantada?

—No podía dormir. Había bajado a tomar un vaso de leche. —Se acercó a ella preocupada. —¿Estás bien?

—Malcom ha abandonado y me he cabreado con Kevin.

Laura apretó los labios. —Así que volvemos al principio.

Escucharon el motor de un coche y se volvieron para ver que la camioneta de Kevin llegaba por el camino a toda velocidad. —Uy, que no se ha acabado por hoy —dijo Laura antes de entrar en la casa a toda prisa.

—¿Para qué entras si vas a poner la oreja?

—¡Pero él no lo sabe!

La camioneta frenó en seco. Kevin salió del vehículo dando un portazo y la miró furioso. —¿Estás cabreada con lo que ha pasado y lo pagas conmigo cuando lo has provocado tú?

—¡Me ha cabreado ese comentario tan sensible por tu parte! ¡Esto para mí no es fácil!

—Hubiera sido muy fácil si no te hubieras empeñado en complicar las cosas. ¡Si le hubieras dejado discretamente, ahora no murmuraría todo el pueblo!

Se sonrojó con fuerza. —¡Vuelvo a decir que eres muy sensible!

—Es que yo no soy sensible, nena. ¡Yo soy así y me conociste así! ¡Te enamoraste de mí así y nunca he sido un médico finolis que te mete la silla! ¡Soy un expresidiario que se quedó huérfano con doce años y ha sido vaquero desde los dieciséis! ¡Me he criado entre hombres y muchos no sabían ni leer o hablar inglés! ¡Me fui al ejército y lo soporté lo justo porque no aguantaba el abuso de autoridad! ¡Aquí soy libre! ¡Y puede que sea un bruto y un

insensible, pero cuando te digo algo nunca pienso en que esas palabras te van a hacer daño!

—¡Pues deberías pensarlo! —gritó ella furiosa.

Kevin se tensó. —¿Acaso debo callarme lo que pienso? ¡Querías tenernos como perritos falderos dándonos puntos como si fuéramos tus mascotas! ¡Si no te ha salido como esperabas no es problema mío! Lo que no sé es porque me he prestado a esto.

Algo en su interior tembló. —¿Me estás diciendo que no te importo?

—¡Te estoy diciendo que me importas lo suficiente como para hacer el ridículo en esa maldita cena! Pero al parecer el resultado no es lo que esperabas. ¡Aunque también empiezo a pensar que era una excusa perfecta para deshacerte de los dos! —Dio un paso amenazante hacia ella. —Pues ya puedes ponerte como te venga en gana que conmigo no vas a poder. —Subió los escalones y la cogió por los muslos cargándosela al hombro.

Ella chilló de la sorpresa. —¿Qué haces?

—¡Laura me la llevo a casa!

—Vale.

Abrió los ojos como platos porque se había puesto de su parte. —¡Laura!

—Uy, qué sueño. Hasta mañana.

Kevin abrió la puerta del coche y la tiró dentro de mala manera. —¡Serás bruto! —Encogió las piernas de milagro antes de que cerrara la puerta y ella gruñó rabiosa volviéndose y bloqueando las puertas. Él intentó abrir la del conductor y gritó —¡Nena, abre!

—¡Qué te den!

Kevin miró a su alrededor y ella cuando le vio con una piedra en la mano gritó cubriéndose la cabeza con los brazos. Los apartó cuando se sentó a su lado. —Listo.

—¡Estás loco!

—¡Tenía que haberlo hecho desde el principio! ¡Tenía que haber ignorado a tu padre y no haber rechazado lo que me ofrecías tan abiertamente! Puede que se hubiera enfadado, pero qué más da, ¿verdad?

—¡Sí!

—Joder, nena... Aston fue la única persona que me echó una mano cuando más la necesitaba —siseó furioso—. ¡No digas tonterías!

Se cruzó de brazos. —Cinco años. ¿Y si no hubiera muerto?

—¡Pensaba hablar con él cuando regresaras de la Universidad!

—Te precipitaste al dejar a Sofia —dijo con burla.

La miró de reojo. —Puede que no lo entiendas, pero yo también necesito compañía de vez en cuando.

—¡Compañía femenina! ¿Y mientras tanto yo qué? —Furiosa le golpeó en el hombro. —¡Maldito egoísta!

Kevin frenó en seco y ella se golpeó con la cabeza en el parabrisas. —¡Nena! —La cogió por el cuello con cuidado y juró por lo bajo al ver lágrimas en sus ojos. —¿Estás bien? —Con la otra mano acarició su cabeza preocupado. —Joder, dime que estás bien.

—Te odio.

—No mientas. Me quieres y no dejarás de quererme por mucho que la fastidie, así que ya no voy a controlarme.

—Ah, que antes te controlabas.

Kevin sonrió robándole el aliento. —Ambos tenemos caracteres muy fuertes, preciosa. Van a saltar fuegos artificiales pero las reconciliaciones van a ser la hostia. Y si te dije lo del ego fue porque me jodió ver que te disgustabas porque el blando abandonaba.

—No es blando, es…

Él atrapó su boca besándola con ansias y gimió rodeándole el cuello con sus brazos. Desesperada por sentirle dejó que levantara su largo vestido cogiéndola por el muslo y sentándola sobre él a horcajadas. Cuando la acarició por encima de sus braguitas gimió apartando su boca y él besó su cuello apasionadamente bajando hasta su escote. Con un tirón dejó sus pechos al descubierto y los acarició con pasión antes de meterse un pezón en la boca. Gritó de placer clavando las uñas en sus hombros. —Lo que he echado de menos estas preciosidades —susurró contra su piel—. Dios, nena…

Enterró los dedos en su espeso cabello negro y movió la cadera sin darse cuenta sobre su miembro endurecido, inclinándose hacia atrás para darle mejor acceso. Él amasó sus nalgas y ansioso tiró de sus braguitas rompiéndolas de un solo tirón. Fue tan erótico que

todo su ser tembló y volvió a hacerlo cuando su miembro la acarició íntimamente de arriba abajo. Se aferró a él y mirándose a los ojos entró lentamente en su cuerpo, pero impaciente se dejó caer con fuerza haciéndole cerrar los ojos mientras gritaban de placer.

—Muévete, nena.

Sintiendo como su ser se tensaba se elevó y él guió sus caderas sintiéndole salir de su cuerpo. Temiendo perderle tensó su interior haciéndole gruñir de placer antes de caer sobre él para sentirse completa. No podía haber nada más maravilloso que eso y repitió el movimiento necesitándole. Más rápido, más intenso hasta que todo su ser gritó buscando liberación. Gimió en protesta aferrándose a su cuerpo y mirándola a los ojos levantó las caderas con fuerza haciendo que ambos estallaran de placer. Cayó sobre él sin fuerzas y Kevin la abrazó haciendo que se sintieran uno. Sus respiraciones se normalizaron y la besó en el cuello mientras no dejaba de acariciarla como si fuera lo más preciado para él. —Cásate conmigo, preciosa.

Se apartó para mirarle sorprendida. —¿Ya?

Él sonrió. —Así cuando te enfades conmigo podrás gritarme a gusto. —Acarició su trasero. —Eres mi mujer. Quiero vivir contigo y dormir a tu lado cada noche. Quiero familia y desde hace años solo pienso en ti para tenerla, preciosa. Con nadie más.

Sonrió sin poder evitarlo y le abrazó. —Sí. ¡Sí!

Sintió como crecía en su interior de nuevo y se apartó para mirarle sorprendida. —Nena, ha pasado mucho tiempo —dijo con voz ronca antes de atrapar su boca.

Sondra entró en casa dando un portazo y uno de los cuadros nuevos cayó al suelo, pero ella lo ignoró mientras Laura salía de la cocina nueva de la casa de la abuela con los ojos como platos seguida de la señora Wilkings. La viuda de cuarenta años chasqueó la lengua al ver su cara de mala leche y se pasó un mechón castaño tras la oreja como diciendo ya estamos otra vez.

—¿Está en casa?

—Cariño, ¿hablas de tu marido?

—Sí, Laura. Habla de él, eso está claro. No ha llegado todavía. —Sondra gruñó yendo hacia la escalera. —¿Qué ha hecho ahora?

—Muy graciosa, Denise. ¡Me ha desautorizado ante los hombres! ¡Yo he dado una orden y él ha dado otra! ¿Cómo se atreve?

—Ya empezamos —dijo por lo bajo provocando que Laura le diera un codazo.

—Niña, será porque creía que tú no habías dicho nada.

Se detuvo antes de entrar en la habitación. —Oh, sí —dijo hirviendo de furia—. Lo sabía. ¡Salvador se lo advirtió!

—Mierda —dijo Laura por lo bajo antes de sonreír y decir en voz alta para que la oyera—. Seguro que creyó que era lo mejor.

—¡Yo soy la dueña del rancho Anderson! ¡Él que se encargue de los chinos! —Se acarició su enorme vientre. —Mierda, tengo hambre.

Ambas sonrieron de oreja a oreja. —¿Qué tal si te duchas y bajas a…?

La puerta se abrió y su marido con cara de estar agotado se quitó el sombrero sonriendo al verla. —Hola, preciosa.

—¿Preciosa?

—Ah, que estamos de mal humor. Deja que me tome una cerveza antes de echarme la bronca —dijo como si nada.

Las mujeres sonrieron, pero Sondra no lo iba a dejar pasar. —¿Has ordenado que llevaran la manada al norte?

—Oh. —Frunció el ceño. —¡Nena, Malcom te ha dicho que nada de montar a caballo!

—No me he subido al caballo. ¡He ido en coche! ¡Y no desvíes el tema! ¡Puede que esté embarazada, pero no soy tonta!

Él miró a las mujeres. —¿Por qué la habéis dejado salir de casa?

—¿Tú crees que podemos retenerla? —preguntó Denise exasperada entrecerrando sus ojos azules.

Sondra bajó los escalones andando como un pato. —¡No puedes contradecir mis órdenes!

—Si son equivocadas lo haré cuando crea conveniente.

—¡Equivocadas para ti!

—Exacto. Mientras estés en estado, tomaré las decisiones que considere oportunas por el bien de todos. —Se acercó a ella y le acarició el vientre. —¿Cómo está nuestra niña?

—¡Cabreada como su madre! —Se alejó sujetándose el vientre. —¡La cena!

—Madre mía, tiene las hormonas disparadas y todavía queda un mes —dijo Denise por lo bajo.

Kevin sonrió. —Ladra, pero no muerde.

—Todavía no ha acabado contigo —dijo Laura por lo bajo.

—¡Kevin! Ven, que tenemos que hablar.

Suspiró entrando en la cocina y la vio con un pedazo de tarta en la mano comiendo a dos carrillos. —Nena, ¿cuándo saliste de casa?

Abrió los ojos como platos con la boca llena. —¿Qué?

—¿A qué hora saliste de casa? ¿Has comido? —Se volvió hacia las mujeres que se hicieron las locas. —¿Ha comido en casa?

—Cariño…

—¡Nada de cariño! —La señaló con el dedo. —¡Te juro que como vuelvas a hacerlo te ato a la cama! —Se metió todo el pedazo de tarta en la boca. —Nena, la niña tiene que alimentarse.

—¡Si es más grande que yo! —protestó con la boca llena—. ¡Ya verás para sacar a ésta!

—¡No cambies de tema! ¡Cómo vuelvas a saltarte una comida te encierro! ¡Vaya si te encierro!

De repente sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Deja de mandar! —Sujetándose el vientre salió de la cocina a toda prisa mientras los tres se quedaban con la boca abierta.

—Las hormonas, lo que yo decía.

Kevin juró por lo bajo saliendo de la cocina y subió los escalones de dos en dos. Su mujer estaba tumbada de costado en la cama abrazando la almohada mientras lloraba. Se acercó y se tumbó tras ella abrazándola. —Nena, si envié la manada al norte fue porque han avisado de una tormenta y quería que estuvieran resguardadas de posibles inundaciones.

Sondra sorbió por la nariz y le miró sobre su hombro. —¿Va a llover?

—Sí, nena. ¿Has dejado de mirar los partes meteorológicos? —preguntó divertido.

Se echó a llorar de nuevo. —Soy una ranchera horrible.

—Esto pasará en un mes y todo volverá a la normalidad, ya verás.

—No, porque estará la niña.

—Y será mil veces mejor.

—¿Tú crees? ¿Seremos buenos padres?

—Seremos los mejores porque la querremos con locura.

—¿Y si soy como mi madre?

Él acarició su mejilla borrando sus lágrimas. —¿Temes no quererla con el corazón enorme que tienes?

—No lo sé. Me estoy volviendo loca.

—Seguro que tu madre te dejó fue porque no tenía más remedio. Te entregó a una familia que te quiso con locura e hizo lo correcto. Tú harías lo mismo si fuera necesario.

Se miraron en silencio y Sondra sonrió. —¿Cómo me soportas?

—¿Será porque eres preciosa?

—No, no es por eso.

—¿Será porque te necesito?

—Sí, eso puede ser.

Kevin rió antes de besarla. —Ahora vamos a cenar que esa niña tiene que crecer.

—¿Más? —preguntó con los ojos como platos.

—Ya queda menos.

La cogió en brazos haciéndola reír y Sondra le miró a los ojos. —Te quiero.

—Como debe ser, señora Carmichael.

—Anderson Carmichael.

Gruñó saliendo de la habitación cuando escucharon un trueno. Ambos miraron hacia arriba y Kevin frunció el ceño. —Va a ser fuerte.

—Bah, seguro que lo has preparado todo. Vamos, que hay lasaña.

# Capítulo 9

Sondra tumbada en la cama al lado de su marido, pensó que no tenía que haberse comido el segundo pedazo de lasaña. Se acarició el vientre incómoda y decidió levantarse a por algo de agua. Escuchando el fuerte sonido de la lluvia salió descalza de la habitación y al llegar al hall escuchó el rugido. Frunció el ceño abriendo la puerta principal y sacó la cabeza abriendo los ojos como platos al ver la cortina de lluvia que apenas dejaba ver lo que tenía a diez metros. Cerró la puerta de inmediato y se enderezó acariciándose el vientre. Miró hacia arriba. ¿Debía avisarle? Bah, de todas maneras ni podría salir de casa y además estaba agotado.

Fue hasta la cocina y sacó agua de la nevera. Entonces escuchó el rugido de nuevo. Se acercó a la ventana y apartó la cortina entrecerrando los ojos al mirar al exterior cuando lo escuchó de nuevo. Entrecerró los ojos mirando la pared. No era en el exterior. Qué raro. Era como si el aire pasara con fuerza tras la pared. Se acercó y puso la mano sobre ella sintiendo que temblaba. Esa parte de la casa había sido anexa en la reforma para que la cocina fuera más grande y hacer otra habitación encima, pero algo debían haber hecho mal. Parecía que se filtraba el agua por alguna rendija, pero no llegaba a traspasar la pared. De repente un trozo de yeso cayó y la pared tembló con fuerza. Dio un paso hacia atrás asustada sujetándose el vientre. —¡Kevin! —El suelo empezó a temblar y chilló sujetándose a la encimera de la cocina. —¡Kevin! —Miró hacia la puerta y quiso correr hacia allí, pero una de las sillas se desplazó haciéndola tropezar y caer al suelo de rodillas. Intentando levantarse vio como la estructura se desplazaba de la original y gritó horrorizada viendo como el agua separaba las dos partes de la casa. Su marido apareció donde estaba la puerta vestido únicamente con los vaqueros y descalzo saltó al barro gritando su nombre. Ella

alargó la mano, pero se tuvo que agarrar para no caer de costado. —¡Kevin!

—¡Espera, nena! —Se subió al suelo de la cocina y horrorizada vio que la mitad de su cuerpo estaba lleno de barro, pero al intentar acercarse resbaló sobre el suelo de mármol cayendo de nuevo fuera de la cocina. Gritó de miedo porque no sabía si estaba bien cuando la cocina empezó a inclinarse peligrosamente, lo que indicaba que iba a descender la colina. Dios, iba a morir. Gritó del horror cuando los armarios se abrieron tirando su contenido al suelo y sin saber cómo consiguió levantarse sujetándose a la encimera. Cuando la casa se inclinó del todo empezando a coger velocidad, miró a su alrededor buscando en qué aferrarse hasta que la estructura debió chocar con algo haciendo que todo volcara. El impacto fue tremendo y en cuanto cayó contra el fregadero perdió el sentido.

Desesperado Kevin vio como parte de la casa descendía la colina antes de deshacerse como si estuviera hecha de palillos. Corrió lo que pudo y gritó a través de la lluvia. —¡Nena, dime algo!

Se llevó las manos a la cabeza al ver que parte del piso superior había caído sobre la cocina. —¡Sondra!

Laura con el camisón empapado se puso a su lado y gritó —¡Las líneas están cortadas y los móviles no funcionan!

Fuera de sí se subió a unos tablones para acercarse lo que podía a la cocina y Laura se echó a llorar dejándose caer de rodillas. —¡Ayúdame! —gritó él.

—Está muerta. Mi niña está muerta.

La miró furioso tirando un tablón a un lado. —¡No lo está! ¡Si fuera así yo lo sabría! ¡Ayúdame!

Como loco e ignorando las heridas en las manos apartó un tablón para ver la encimera de la cocina. —¡Sondra! ¡Contéstame! —La lluvia caía con tal fuerza que ni se veía y rezó por encontrarla. —Vamos nena, contéstame —susurró desesperado.

El agua caía por su rostro como un reguero y al entrarle por la nariz se despertó sobresaltada al ahogarse. Tosió intentando saber dónde estaba cuando escuchó el grito de Kevin. Confundida porque

la llamaba intentó levantarse, pero estaba tumbada de costado y algo se lo impedía. —Kevin —susurró muy dolorida. Cuando el agua cubrió su frente de nuevo se dio cuenta de que estaba inclinada hacia abajo e intentó levantar la cabeza para chocar con algo. Se asustó y al mover el brazo su mano golpeó con lo que parecía algo plano. Levantó la cabeza lo que pudo y llegó a reconocer el papel pintado que había elegido para la habitación de invitados. Entonces lo recordó todo y muerta de miedo llevó la mano a su vientre. No sentía a la niña. Asustada gritó de miedo y Kevin empapado se detuvo en seco mirando más abajo. —¡Sondra!

Denise corrió rodeando la casa mientras él saltaba cayendo al barro y Laura gritaba —¡Está viva!

—¡Corre!

Fueron hasta el final de los escombros y Kevin gritó —¿Nena? ¿Estás aquí?

Sondra levantó la vista. —¿Kevin? ¡Kevin, no siento a la niña! —Se echó a llorar. —¡Mi amor, no la siento!

—¡Coge por ahí! —gritó Denise sujetando un tablón por un extremo.

Entre los tres empezaron a quitar tablones. Sondra miró hacia arriba asustada e intentó moverse cuando un dolor fuertísimo le traspasó la espalda. Gritó de dolor retorciéndose y Kevin palideció. —Ya está, nena. Ya casi está. —Empujó el pedazo de pared que tenía en las manos con fuerza hacia el otro lado y vio sus piernas. —Ya estoy aquí, preciosa. —Se agachó, pero al apoyarse sobre un tablón ella gritó de dolor. Impotente vio su perfil.

—¡Kevin llama a Malcom!

—¡Las líneas no funcionan! —Mirando donde pisaba metió el pie dentro del fregadero para empujar un tablón al otro lado.

Denise intentaba despejar donde estaba su cabeza y Laura ayudándola gritó —Estamos aquí, cielo. ¡Estamos aquí!

Se echó a llorar al escuchar su voz. —¿Laura? ¿Estáis bien?

—Sí. —Sollozó porque se preocupara por ellos en un momento así. —Enseguida te sacamos.

—La niña…

—Estará bien. Es tan fuerte como su madre.

—Coge por ahí —dijo Denise sujetando un pedazo de pared mientras su marido apartaba otro tablón con cuidado. Laura lo cogió pero pesaba demasiado para las dos—. ¡Kevin!

Él se acercó con cuidado de no dañarla y entre los tres tiraron la pared a un lado. Al mirar hacia abajo Sondra sonrió aliviada. —Estás aquí.

Kevin se agachó a su lado pasando la mano por su mejilla manchada de sangre. —Sí, preciosa. —Se agachó a besarla como si necesitara sentirla y susurró —Todo va a salir bien.

Otro fuerte dolor la traspasó y gritó sintiendo que se partía en dos. A toda prisa Kevin apartó las tablas que quedaban y se llevó las manos a la cabeza porque no sabía qué hacer. —Nena, si te muevo podría empeorarlo.

—¡Sácame de aquí! —Se sujetó el vientre sintiendo un dolor horrible y las mujeres se miraron.

—Va a parir.

Kevin no lo pensó más y la cogió en brazos rompiéndosele el alma cuando la escuchó gemir de dolor. Laura y Denise le ayudaron a bajar y cuando estuvo en tierra subió lo más aprisa que pudo sintiéndola temblar con fuerza entre sus brazos. Denise dijo —Es del shock.

Intentando no resbalar subió los escalones de la casa y Laura corrió al interior. —¡Voy a por toallas! ¡Hay que secarla!

Denise la cogió del brazo deteniéndola. —Va a parir de un momento a otro. —Laura palideció. —No sabemos las heridas internas que tiene y puede morir, ¿lo entiendes? —Asintió muy asustada. —Tienes que bajar la colina y pedir ayuda. Yo me quedo con ellos.

—¿Yo? —Muerta de miedo por su niña miró sobre su hombro para ver como Kevin la tumbaba en el sofá con cuidado.

—¿Tienes conocimientos de medicina?

—No.

—Yo sí. Soy la más capacitada para quedarme y a Kevin le necesita.

Laura al ver como Sondra se aferraba a la mano de su marido asintió corriendo hasta el aparador para coger las llaves de la

ranchera de Kevin, pero la mujer volvió a detenerla. —No corras. No queremos que tú tengas un accidente y muráis los tres, ¿me has entendido? Sé precavida —dijo fríamente.

—De acuerdo.

Laura salió corriendo lo que podía y Kevin miró a Denise que entró en el salón en ese momento. —Le duele mucho.

—Déjame ver, Kevin. —Se arrodilló a su lado y sonrió acariciando su mejilla. —Vamos a ver qué tenemos por aquí. Ayúdame a quitarle el camisón.

Kevin rasgó el camisón por el escote y apretó los labios al ver lo que parecía un morado en un costado. También tenía rota la pierna herida un año atrás.

De manera profesional palpó su costado y ésta se quejó. —Muy bien. Tienes varias costillas rotas, pero lo que más me preocupa en este momento es la niña. ¿La sientes? —Con los ojos cuajados en lágrimas negó con la cabeza. —No pasa nada. Kevin, necesito que subas a mi habitación y cojas un maletín negro que hay en el armario.

Él ni lo pensó. Salió corriendo y Denise sonrió con ternura apartando sus húmedos rizos de su frente. —¿Dónde te duele?

—La espalda, la cabeza, la pierna…

—Vamos, que estás hecha un cromo —dijo palpando su otro costado.

Sonrió sin poder evitarlo. —¿Cómo puedo tener tan mala suerte?

—¿Cómo vas a tener mala suerte después de haberte casado con ese pedazo de hombre?

Sondra sonrió. —Creía que no funcionaría.

—Sois el uno para el otro —dijo sin dejar de auscultarla. Apretó los labios porque sentía que la niña no se movía y Kevin llegó en ese momento arrodillándose al lado de su cabeza—. Enseguida llegará Laura con ayuda.

Sondra cogió su mano y él se la besó desesperado. Algo le llamó la atención y vio como Denise levantaba un frasquito pinchando el tapón con una aguja hipodérmica. Incluso se había puesto unos guantes de látex azules. —¿Eres médico? —preguntó Sondra sorprendida.

—Digamos que tengo conocimientos. —Kevin apartó la mano para que le cogiera el brazo. —Esto es para el dolor.

La inyectó y tiró la jeringuilla a un lado para seguir trabajando. A toda prisa se puso un fonendo y pasó el círculo de acero sobre su barriga entrecerrando los ojos y asintiendo. Se quitó el fonendo colocándoselo a toda prisa alrededor del cuello. —No sé cuánto van a tardar y necesitamos ponernos en marcha. No podemos perder más tiempo. Estás sangrando y debemos sacar a la niña cuanto antes.

Sondra palideció. —¿Sabes hacerlo?

—Sí, eso no es problema. El problema es que no tengo la sedación suficiente para hacerlo, ¿entiendes? Y puede que no sirva de nada y que el feto muera antes de que llegue la ayuda.

—Nena…

—¿Puede que esté viva?

—Sí, de momento está viva, aunque su pulso es débil. Debemos sacarla cuanto antes y rezar para que no tenga nada grave porque no tenemos lo necesario para atenderla. Además, no sé si tienes una hemorragia interna. Los dolores que tienes son de parto, pero no quiero arriesgarme a que pase por el canal y que sufra más.

—¿Si se queda dentro morirá? —preguntó Kevin casi sin voz.

—Si no llegan ya… —Negó con la cabeza.

—Hazlo —dijo Sondra con firmeza.

—Nena…

—No sabemos cuánto tardarán —dijo angustiada porque veía en su rostro que no quería que la sacara—. Si así tiene una oportunidad…

Denise cogió otra aguja y otro frasco y Kevin palideció. —¡No!

—La paciente ha dado su consentimiento. Lo siento amigo, pero ella manda.

Asustado cogió su mano. —Nena…

—No quiero abandonarla. Soy su madre, mi deber es protegerla.

Denise se emocionó. —Claro que sí.

—Más te vale que sepas lo que haces —siseó rabioso.

—Lo sé. —Con cuidado empezó a pinchar su bajo vientre. —Esto es todo lo que tengo, Sondra. Tendrá que valer.

Apretó la mano de su marido muerta de miedo y vio como Denise mostraba un bisturí. —¡Deja que le haga efecto!

—Ya le ha hecho efecto. —De manera profesional sujetó la barriga por debajo y la miró a los ojos. —Procura no moverte.

Kevin cogió su otra mano y la sujetó con sus propios brazos colocándose casi sobre ella. Mirándose a los ojos Kevin sufrió al ver como una lágrima caía por su sien. —Eres la mujer más valiente que conozco, preciosa.

—¿Estás orgulloso de haberte casado conmigo?

—No sabes cuánto.

Se estremeció de dolor y tuvo que cerrar los ojos apretando sus manos con fuerza mientras sentía que algo se movía en su interior. Fue muy consciente de cuando le sacó la niña. Escucharon una palmada y asustada miró a su marido que muy tenso no dejaba de abrazarla.

—Vamos, mi niña —dijo Denise desesperada. Otra palmada les heló la sangre hasta que escucharon un fuerte llanto y Sondra se echó a llorar del alivio—. ¡Kevin, tienes que cogerla!

Su marido se levantó de inmediato y Sondra pudo ver como cogía en brazos a un bultito lleno de sangre. —Tengo que cortar el cordón. Agáchate. —Miró dentro del maletín y sacó unas tijeras. De manera eficiente se lo cortó a toda prisa. —Siento quitarte el momento.

—No te preocupes. Haz lo que debas hacer. —Kevin miró el vientre de su mujer perdiendo todo el color de la cara.

—Joder, ahora no te desmayes. ¡No mires! ¡Piensa en tu hija! —Comprobó que el nudo estuviera bien y que la niña tenía buena respiración. —Lista. Muéstrasela mientras compruebo que todo esté bien. —Se agachó al lado de su paciente y Kevin se acercó a ella mostrándosela a Sondra que sin dejar de llorar vio el rostro de su pequeña por primera vez.

Cogió la manta del sofá y susurró —Cúbrela, que no tenga frío.

Kevin con cuidado la envolvió como podía y Sondra sonrió. —Es tan bonita… —Soltó una risita. —Es morena como tú.

Escucharon a Denise jurar por lo bajo y Kevin iba a volverse, pero Sondra le cogió por el brazo deteniéndole. —Mírame.

—Nena…—dijo muerto de miedo.

—Todo va a salir bien —susurró sintiendo que todo se nublaba.

—Te quiero, preciosa.

Se le cortó el aliento y acarició su mejilla. —Entonces lo conseguí. He conseguido que me entregaras tu corazón —susurró antes de perder el sentido.

—¡Sondra! —gritó Kevin al ver a su esposa desmayada.

Denise le gritó —¡Aparta! —Se acercó a su cuello y le tocó el pulso. Empezó la reanimación cardiaca y Kevin dio un paso atrás impresionado.

—¡Haz algo!

—¡No voy a dejar que muera! —gritó rabiosa—. ¿Crees que dejaría morir a mi hija?

# Capítulo 10

Sondra se despertó sintiéndose en una nube y lo primero que vio fue el rostro de Kevin sobre ella haciéndola sonreír. —Eso es, nena. Quiero ver esos ojos azules que me vuelven loco.

—Estás aquí —dijo sintiéndose sin fuerzas.

—Claro que sí. Y Laura, Denise y Malcom.

Miró a su alrededor sintiéndose mareada y cerró los ojos. —No tengas prisa —dijo Denise con voz suave.

—La niña… —Abrió los ojos de nuevo. —Quiero verla. ¿Está bien?

—Está perfecta. Le han hecho todas las pruebas y está muy bien. Denise se ha encargado de ello.

—¿Denise?

Malcom se puso a su lado. —Suerte has tenido de tener a una cirujana tan reputada en casa.

No comprendió lo que quería decir y al mirar a su derecha vio a Laura al lado de Denise que dijo —No la agobiéis. Todavía está sedada.

—¿Eres cirujana?

—Lo fui. —Sonrió con dulzura. —Y no sabes cómo me alegro de tener los conocimientos que os han salvado la vida.

—Pero eres ama de… —Con la mano libre intentó pasársela por la frente, pero Denise se la cogió con cuidado.

—Tienes la vía en esa mano. Ten cuidado.

—No entiendo.

—Ya tendrás tiempo para entender —dijo Malcom.

Kevin le miró. —Ve a por la niña. Quiere verla.

—¿Por qué no está aquí?

—Está en la incubadora —la informó Denise.

—¿Pero no está bien?

—Claro que sí. Está perfecta pero allí está caliente y mucho más controlada. Enseguida te la trae Malcom. —Le hizo un gesto a su amigo que salió de allí de inmediato.

Sondra no entendía nada. ¿Denise le daba órdenes a Malcom? —Pero solo un ratito que tienes que descansar.

—Nena, han tenido que operarte para retener la hemorragia. Además, estás hecha una pena. Entre la pierna, las costillas y una brecha en la cabeza aparte de la cesárea, tiene que dolerte todo.

—No siento nada —dijo sorprendida haciéndoles reír. Escuchó un sollozo y vio como Laura reía y lloraba a la vez. —Estoy bien.

—Mi niña… —Se acercó y la besó en la frente abrazándola y ella intentó abrazarla, pero apenas podía levantar los brazos.

Kevin apretó los labios mirando a Denise que se quedó allí de pie sin poder tocarla. Era una pena porque en sus ojos azules veía su anhelo. Laura se apartó dándole otro beso en la sien. —Pero te pondrás bien.

Sonrió agotada y miró a Denise. —Gracias a ti.

—No ha sido nada. Te aseguro que ha sido un placer ayudaros. —Emocionada se volvió y Sondra se dio cuenta de que llevaba una bata blanca. —Voy a ver porque Malcom tarda tanto.

Kevin y Laura se miraron y ella negó con la cabeza casi imperceptiblemente, pero Sondra se dio cuenta. —¿Qué pasa? ¿Tengo algo malo?

—No, preciosa. —Con cuidado Kevin se sentó a su lado. —Te estás recuperando muy bien.

Suspiró del alivio. —¿Ha habido muchos destrozos? ¿Cuántas reses he perdido?

—¡No puedo creer que preguntes eso cuando has estado a punto de morir! —exclamó su marido exasperado.

—Estoy viva. Eso ya pasó.

Miró a Laura levantando sus cejas pelirrojas y haciéndola reír. —No te vas a arruinar. Excepto por la casa, claro. Menudo desastre.

—Pienso demandar al constructor —dijo Kevin rabioso.

—Si hubieras contratado a Henry Smith como tenías previsto… —Su marido la miró exasperado. —¿Qué?

—Te recuerdo que querías mudarte después de la boda. ¡Y la ampliación fue cosa tuya! ¡Necesitábamos un equipo más grande para terminar a tiempo!

—Ahora no es momento de lamentaciones —dijo Laura—. Demandaremos al constructor y que Henry nos termine los arreglos. Mientras la arreglan viviremos abajo.

—¿La casa de mis padres está bien?

—Salvador me ha dicho que se ha inundado, pero no hay problema. Cuando os traslademos allí ya estará decente —dijo Kevin.

—Vale. —Se quedo mirando a su marido y parpadeó.

—¿Qué, nena? ¿Necesitas algo?

—Claro, necesito que vayas al rancho a encargarte de todo.

Laura reprimió la risa al ver la cara de sorpresa de su marido. —¡Estás ingresada!

—Me acabas de decir que estoy bien. Y tú me sirves allí. Malcom y Denise aquí. Y Laura me apoya.

—¿Y no necesitas mi apoyo? —preguntó pasmado.

—Claro que sí, cielo. —Cogió su mano. —Ahora dame un besito y a trabajar, que por mucho que me mientas sé que hay mil cosas que hacer.

Kevin entrecerró los ojos. —Me quedo. Quiero ver a la niña.

Sonrió ilusionada. —Seguro que ahora está más bonita.

—Es preciosa, cielo. Tú eras bonita, pero ella va a traeros de cabeza.

En ese momento se abrió la puerta y Malcom entró empujando una incubadora con Denise detrás. Se la pusieron al lado y se emocionó al ver que estaba dormidita. Denise abrió la puerta de la incubadora y la cogió en brazos demostrando que tenía experiencia. —No te la pondré encima por las costillas. Te has roto dos y quiero que te muevas lo menos posible. —Kevin se apartó para hacerle espacio e impaciente alargó los brazos para coger a la niña. Denise se la colocó sobre el brazo izquierdo y emocionada se inclinó para ver mejor su carita. —Nena, no te muevas.

—No la veo bien —dijo frustrada.

Kevin se sentó de nuevo cogiendo a la niña en brazos para que la viera y Sondra sonrió tocando su piececito.  Al ver que el otro tenía

un esparadrapo miró a Malcom. —Fue para hacerle las pruebas.

—Elevarme un poco.

Su marido miró a Denise que negó con la cabeza. —No. Te la dejo unos minutos y después a descansar. Tu cuerpo ha pasado por mucho.

—Nena, Denise tuvo que reanimarte. Casi te mueres. ¿Puedes hacer caso a los médicos, por favor?

Apretó los labios sin dejar de mirar a su hija que movió su boquita como si quisiera mamar. Eso la inquietó. —Tiene hambre.

—Enseguida le darán el biberón.

—¿Biberón? Yo puedo…

Denise tomó aire por la nariz acercándose y poniendo los brazos en jarras. —No, no puedes. A ver si te enteras de que vas a tener que seguir las indicaciones del médico. —Malcom rió por lo bajo y Sondra le fulminó con la mirada, pero Denise no se detuvo ahí. —Puede que en el rancho mandes tú, pero aquí mando yo. Así que sin rechistar vas a hacer todo lo que te diga hasta que vuelvas al rancho y nos vuelvas locos con tus chillidos.

Jadeó con los ojos como platos. —¿Chillidos?

—Menudo embarazo nos has dado, guapa. Hala, dale un beso a la niña que vas a dormir.

—¡No tengo sueño!

Denise sonrió maliciosa. —Tranquila que eso lo arreglo yo. ¿Kevin?

Su marido se levantó para su asombro y le acercó con cuidado a la niña. Acarició su pelito y la besó en la frente. Se metió un puñito en la boca y su corazón se llenó de felicidad. —Mira amor… —dijo fascinada.

Kevin sonrió. —Es perfecta. Como tú.

Se sonrojó de gusto y vio como después de darle un beso en la frente se la entregaba a Denise preguntando —¿Cuándo estará con ella?

—Cuando la madre se encuentre mejor. Conociéndola sería capaz de cargársela encima en cuanto nos descuidemos. —La metió con cuidado en la incubadora y con cariño colocó su piececito. —¿Malcom?

Asombrada vio que iba hacia la incubadora dispuesto a llevársela. —¿Por qué sigues sus órdenes?

Su amigo la miró sorprendido. —Porque en esta profesión también hay rangos y Denise Wilkings es el comandante en jefe de los Estados Unidos. Hasta mi padre se arrodillaría a su paso.

Denise chasqueó la lengua. —Exagera.

Malcom negó con la mirada saliendo de la habitación con su niña y Sondra sin entender nada miró al ama de llaves. —¿Por qué trabajas en el rancho?

Kevin hizo una mueca. —Nena, eso es cosa suya.

—Y nuestra si vive en nuestra casa.

—Tendrá sus motivos.

—Y quiero saberlos.

—¿No te vale con que te haya salvado la vida?

—No —respondió como si fuera obvio.

Denise dio un paso hacia ella. —¿Podéis dejarnos solas, por favor?

—Yo me quedo—dijo Laura rápidamente.

—Y yo. —Kevin se cruzó de brazos como si de allí no le moviera nadie.

La cirujana levantó sus cejas castañas y resignada rodeó la cama para acercarse por el otro lado mientras Laura se ponía a los pies de la cama y Kevin la volvía a coger de la mano.

Asustada miró uno por uno que estaban muy serios. —¿Qué ocurre? Estáis muy serios de repente.

—Sondra… —Denise sonrió con tristeza. —Ese nombre te lo puse yo, ¿sabes? —La miró sin comprender. —Tuve una hermana que se llamaba así. Murió con once años. Era pelirroja como tú. Como mi padre.

Se le cortó el aliento abriendo los ojos como platos y Kevin apretó su mano mientras continuaba —Vivíamos en Nueva York y mi padre fue el responsable de la muerte de mi hermana. Tuvieron un accidente cuando había bebido. Eso provocó muchas cosas, entre otras que le despidieran y que mi madre se divorciara de él. Así que me desmadré un poco en el caos que era mi vida. Me quedé embarazada con quince años. —Denise palideció. —En cuanto se

enteró mi madre vio que toda mi vida se iba al traste y habló conmigo seriamente. El aborto estaba descartado y quedármelo hubiera sido una locura. No teníamos dinero porque el trabajo de mi madre apenas nos daba para vivir, así que imagínate el panorama. —Apretó los labios por su cara de pasmo y suspiró. —En el instituto hablé con una psicóloga y me puso en contacto con una agencia de adopción que tenía muy buena reputación. Me acompañó mi madre y juntas escuchamos lo que tenían que decirnos. No me presionaron en ningún momento y tuve tiempo para pensarlo. Mucho tiempo. Yo misma elegí a tus padres y no me arrepiento. Quería que te criaras al aire puro y con dos personas que te habían deseado demasiados años.

—Les conocías —dijo impresionada.

—Por supuesto. Eran muy agradables y esa entrevista me convenció aún más de que era lo correcto. El momento del parto fue duro, realmente duro, pero hice lo que tenía que hacer. Ese momento me cambió y me convirtió en lo que soy hoy y a ti te dio una vida muy distinta a la que hubieras tenido a mi lado.

Aún en shock se la quedó mirando fijamente. Denise preocupada dio un paso hacia ella. —Tu madre me llamó antes de morir. —Separó los labios sin salir de su asombro. —Me dijo que ella se iba y que ahora me tocaba a mí, pero no me creía con derecho ni a acercarme a ti. Así que en cuanto llegué al pueblo, busqué trabajo y el único que encontré fue el de ama de llaves. No me quejo porque tuve suerte. Conocí a Kevin y me enteré de muchas cosas de tu vida. Veía la casa desde la colina. Te veía salir y entrar. Pero nunca me atreví a acercarme a ti más allá de un saludo a la puerta de la iglesia. Así que cuando Kevin me comunicó que os casabais fue una auténtica sorpresa y una alegría porque al fin iba a poder tener un acercamiento a ti. —Rió por lo bajo. —Y debo decir que me sorprendiste muchísimo. Tienes un carácter... En eso te pareces a mí. Mandas como nadie y no te gusta nada que te lleven la contraria.

Se sonrojó mientras Laura reía por lo bajo. Denise dio un paso hacia ella. —¿Me perdonas?

—¿Por qué? —preguntó asombrada.

—Por dejarte.

—Me diste una vida maravillosa y no tengo nada que reprocharte. Ahora que se tus razones lo entiendo.

Denise sonrió. —Perfecto.

—¿Te vas a ir? —preguntó insegura.

—¿Irme? ¿Ahora que te he conocido y que tengo una nieta? Ni hablar. Me perdí tu infancia y adolescencia, no pienso perderme la suya. Aunque os quedáis sin ama de llaves, claro.

—Oye que aún quedo yo.

Denise la miró como si ella lo hiciera mejor y Laura jadeó indignada. —He hablado con Malcom y me quedo en la clínica. Ya he comprado una casa en el pueblo.

—Pero tu carrera…

—He dedicado muchos años a mi carrera. Ahora es el momento de cambiar, aunque seguiré ejerciendo claro, pero de otra manera. Aunque de vez en cuando me iré a dar algún curso o para alguna operación que me apetezca.

—Debes ser una eminencia en lo tuyo.

Levantó la barbilla. —Lo soy.

Sonrió divertida. —Ya decía yo que no tenías pinta de ama de llaves. ¿Eres viuda?

—Qué va. Con todo lo que he estudiado y trabajado, he dejado mi vida en segundo plano. Denise Wilkings no se ha casado nunca.

Miró a su marido. —Es mi madre —dijo como si no lo hubiera oído todo.

Kevin sonrió. —Sí, cielo… y ha estado a tu lado cuando más la necesitabas.

Emocionada asintió. —Es cierto. Y si no me hubiera dado en adopción no hubiera estudiado medicina. Todo tiene un por qué.

Denise chasqueó la lengua. —Vale, hora de un sedante que empieza a desvariar.

Jadeó haciendo reír a todos y Kevin se acercó para besarla en los labios. —Que descanses, preciosa. Te veo por la noche.

—¿Cómo vas a venir continuamente? Son más de cuatro horas al día en la carretera si vienes dos veces…

—Tranquila.

—Kevin, ella tiene razón. Haré que te pongan una cama a su lado y puedes venir por la noche e irte por la mañana. Laura puede quedarse a pasar la noche en el hotel conmigo.

Guiñó un ojo a su marido. —Vamos a dormir juntos.

Él rió acercándose y le dio un suave beso en los labios. —Te veo esta noche, preciosa. Si estás despierta, claro.

—Te estaré esperando.

Vio cómo iba hacia la puerta a regañadientes. —Mantenerme informado.

—Tranquilo —dijo Laura sonriendo—. Te lo contaré todo.

# Capítulo 11

Una semana después inquieta en la cama esperaba la llegada de su marido. Se había perdido ver a la niña y eso la preocupaba muchísimo porque nunca se la perdía. Media hora después estaba a punto de llamarle cuando la puerta se abrió y vio lo agotado que estaba. Sonrió acercándose. —Hola, nena. —La besó en los labios y suspirando se sentó en la cama. —¿Cómo te encuentras hoy?

—Cielo, no puedes seguir así.

Kevin apretó los labios. —Estoy bien.

—Estás agotado. Vas a terminar durmiéndote en la carretera.

Él suspiró quitándose las botas y se tumbó en su cama. —Solo necesito dormir una noche. Ha sido una semana muy intensa.

—Aquí no duermes casi siempre pendiente de mí y tienes un trabajo agotador todo el día. —Le miró arrepentida. —Cielo, estoy bien. La niña está bien. No quiero que tú te pongas enfermo.

—¿Porque te quedarás sin un capataz competente?

Se quedó de piedra por el reproche. —Kevin…

—Mira, déjame dormir. A ver si mañana puedo ver a la niña antes de irme.

Ni supo qué decir y cuando él apagó la luz se quedó allí sentada a oscuras. Preocupada le miró porque siempre hablaban antes de dormir. Ella le preguntaba por el rancho y hablaban un par de horas de lo que había ocurrido en el día. Pero estaba agotado, era lógico que quisiera dormir. No debía preocuparse. Seguro que había tenido un mal día.

Pero su humor no mejoró. Todo lo contrario. Afortunadamente una semana después les dieron el alta y salió del hospital con Denise empujando la silla de ruedas hasta la camioneta de Kevin que estaba metiendo a la niña en la sillita de bebé. Se apretó las manos al ver

como cerraba los cierres de seguridad con cuidado y sonreía a su hija que le miraba con sus risueños ojitos azules. Kevin rió saliendo del coche y perdió la sonrisa poco a poco acercándose. —¿Puedes subir sola?

—Sí, claro. —Se levantó con cuidado sujetándose en la pierna sana y apoyándose en él caminó cojeando hasta la camioneta, pero estaba demasiado alta.

Exasperado la cogió en brazos y ella reprimió un gemido de dolor porque aún tenía las costillas resentidas. —¿Te he hecho daño?

Forzó una sonrisa. —No, claro que no.

Tenso la sentó en el asiento al lado de la niña y Laura lo hizo al otro lado mientras Denise se sentaba en el asiento del copiloto. Se mantuvo en silencio todo el camino mientras los demás hablaban. Simplemente miraba su perfil que en ese momento parecía relajado. No sabía qué pensar. Después de que se comportara de esa manera aquella noche una semana antes, se despertó como si nada. Pero en cuanto llegó la noche y le preguntó por el rancho su humor volvió a cambiar. Pensó en si preguntarle de nuevo, pero era superior a sus fuerzas. Era el legado de su padre y necesitaba saber que todo iba bien. La noche anterior le había preguntado y le había espetado de mala manera que al día siguiente se enteraría de todo. Le daba la sensación de que había pasado algo gordo y que no quería contárselo.

Sumida en sus pensamientos ni se dio cuenta de que habían llegado a casa y que abrían su puerta. Sobresaltada vio a Marion y a Malcom que les esperaban con un cartel de bienvenida. Malcom la ayudó a bajar del coche y la cogió en brazos llevándola hasta el porche. —¿Cómo te encuentras?

—Muy bien.

Su amigo perdió parte de la sonrisa. —¿Seguro?

—Sí, en dos semanas me quitan la escayola, ya lo sabes. Y lo demás poco a poco.

Malcom asintió llevándola hasta el salón y sentándola en el sofá. Escucharon entrar a todos que estaban encantados con la niña. Marion entró en el salón con ella en brazos. —Es preciosa. Mucho más que hace una semana cuando la vi por última vez.

—Sí, está preciosa. —Ansiosa miró tras ella. —¿Dónde está Kevin?

—Ha ido a llevar el coche al garaje —respondió Laura que entraba en ese momento.

Miró hacia atrás y apartó la cortina. Sin darse cuenta sus ojos fueron a parar a la colina y se le cortó el aliento. —¿Y la casa? —Denise y Laura se miraron preocupadas —¿Dónde está la casa de mi abuela?

—Cielo, al parecer tuvieron que derruirla. No era segura. Eso dijo el arquitecto.

—¡Esa casa estuvo allí más de cien años! ¿Cómo no iba a ser segura? —preguntó alterada.

—Sondra no te pongas histérica que empiezas a hacer gestos y va a ser peor —dijo Denise con firmeza—. Lo hablarás con tu marido en cuanto llegue.

Gruñó mirando por la ventana de nuevo. Le dio una pena horrible. Había hecho allí su hogar. Era donde había pasado el principio de su matrimonio y había sido muy feliz. Soltó la cortina y se volvió apretando los labios mientras miraba al vacío y Laura se acercó sentándose a su lado. —Cielo, esta también es tu casa.

—Aquí murieron mis padres. Cada vez que entro le veo ahí… —Sus ojos se llenaron de lágrimas y se los tapó con las manos. —Lo siento. Pero no esperaba tener que volver.

—Lo entendemos —dijo Marion dando un paso hacia ella—. Pero ahora tenéis a Jane. Esta cosita hará que te olvides de todo.

A saber todo lo que le había ocultado su marido. Preocupada se pasó las manos por las mejillas. —Sí, tenéis razón. Voy a acostarme un rato. Es que estoy cansada, eso es todo.

Denise asintió. —Malcom, ¿puedes ayudarla?

—Por supuesto. —Se acercó para cogerla con cuidado y la sacó del salón. Subió los escalones lentamente y susurró —¿Estás bien?

Forzó una sonrisa. —Claro que sí. Estoy viva y tengo una niña preciosa.

Kevin que les observó subir desde la puerta de la casa, se tensó al escucharla.

—¿Entonces eres feliz?

—Pregúntamelo en otro momento.

Laura vio como Kevin salía de la casa furioso y mordió su labio inferior antes de girarse hacia Denise que había visto lo mismo que ella. —Vamos a tener problemas —dijo la madre de Sondra.

—Sí. Y problemas serios.

Escuchó el llanto de su niña y se giró para ver a Kevin tumbado a su lado mirando el techo. Todavía no había amanecido. Él suspiró apartando las sábanas. —Ya voy yo.

—Será que tiene hambre.

La fulminó con la mirada subiéndose los pantalones. —¿Crees que no lo sé?

Separó los labios de la impresión porque era evidente que estaba muy enfadado con ella. —Cielo, ¿qué ocurre?

—¡Nada! —Salió de la habitación dejándola con la palabra en la boca. Inquieta se sentó esperando que volviera. No sabía que estaba pasando, pero era evidente que tenían que hablar y cuanto antes porque estaba yendo a peor. Tardó media hora en regresar y cuando entró en la habitación fue directamente a por una camiseta al armario.

—Kevin, ¿qué ocurre? ¿Por qué estás enfadado? Llevas unos días que me hablas en un tono…

—Te he dicho que no pasa nada. Igual si dejaras de preguntar por todo… Me pones de los nervios con tanto interrogatorio.

Sondra perdió parte del color de la cara viendo cómo se ponía la camiseta de malas maneras, pero no podía dejarlo así. —Ya he visto que se ha derruido la casa.

Levantó la vista hacia ella. —¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? Era nuestro hogar. ¿No crees que deberías habérmelo dicho?

—¡Yo estoy a cargo del rancho y yo tomo las decisiones! Había que tirarla y lo hice. No iba a arriesgarme a que la niña muriera por querer conservar esa ruina. Joder, con lo que me costó la obra para nada.

Se le cortó el aliento porque por sus palabras parecía que le importaba muy poco que ella se muriera o no. —También era mi casa. Tenía derecho…

La fulminó con la mirada. —¿Por eso te casaste conmigo? ¿Para recuperar tus tierras?

—¿Pero qué dices?

—Es que tengo la sensación de que este matrimonio ha sido más productivo para ti que para mí. ¡Tienes capataz y el rancho está completo de nuevo! —Impresionada le vio ir hacia la puerta. —Me voy a trabajar que es lo único que te interesa. ¡Este maldito rancho!

Sintiendo que su corazón se había detenido se tapó la boca de la impresión. ¿Pero qué locuras decía? Sus ojos se llenaron de lágrimas sin entender nada porque cuando habían tenido a la niña le había dicho que la quería. Parecía desesperado porque estuviera bien y ahora se comportaba así. ¿Sería culpa suya? Sí, seguro que sí. Siempre le preguntaba por el rancho y trabajaba muchas horas. Puede que últimamente no le hubiera demostrado lo que le quería porque estaba la niña y además casi ni podía moverse. ¿Un marido no debía entender algo así? Se sintió dolida por su trato y tuvo la sensación de que le estaba perdiendo. Se estaba alejando de ella cada vez más.

En el desayuno Laura la miró de reojo porque revolvía los huevos mirando el plato sumida en sus pensamientos. —Cielo, come. Tienes que tomarte las pastillas.

—No tengo hambre.

Laura la cogió por el brazo. —¿Qué ocurre? ¿Es Kevin?

—No sé qué está ocurriendo. Desde que Denise le dijo que fuera a dormir al hospital está raro y ha ido empeorando. Encima no me dijo lo de la casa y esta mañana me ha echado en cara que me casé con él por las tierras que heredó de papá y porque así tengo un capataz decente. —Su amiga la miró incrédula y sus ojos se llenaron de lágrimas. —No sé por qué dice eso. Desde que nos casamos cada uno se encargaba de su rancho. Solo lo dejé porque me quedé embarazada y ahora me echa en cara que me ha echado una mano.

—Como haría cualquier marido, cielo. Es lo lógico.

—¿Verdad que sí? Yo lo haría si él se rompiera una pierna o…— Negó con la cabeza. —Igual está cansado. Esta maldita escayola.

Laura vio que estaba angustiada. —Es que ha sido todo muy estresante y él ha tenido más tarea que nadie. Igual necesitáis unos días juntos con la niña. Unas vacaciones.

—Ahora no puedo irme. Mírame.

En ese momento llamaron al teléfono y Laura suspiró levantándose. —Rancho Anderson. —Frunció el ceño al teléfono y tapó el auricular extrañada. —Es Salvador.

—¿Salvador?

—Al parecer necesita hablar contigo desde hace días.

Se levantó cogiendo la muleta y se acercó intentando apoyarse en la pierna herida lo menos posible. —¿Por qué no ha hablado con Kevin?

Le pasó el auricular y Laura se quedó a su lado. —¿Qué ocurre Salvador? ¿Mi marido no ha hablado contigo hoy? ¿No os ha dado instrucciones?

—Claro que sí, jefa. Como todas las mañanas —respondió su capataz—. Lo que ocurre es que no quiero meter la pata y luego llevarme una bronca de usted.

Frunció el ceño. —No te entiendo. Kevin sabe muy bien lo que tiene que hacer.

—Por eso me extraña que haya anulado la compra del toro español que había encargado.

Se le cortó el aliento. —¿Qué has dicho?

—Y no solo eso. La nave de inseminación que había diseñado con el ingeniero… Ha mandado a los trabajadores que se vayan a casa. Ha detenido la obra.

No se lo podía creer. —¿Por qué?

—No me lo ha dicho. Simplemente ha dado la orden. Pero no la llamo por eso, jefa. Hace dos días ordenó tirar los barracones del norte. Dice que se van a hacer otros y yo le dije que estaban bien. Que no era necesario y menos ahora que vienen las lluvias porque se van a necesitar. Que podíamos hacer los nuevos sin tirar los otros, pero no atiende a razones. No quiero meterme donde nadie me llama, pero esto no es normal. Se que es muy bueno en su trabajo, pero está tirando el dinero, jefa. Ya ha sustituido las vallas de la

mitad de la finca cuando siempre se han sustituido cuando se rompían y no antes.

—Salvador quiero que vengas a mi casa de inmediato. ¡Y de camino quiero que recuerdes cada una de las órdenes de mi marido para que les dé el visto bueno! —Colgó el teléfono hirviendo de furia y Laura se tensó.

—¿Qué está pasando, cielo?

—¡Qué me está boicoteando! ¡Mi propio marido! —Furiosa regresó a la mesa intentando no llorar.

—¿Pero cómo va a hacer eso?

Negó con la cabeza sin poder creerse todavía lo que le habían contado. —Sabía lo que me había costado comprar ese toro. Llevaba esperando por él seis meses y fueron unas negociaciones durísimas porque el ganadero no quería deshacerse de él. Iba a crear una raza más fuerte, más dura y ampliaría mis negocios con Sudamérica. ¡Y me ha boicoteado!

—¿Y lo de los barracones? ¿Por qué ha dado esa orden?

—No tengo ni idea. ¡Ni tienen diez años! ¡Como lo de las vallas! ¡Seguro que se ha gastado el dinero del toro en las malditas vallas! —Entrecerró los ojos. —Espero que esto no sea algo que tenga que ver con el orgullo masculino porque entonces no se lo perdonaré jamás.

—Niña…

—¡Ya estoy harta! ¡Nunca me ha respetado como ranchera! ¡Siempre convencía a mi padre para hacer lo contrario de lo que yo decía, retrasando el desarrollo del rancho! Sabía que algo así podía pasar porque nunca quiere arriesgarse, por eso firmamos el contrato pre…—Perdió todo el color de la cara. —No puede ser por eso.

—¿El qué, niña?

—Mi abogado me recomendó que hiciéramos separación de bienes.

—Como es lógico con tu patrimonio.

—Cada uno se quedaría con lo que había aportado al matrimonio. —Laura asintió.

El miedo le atenazó la garganta. —Pero también me recomendó que para proteger ambos ranchos de futuras deudas se pusiera de

aval el rancho del otro, aunque ya estuviéramos divorciados.

—Pero entonces os quedaríais sin los dos —dijo pasmada.

—No. No significa eso. En caso de que él tenga deudas yo debo afrontarlas y a cambio me quedo con su rancho, ¿entiendes? Era una manera de proteger las tierras de ambos para nuestros herederos.

—Así que si tú tienes deudas que no puedas afrontar…

—Él se quedaría con todo.

—¿Entonces no debería haber comprado el toro?

—No, porque la primavera que viene tendría los mejores terneros de Texas. No me faltarían compradores.

—Dios, tienes que estar equivocada.

—Pues espero que mi marido me dé una explicación de por qué ha gastado mi dinero a espuertas y por qué tiró la casa de la abuela lo que fue una clara provocación.

—Sí, eso fue muy extraño.

—Y tengo la sensación de que cuando llegue Salvador me voy a enterar de muchas cosas que mi marido sabe de sobra que me pondrán de muy mala leche. Si eso no es una provocación no sé lo que puede ser.

—Igual deberías sorprenderle tú a él —dijo molesta.

—Igual lo hago.

Sentada en la mesa de la cocina escuchó como su marido entraba en la casa. —¿Laura? ¿Sondra?

Bueno, al menos la llamaba la segunda. —Estoy aquí, amor —dijo empalagosa.

Él caminó sin darse ninguna prisa hacia la cocina y ella sonrió al ver su sucia camiseta azul. —¿Ha sido un día duro?

—Bastante. —Miró a su alrededor. —¿Y la cena?

—Oh, es que Laura ha tenido que irse y como comprenderás yo no he podido hacerla. He estado a punto de caerme dos veces, así que lo he dejado.

—¿Y no hay nada en la nevera? —preguntó como si fuera tonta—. Laura no se iría sin dejar comida para un regimiento.

Chasqueó la lengua viendo como abría el frigorífico y con el ceño fruncido cerró la puerta de golpe. —¿A dónde ha ido? ¿Ha pasado algo?

—Se ha llevado la niña a casa de Denise.

Kevin se tensó y ella sonrió irónica. —No quería que escuchara esta conversación por muy pequeña que sea.

—¿Qué coño pasa, Sondra? ¿Es que te has vuelto loca?

Le sonrió con desprecio. —Desde que nos casamos nunca hubiera podido imaginar que terminaríamos así.

Él frunció el ceño. —¿Terminar?

—¿Sabes? Lo que más me fastidia es que te hagas el estúpido cuando de estúpido no tienes ni un pelo como has demostrado camelándote a mi padre. Y a mí de paso.

—Nena, no sé de qué hablas.

Puso ante él una hoja con su ficha policial. —El sheriff me ha hecho el favor. Tenía que haberlo hecho desde el principio, pero algo me lo impedía. Fue hablando con Malcom esta tarde cuando se me encendió la bombilla y le pregunté qué le había dicho su detective sobre tu ingreso en prisión. —Kevin apretó los puños. —Estafa y asesinato. —Sonrió irónica. —Menudo curriculum.

—No fue así. Se lo expliqué a tu padre.

—Ya, pero él decidió no decirle a mi madre que a quien habías matado había sido a tu jefe por vender ganado a un precio mayor del que le decías.

—Eso no fue así. ¡Aston me creyó!

—Que me lo hayas ocultado a mí también es sospechoso. Como es sospechoso que fueras tú quien le sugirió al abogado la cláusula de aval.

Kevin apretó los labios. —Nena, estuviste de acuerdo.

—¿Y también estuve de acuerdo en cancelar la compra del toro? ¿Por cuánto has vendido las quinientas cabezas de ganado que han desaparecido de mi finca? ¿Y lo que es más importante? ¿Por qué no me has dicho nada?

—Sabía que no te lo tomarías bien.

—¡Es mi rancho! —gritó levantándose de golpe—. ¡No tienes ningún derecho a tomar esas decisiones por mí! ¡No me he muerto

todavía!

Él palideció dando un paso atrás. —No puedo creer que hayas dicho eso.

—Pues ya somos dos los que no nos creemos esta situación porque esta mañana jamás se me hubiera pasado por la cabeza que lo que buscabas era quedarte con todo. —Le miró angustiada negándose a llorar. —Dame una explicación a todo esto.

—¡Hice lo que creía mejor! ¡Ese toro es demasiado caro para los beneficios que te iba a dar!

—¡Es mi decisión! ¡Yo no te digo a ti como debes tratar con los chinos!

—Pues esos chinos han pagado las quinientas cabezas mucho mejor que tus otros compradores.

Se le cortó el aliento. —¿Qué has hecho?

—¡Pagan mejor!

—¿Has dejado plantados a mis compradores habituales? ¡Son fieles a los Anderson incluso con las fluctuaciones del precio de la carne! —gritó perdiendo los nervios.

—Nena…

—¡Ni se te ocurra llamarme así! ¡Quieres arruinarme!

Incrédulo dijo —¿Cómo puedes pensar eso?

—¡Será porque te has gastado setenta mil dólares en unas vallas que no necesitaba!

—¡Se caían a trozos!

—¿Y los barracones del norte? ¿También se caen a trozos?

—Están en mal sitio y en medio de la ruta. No son prácticos para que pase la manada.

—¡Están ahí precisamente para vigilar la manada cuando está en los pastos! ¡Tus excusas son estúpidas! —Le señaló con el dedo. —¡Reconoce que solo has querido joderme!

Intentó cogerla por los brazos, pero ella se apartó como si le diera asco casi cayendo al tropezar con la silla. —Sondra se te está yendo la cabeza.

—¿Sí? ¡Pues explícame qué hacías esta tarde en casa de Sofia en lugar de venir a ver a tu mujer y a tu hija a las que no has visto en

todo el día! —Tenso se la quedó mirando y ella gritó —¿Qué hacías con ella?

—¿Acaso dudas de que te quiero para que sea un ser tan rastrero?

—¿Acaso me lo has demostrado alguna vez? —gritó desgarrada mientras una lágrima caía por su mejilla—. ¡Mientras estuve en el hospital has jugado a tus anchas en mis tierras! Haciendo y deshaciendo lo que te ha dado la gana con la única intención de cabrearme. —Señaló la ventana. —¡Cómo tirar la casa!

—Era un peligro.

—¿Lo era? He llamado al arquitecto, mentiroso compulsivo. Solo había que cimentar porque las lluvias habían desplazado parte de la tierra. Un trabajo caro, pero perfectamente asumible. Los constructores incluso se ofrecieron a hacer las obras en tiempo récord para que cuando regresara a casa estuviera todo en condiciones. ¡Incluso iban a poner un muro de contención para evitar que la lluvia arrollara de nuevo por detrás de la casa! Ni siquiera les has demandado, lo que me indica que nuestra casa te importaba muy poco, aunque por poco me matan —dijo con desprecio.

—Nena, te juro que no es así.

—¿No lo es? ¿Y cómo es según tú? ¿Qué nuevas mentiras vas a contarme ahora?

Kevin se tensó aún más por su ironía. —Joder, todo lo que quería era mejorar las instalaciones y vender al mejor precio. Y sobre eso —dijo señalando su hoja de antecedentes—. A tu padre se lo expliqué absolutamente todo. Era un cabrón que intentó liarme y acusarme de estafa cuando hacienda metió las narices en sus finanzas. ¡Yo sabía que él había cobrado esas cabezas en dinero negro y tenía pruebas, pero quería acusarme de que ese dinero me lo había quedado yo! Cuando se enteró de que iba a denunciarle, se presentó borracho en el barracón y furioso sacó un cuchillo. Solo me defendí dándole un puñetazo para alejarle, pero él se movió y le di en la nariz. Ni me podía creer lo que había pasado. Y para tu información los cargos de estafa se desestimaron. ¡Mi abogado demostró quién se había quedado con el dinero porque la fiscalía

quería utilizarlo como un motivo para el asesinato! ¿Acaso crees que Aston no se informó de lo que había pasado? ¡Había testigos!

—Consta en tus antecedentes.

—¡Eso es un error!

—Al parecer tienes excusa para todo. ¿Y la casa?

—No pensaba dejar que esos chapuzas volvieran a meter la pata poniendo en peligro a mi familia. —Se enderezó furioso. —Pero ese no es el problema, nena. ¡El problema es que no confías en mí!

—¡Será porque desde que estuve en el hospital te has comportado como un cabrón conmigo! Si todo esto es mentira qué hice para enfadarte de esa manera, ¿eh? ¿Qué he hecho?

—¿Qué has hecho? —preguntó con desprecio—. Ni una sola vez me preguntaste si estaba bien cuando no había pasado más miedo en mi vida que cuando creí que estabas muerta bajo esos escombros. —Sondra palideció al escucharle. —¡Y en cuanto despertaste lo único que te importaba era el rancho! ¡Es de lo único que me hablas! ¡De este maldito rancho que es evidente que te importa mucho más que yo! ¿No eres feliz? Pues yo tampoco. Así que no me juzgues si necesito una amiga con la que desahogarme. ¿Sabes por qué pase aquella noche en su casa? Porque tenía remordimientos de haber fallado a tu padre y estaba borracho como una cuba. ¡Ella me escucha! Deberías pensar por qué puedo hablar con ella y contigo no. Piénsalo mirando ese maldito papel. Igual si me hubieras preguntado, hace tiempo hubieras sabido la verdad. Pero creía que no te importaba, como jamás te interesa nada que no seas tú y estas tierras. —Salió de la cocina y de la casa dando un portazo.

Impresionada por sus palabras tuvo que sentarse porque la pierna no la sostenía. Casi sin ver pasó la mirada por la mesa y sus ojos cayeron sobre la ficha policial gritando de dolor antes de romperla en mil pedazos. Se apartó el cabello de las sienes intentando pensar, pero era cierto. Todo lo que había dicho era cierto. Jamás preguntaba cómo estaba o por su pasado. Creía que era doloroso para él y como Kevin no hablaba de ello, ella no había querido hurgar en la herida. Casi todas las conversaciones que recordó tenían que ver con el rancho y se echó a llorar al repasar lo

que se habían dicho en cuanto despertó en el hospital. Había preguntado por la niña y después por el rancho. Cerró los ojos apoyando los codos sobre la mesa recordando como le había pedido que se fuera como si a él no le necesitara porque Laura estaba allí. Como si no fuera importante para ella. Eso unido a todo lo demás, debía haber sido la gota que desbordó el vaso.

# Capítulo 12

Sentada en el porche miraba el horizonte. Seis semanas sin saber nada de él. Aprovechaba que ella estaba trabajando para ir a ver a la niña. Laura por supuesto le dejaba pasar y según le había dicho se había enterado de que vivía en el barracón como si fuera otro de los hombres. Apenas salía de sus tierras y ya se había puesto en contacto con el abogado para iniciar los trámites de divorcio. Y ella no sabía cómo arreglarlo porque ni quería hablar cuando le llamaba por teléfono. Rechazaba sus llamadas al tercer tono como mucho. Llevaba allí todo el maldito día a ver si tenía suerte y aparecía, pero ya estaba oscureciendo así que ese día no habría suerte. Durante esas semanas había visto los resultados de su gestión en el rancho y había ganado más dinero que nunca. La inversión de las vallas había reducido sus gastos mensuales en madera en tres mil dólares lo que a la larga le haría ganar dinero. Y los compradores chinos no hacían más que pedir más ganado. Entendía por qué les había vendido sus cabezas, porque él ya no tenía suficiente para vender. Pero necesitaban criar ellos mismos más deprisa con buenos sementales si quería tener calidad, y eso era lo que su marido no entendía. Ya estaba pensando en el maldito rancho de nuevo.

Escuchó el crujido de la puerta y giró la cabeza para ver a Denise saliendo de la casa con la niña en brazos. —¿No ha habido suerte?

—No. —Miró al frente preocupada. —Se niega a hablar conmigo. Seguro que sabe que estoy aquí.

Su madre apretó los labios sentándose en la barandilla y miró a la niña sonriendo. —¿Sabes? Me sorprende que a pesar de no haberte criado, eres increíblemente parecida a mí.

La miró sorprendida. —No me parezco a ti en nada. Soy igual que papá.

Denise se echó a reír. —Mamá no tiene ni idea de lo que habla. —Acarició la naricita de Jane. Miró a Sondra a los ojos con una triste sonrisa. —¿Crees que he llegado a ser una de las mejores cirujanas torácicas del país porque sí? Se convirtió en una obsesión. Te había dejado a cargo de desconocidos y tenía que merecer la pena todo ese dolor. Los remordimientos. La sensación de abandono. Todo debía tener un fin y estudié como una loca. Durante años no había nada que me importara que no tuviera relación con mi profesión. Pero llegó un hombre. Perfecto. Guapísimo y me volvió loca. Al ser médico teníamos mucho en común, pero los hombres no quieren acostarse con una cirujana. Quieren acostarse con una esposa, con una madre, con una compañera… Alguien que mire por ellos y yo tenía que vigilar a demasiados enfermos como para darme cuenta de que se sentía desatendido. Citas canceladas, más éxito profesional… Todo fue mermando la relación y un buen día me dejó.

—Lo siento.

Sonrió con tristeza. —¿Sabes lo que pensé? Que me tenía celos. Que quería ser como yo y como no lo conseguía, lo pagaba conmigo. —Rió sin ganas. —Qué estúpida.

—¿Cómo yo?

—Tú no eres estúpida, cielo. Le amas como yo nunca amé a ese hombre. Tenéis una vida en común, pero después de ese accidente… Pasó demasiado miedo. Creyó que morías. Antes de entrar en parada te dijo que te amaba de una manera que me estremeció por su ternura. —Emocionada miró a la niña. —Lo tenéis todo, pero no os entendéis y no puedo comprenderlo.

—Él está orgulloso de mí. Lo sé.

—Sí, pero igual no te has dado cuenta de que es tu marido y que con esta niña debe ser lo primero como tú lo eres para él.

—¿Lo soy? Pues no le veo por aquí.

—No dejes que hable tu orgullo. De eso también sé mucho. Que le hayas echado en cara cosas del rancho debió herir el suyo. Puede que tú seas la dueña del rancho más grande de la zona, pero él conoce su trabajo y deberías haber hablado con calma del asunto.

—¡Pero es que él no estaba calmado en absoluto! ¡Llevaba días raro! ¿Cómo no voy a sospechar si no me había contado nada? —

Denise sonrió. —¿De qué coño te ríes? ¡No tiene gracia!

—Una vez tuve un residente que me ocultaba cosas. Eran tonterías como que había cambiado una medicación por otra o que le había hecho una prueba a un paciente que él creía necesaria. Cuando me enteré, le pregunté a gritos que por qué lo había hecho, que si acaso creía que podía ocupar mi puesto. Me contestó muerto de miedo que no. Pero que si me lo decía me iba a cabrear y ya me cabreaba bastante. —Jadeó indignada al escucharla y su madre se echó a reír. —Si te lo hubiera dicho en el hospital hubieras puesto el grito en el cielo. Entiendo por qué no te lo contó. Pero eso aumentó tu desconfianza y empeoró las cosas. Si hasta creíste que quería tus tierras intentando arruinarte.

Se sonrojó con fuerza. —He intentado disculparme, pero no quiere escucharme. Ni me coge el teléfono.

—Está dolido. Eso es todo. Quizás si lucharas por él en lugar de quedarte ahí esperando se daría cuenta de todo lo que le quieres.

—Sabía que le quería. Lo sabía… —Negó con la cabeza sin entender. —Se lo decía todos los días.

—Lo que yo pensaba. Necesita que se lo demuestres. Las palabras no tienen sentido sin los actos.

—¡Si alguien ha demostrado en esta relación que le quería, esa he sido yo! ¡Él no me lo dijo hasta que casi la espicho! ¡Me conoce muy bien! ¡Y quiso casarse conmigo sabiendo como era! ¡No debería extrañarse de que sea monotemática!

Denise aguantó la risa. —Hija, ¿desde cuándo eres de las que se quedan sentadas? Al menos vete a taladrarle los oídos. Es tu marido todavía y hace unos días que no escucha tus gritos. Tiene que soportarte.

Sus preciosos ojos azules brillaron. —Exacto. Para eso se casó conmigo.

—Tú lo has dicho.

Subida sobre Calipso cabalgó sobre la llanura, viendo a su marido arreando el ganado hacia el este donde tenía mejores pastos. Un grupo de reses se apartó del grupo y ella azuzó a Calipso que inmediatamente fue hacia ellas rodeándolas para que volvieran a la

manada. A pesar de haberle visto mil veces seguía sintiendo que su corazón se alteraba cada vez que le veía a caballo. Su marido azuzando su caballo se acercó. —¿Qué ocurre? ¿La niña está bien?

—Perfecta. Por cierto, tu mujer también está bien, por si quieres saberlo. —Se inclinó su sombrero hacia atrás apoyando los antebrazos en su silla. —Pero no debes querer saberlo ya que me evitas todo lo que puedes.

Ni la miró a la cara pendiente de la manada. —Tengo trabajo. Si tienes algo importante que decir… ¿O solo has venido para tocarme las narices?

Intentó encajar el golpe. Era evidente que no quería ni verla porque ni soportaba su presencia. No entendía cómo habían llegado a eso.

—Venía a disculparme. Creo que es necesario que sepas que siento haber desconfiado de ti. Fui muy injusta y tenías razón en que me centro demasiado en el rancho. —Acercó a Calipso para no gritar por los mugidos de las reses y le miró suplicante, aunque él ni se dio cuenta porque ni la miraba. —Kevin, ¿me perdonas? —Al ver que no contestaba quiso gritar. —Me conoces muy bien. Sabes como soy con el rancho. ¡No sé de qué te sorprendes! ¡Pero también es culpa tuya! ¡Si te sentías desatendido podías habérmelo dicho! Sabes lo importante que eres para mí. Tú también eres responsable de que desconfiara de ti. En lugar de pegarme cuatro gritos, te alejaste enfadado y qué podía pensar.

La miró como si la odiara y a Sondra se le cortó el aliento. —Quiero el divorcio. —Azuzó a su caballo alcanzando a la manada y creyó que le arrancaban el corazón.

Cómo habían llegado a eso cuando hace unos meses eran tan felices. Discutiendo sí, pero eran felices, estaba segura. Sintió que la rabia la recorría. ¿Así la quería? Para dejarla de lado porque había cometido un error. Azuzó a su caballo poniéndose a su altura. Furiosa porque la ignoraba como si no estuviera allí gritó —¿Pues sabes qué? Puedes pedirme el divorcio, puedes ignorarme y puedes comportarte como un gilipollas conmigo por ser humana y meter la pata, pero lo que no cambiarás es que yo te quiero y como sabes mi corazón es tuyo. —Ni la escuchó y ni se detuvo lo que la dejó en

shock. Calipso se detuvo poco a poco mientras se alejaban sin darse cuenta de que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Calipso movió la cabeza de un lado a otro bufando y ella entrecerró los ojos mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. —No voy a perderle y pienso hacer lo que haga falta.

Mordiéndose el labio inferior cerró la puerta de la camioneta y cruzó la carretera. Se acercó al portal y tomó aire antes de pulsar el botón. —¿Sí?

—Soy Sondra.

El silencio al otro lado la puso nerviosa, pero se escuchó el sonido de que le había abierto la puerta. Empujó a toda prisa y subió las escaleras para ver a Sofia esperándola con la puerta abierta. Apretó los labios al encontrársela con un camisón de raso violeta y con cara de sueño. Su cabello rubio platino estaba revuelto, lo que indicaba que se acababa de levantar y era lógico porque trabajaba hasta las tantas en un bar a las afueras del pueblo. La fulminó con sus preciosos ojos castaños. —¿Sabes qué hora es?

—Las doce de la mañana.

Bufó entrando en la casa y Sondra entró cerrando la puerta. Sofia cogió un paquete de tabaco de encima de la mesa de centro y sacó un cigarrillo dando dos golpes con él sobre el paquete antes de agacharse y coger el mechero de oro con su inicial grabada. —¿Un regalo?

Sofia se tensó. —No soy una puta, ¿sabes?

—Eso es cuestión de opiniones. No sé qué diría la esposa del ayudante del sheriff de eso.

—¿A qué has venido? ¿A joderme el día?

—No. —La observó encender el cigarro. —¿Vengo a que me ayudes?

Soltó el humo y sonrió maliciosa. —Ya entiendo. Estás desesperadita porque tu marido pasa de tu culo.

—Muy exacto. —Sofia se sentó en el sofá cruzando sus kilométricas piernas. —Le quiero, tenemos una hija…

—Hay muchos con hijos —dijo como si nada.

—Por favor.

La miró fijamente llevándose el cigarrillo a la boca y negó con la cabeza. —¿Me llamas puta, me desprecias en público al no saludarme cuando me conoces de toda la vida y ahora pides mi ayuda?

—No te portaste precisamente bien con mi mejor amiga. Te acostaste con su novio cuando tenía dieciséis años. Eras mayor que él y os reísteis de ella ante todo el pueblo. ¿Sabes lo que provocaste? ¡No fue capaz de tener una cita normal en años porque hasta tenía miedo de abrir la boca!

—Pues se ha casado muy bien.

Esa mujer no tenía ningún escrúpulo, pero al ver como vivía sintió pena por ella. —¿Por qué vives de este modo?

—¿Ahora vas a psicoanalizarme? —preguntó divertida—. Me gusta pasarlo bien. Y con tu marido me lo he pasado de miedo.

—Pero no te quiso —dijo con rabia por la provocación.

—Fueron unos años muy entretenidos, pero nunca se entregó, no lo voy a negar. —Bufó sin darle importancia. —Aunque ya que estamos yo tampoco. Nos entretuvimos mientras tanto.

—Y ahora te entretienes con Peter. ¡Pues deja a mi marido en paz!

—Oh, ¿ahora vienes de mujercita celosa? Vamos, si pasas de él totalmente.

—Eso no es cierto. Siempre le he querido.

—Eso creía él. —Se echó a reír. —Se lo advertí. Eres la princesita Anderson, nunca estaría a tu altura. Él es más como yo. Pero sí que le necesitas, ¿verdad? Tu rancho es demasiado grande para que lo lleves tú sola. Se lo advertí.

Palideció entendiéndolo todo. —Le has envenenado contra mí.

—¿Yo? —Se echó a reír con fuerza. —No ha sido necesario. Lo has hecho todo tú sola. —Apagó el cigarrillo y se levantó poniendo las manos en jarras. —Mira, no tengo ni idea de lo que haces aquí. Si tienes problemas con tu marido es asunto vuestro.

—Te vino a ver, ¿verdad? Cuando nació la niña…

—Se pasó por el bar para enseñarme las fotos. —Levantó la barbilla. —¿Qué pasa? ¡Somos amigos!

—¡Tú no tienes amigos! ¿Qué le dijiste?

Sonrió maliciosa. —Le pregunté qué hacía allí en lugar de estar contigo. Al parecer el rancho te importa mucho más que tener a tu marido a tu lado cuando estuviste a punto de morir. Y con tu niña en una incubadora… —Chasqueó la lengua. —¿Quién pensaría en algo así justo después de despertarse?

—¡Alguien que tiene un rancho de seis mil cabezas de ganado y tiene a cuarenta trabajadores a su cargo! ¡Pero qué sabrás tú si durante toda tu vida únicamente has pensado en ti! ¡Hasta tu madre murió sola en su casa y ni fuiste al funeral!

—¡Qué sabrás tú de mi madre! —gritó furiosa.

La señaló con el dedo. —Aléjate de mi marido, zorra. O te juro que vas a conocer mi carácter.

Sofia entrecerró los ojos. —¿Me estás amenazando?

—Puede que las demás hagan la vista gorda esperando que su marido regrese a casa, pero si intentas joder mi matrimonio para que Kevin vuelva a tu lado, te juro que vas a salir del pueblo volando de la patada en el culo que te voy a meter. Puede que tengas a Kevin engañado, pero a mí no me la das. —Abrió la puerta de su casa. —Te lo he pedido por las buenas, ahora iré por las malas.

—¡Nunca volverá contigo! —gritó con rabia saliendo de la casa y viendo como bajaba las escaleras—. ¡Se ha dado cuenta de cómo eres y ha reaccionado!

Abrió la puerta del portal y la miró con desprecio. —Mi marido me conoce muy bien. Y me quiere como soy. Es más, está orgulloso de mí. Sabía que había pasado algo para su cambio de actitud y esa has sido tú. Pero te vas a alejar de él.

—¡Más quisieras! ¡Kevin volverá a mi lado!

—¿De veras? ¡Hablaré con tu jefe, lograré que no encuentres trabajo en el pueblo! ¡Hablaré con tu casera y le pagaré un alquiler superior a lo que pagas tú! —Sofia palideció. —A ver cuánto duras en el pueblo. Te juro por lo más sagrado para mí que es mi hija, que pienso hacerte la vida imposible y sabes que no hablo en balde. ¡Aléjate de Kevin! ¡No te lo digo más!

Se fue dejándola con la palabra en la boca y la vecina de enfrente abrió la puerta sonriendo maliciosa. —Con ésta no puedes, ¿eh, Sofía?

La miró con rabia. —¡Jódete!

—No, la que te vas a joder eres tú —dijo divertida—. Sondra Anderson te tiene en su punto de mira. Ya tardaba con el carácter que tiene. Cuida tus espaldas.

Kevin entró en la casa furioso cerrando de un portazo y ella que estaba bajando las escaleras levantó una de sus cejas pelirrojas. —Cielito, ¿vienes a cenar? La niña ya está dormida, pero…

—¿Has amenazado a Sofia?

Sería chivata. Ésta se iba a cagar. Bajó las escaleras como si nada y se puso ante él. —¿De qué hablas? Hemos tenido una conversación de amigas.

—¡De amigas! ¡La has amenazado con echarla del trabajo! ¡Con echarla del pueblo!

—¿Y te ha ido con el cuento? Veo que a ella le coges el teléfono.

Fue hasta la cocina y Laura sonrió volviéndose con la bandeja del horno en la mano. —¡Kevin! ¡Qué sorpresa! ¿Te quedas a cenar?

—¡No!

—¡Oye, a Laura háblale bien que no ha hecho nada!

Kevin gruñó mirando a su ama de llaves. —Lo siento, Laura. No me quedo a cenar.

—Pues es una pena porque he hecho un redondo de ternera que es para morirse.

Él gruñó mirando la bandeja y se sentó en su sitio. —¿Hay cerveza?

—Claro que sí, cielo. —Encantada fue a buscarla ella misma y se la puso delante antes de sentarse.

—Quiero que dejes a Sofia en paz. ¡Ella no ha hecho nada!

—Claro que ha hecho. —Cogió el pincho para cortar el redondo. —¿Cortas?

Con ganas de pegar cuatro gritos cogió el pincho y el cuchillo. —¿Y qué ha hecho si puede saberse?

—Uy, pues no sé. Envenenar nuestra relación aprovechando que estaba en la cama después de casi irme al otro barrio y de tener a la niña. ¿Así que soy la princesita Anderson?

Kevin se tensó. —Te llamaba así hace años. Hace tiempo que no lo hace.

—No, claro que no. Ahora me llamará otras cosas.

Laura reprimió la risa y Kevin se mosqueó. —Pues no me extraña después de comportarte como una macarra.

—Pues no ha visto nada. Tenía que haberle puesto las pilas cuando le hizo daño a Marion, así me hubiera ahorrado muchos disgustos.

Él apretó los labios. —No es la responsable de nuestra separación.

—Por supuesto que no. ¡Ella metió mierda, pero fuiste tú quien se alejó de mí en lugar de hablar conmigo que soy la que estoy casada contigo! —dijo enfureciéndose—. En lugar de eso vas a contarle a ella tus quejas. ¿Eso no es traición? Yo creo que sí. No me culpes si me tratas como una mierda y desconfío de ti.

—¡No sé quién trata a quien como una mierda! —gritó golpeando la mesa.

—¡Me culpas de preocuparme por el rancho cuando me conoces de sobra! Me ocultaste lo que hacías a mis espaldas. ¿Cómo me lo iba a tomar?

—Mal —dijo Laura antes de seguir cortando.

—Por eso no me lo contaste, ¿no cielito? Se nota que quien no confía en mí eres tú.

La miró asombrado. —¡Le has dado la vuelta a la situación! ¡Me acusaste de querer quedarme con todo!

—Es que era lo que parecía al actuar a mis espaldas.

—¡Quién desconfía de quién!

—Esta conversación no tiene sentido. Siéntate y cena.

—¡Lo haré si quiero! ¡No me des órdenes como si siguiera siendo tu capataz!

Se tensó levantando la cabeza para mirarle a los ojos. —Nunca has sido mi capataz. Jamás has trabajado para mí. Has trabajado para mi padre. No tienes ni idea de cómo soy como jefa, así que no digas tonterías. A ti te he pasado muchas cosas por alto, cielo. Cosas que no perdonaría a un empleado. ¡Cómo gastar setenta mil dólares en vallas!

—Te ahorrará dinero en el futuro.

—Puede. A no ser que venga un tornado y lo envíe todo a la mierda.

Laura rió por lo bajo mientras él se ponía frenético. Ella sonrió cortando la carne y metiéndose un pedazo en la boca. Cuando Kevin miró sus labios casi chilla del triunfo, pero su marido se tensó cogiendo la cerveza y dándole un buen trago. Sería cabezota.

—Por cierto, mi toro llega mañana.

Él gruñó cortando la carne que había aparecido en su plato gracias a Laura que sentada ante Sondra estaba encantada de la vida.

—Pues muy bien. Está claro que mi opinión no se toma en cuenta en esta casa.

Jadeó dejando caer el tenedor. —¿Acaso me meto yo en cómo llevas tu rancho?

—Será porque no te interesa.

—Claro que me interesa, amor —dijo con ganas de pegar cuatro gritos—. Pero respeto tu trabajo. Si no lo respetara, te diría que tienes que invertir en un toro en lugar de esperar a que te regale a alguno mío en cuanto se te muera Lucio. ¿Recuerdas que ya ha pasado antes?

—Mierda —susurró Laura viendo como Kevin dejaba caer los cubiertos sobre el plato.

—¡Ya estás sacando esa mierda otra vez!

—¡Ya, pero yo te lo digo a la cara, no voy a Sofia a contarle mis penas!

—¿Acaso no hablas tú con Malcom? ¿Con Marion? ¿Con Laura o con tu madre de nuestra relación?

—¡Ellos nunca han metido mierda entre nosotros porque saben que nos queremos!

—Yo te quiero mucho menos te lo aseguro.

Se le cortó el aliento sintiendo una cuchillada en su corazón. —Solo lo dices para hacerme daño.

—Lo que demuestra que no te quiero como pensabas. —Se levantó viendo como palidecía. —Esto no nos lleva a ningún sitio. El abogado ya ha preparado los papeles.

—¡No voy a firmarlos!

—Allá tú. Solo estás alargando lo inevitable.

—¡Dijiste que me querías! ¡Y has utilizado algo que es innato en mí para echármelo en cara! —Le miró angustiada. —Si no querías ir al rancho cuando estaba ingresada deberías habérmelo dicho.

—¡Dijiste que no me necesitabas!

Sus ojos se llenaron de lágrimas porque no daba su brazo a torcer. —Llevo necesitándote desde que te conocí. El que no me necesitabas eras tú que te acostabas con otra. —Kevin entrecerró los ojos. —No entiendo por qué me pediste que me casara contigo. Dijiste que me conocías bien. Que sabías que mi corazón era tuyo y que era tu mujer. Hemos tenido una hija y ahora quieres romperlo todo por ser como soy. —Se levantó lentamente. —Creía que éramos felices y que había conseguido tu amor. Pero al parecer no he conseguido nada. Volver a decepcionarme de nuevo. Pues voy a hacer que cumplas tu promesa. Tendrás que soportarme. No voy a darte el divorcio y no lo haré jamás. Te llevaré de tribunal en tribunal y lo retrasaré lo que haga falta. Tú me metiste en este matrimonio y vas a aguantar mis gritos hasta el día en que te mueras. Eso te lo juro. —Sin soportarlo más salió corriendo de la cocina y Kevin apretó los puños.

Laura negó con la cabeza. —Creía que la querías… ¿Por qué la haces sufrir?

—No es la única que sufre, te lo aseguro.

Salió de la cocina y como había entrado cerró de un portazo. Laura suspiró porque no habían conseguido nada en absoluto.

# Capítulo 13

Vio como el toro descendía del camión. —Es magnífico, jefa —dijo Salvador entusiasmado.

Agotada porque no había dormido nada asintió. —Que no le falte de nada. ¿Dónde está el veterinario? Quiero que lo revise de inmediato.

—Debe estar de camino.

El camión salió lentamente del cercado e inmediatamente cerraron la portilla. El toro bufó arrastrando la pata delantera. —Está muy inquieto del viaje.

—Es lógico, jefa. Ya se calmará.

Vio como los hombres le ponían comida y agua fresca. En ese momento escucharon el motor de un vehículo y Sondra se volvió para ver la camioneta blanca del veterinario. —Que le haga análisis de inmediato. Quiero los resultados cuanto antes.

—Sí, jefa.

Fue hasta Calipso y se subió saludando al veterinario con una inclinación de cabeza. —Cuídamelo, Jeff.

—Es un ejemplar increíble.

—¿Qué tal esa diabetes?

—Controlada.

—Me alegro mucho.

—¿Y tu preciosidad?

—Creciendo muy rápido. —Sonrió tirando de las riendas. —Ahora voy a verla.

—Estarás muy ocupada teniendo que encargarte de todo.

—Como siempre. Laura y Denise me ayudan mucho.

—Es una pena que Kevin y tú os hayáis separado. —Se tensó, pero él no se dio cuenta mirando el toro. —Pero es lógico supongo, después de todo lo que se dice de él.

Entrecerró los ojos. —¿De él?

El hombre se sonrojó. —Bueno, en el pueblo no se habla de otra cosa. De que estuvo en la cárcel y eso. De lo de la estafa. Ya me entiendes.

—¡No, no te entiendo! —Acercó su caballo mirándole fijamente. —Explícate.

Se puso como un tomate. —No quería…

—¿Habla de una vez? ¿Qué dicen de mi marido?

—Sondra, no pretendía ofenderte.

—¡Qué hables te digo!

Jeff suspiró. —Dicen que esa es la razón por la que te separaste. Que te enteraste de que era un estafador por el sheriff y que le echaste de casa ese mismo día. Que os había mentido desde el principio y que se aprovechó de la relación que tenía con tu padre. Que os engañó.

Sondra perdió todo el color de la cara. —Me separé hace más de un mes. ¿Por qué se habla ahora de eso?

—No sé.

—¿Quien ha extendido el rumor?

—Yo estaba en la tienda de Margaret y todo el mundo hablaba de eso.

Se volvió sobre su caballo y se lanzó a galope dejándole con la palabra en la boca.

Entró en la tienda echando humo y vio a dos señoras que estaban cuchicheando.

—Muy bien. Ahora me vais a decir quién está diciendo esas cosas de mi marido. —Las dos miraron a Margaret que se puso como un tomate. —¡Perfecto! ¡Esto es perfecto!

—No es culpa mía. A mí me lo dijeron —dijo asombrada.

—¿Quién?

—Pues… —Se hizo la loca.

—¡Margaret, qué llamo a tu hija!

Jadeó indignada. —No seas chivata. Para un buen rumor que hay de vosotros. Nos dejasteis sin la competición de novios antes de empezar. ¿Sabes que quedé fatal con ese rumor? Eso no se hace.

Nos pusisteis la miel en los labios y de repente ya te habías decidido. ¡Nos robaste la diversión!

—¡Esto es el colmo! ¡Dime quién te lo ha dicho! ¿El sheriff?

—Qué va. Ese es un sieso.

Se le cortó el aliento porque solo había otra persona en el pueblo que pudiera revelar algo así. —¿Malcom?

—¿Malcom lo sabía? Este doctor... Qué callado que se lo tenía. Claro, como está liado con tu madre natural…

Abrió los ojos como platos. —¿Qué has dicho?

Margaret sonrió. —¿A que eso no lo sabías? Menudo idilio. Son discretos, claro… Pero ahí hay tomate. Te lo digo yo que lo sé de buena tinta.

Madre mía, que día estaba teniendo. —¿Quién te lo ha dicho?

—¿Lo de tu madre? No revelo mis fuentes. Solo te voy a decir que se oían ruidos muy sospechosos en la consulta y no había pacientes.

No se lo quería ni imaginar. —¡Lo de mi marido!

—Ah, eso. ¿No te he dicho que no revelo mis fuentes? No me tires de la lengua…

—Me la cargo. —Caminó como si fuera a la guerra y Margaret chilló corriendo hacia la trastienda y cerrando la puerta de golpe.

—¡Abre! —Golpeó la puerta varias veces y vio un pequeño hacha detrás del mostrador que debía usar para cortar los huesos. Lo cogió y mientras las clientas gritaban ella lo clavó en la puerta con fuerza haciéndola chillar al otro lado.

—¡Estás loca!

—¡Más te vale que me lo digas o te despedazo, cotorra!

—¡Se lo voy a decir a Marion!

Sacó el hacha y lo clavó de nuevo. —Tú no te me escapas.

—¡Fue Sofia!

Arrancó el hacha quedándose de piedra y preguntó fríamente —¿Sofia? ¿Te he entendido bien?

—Sí, fue ella.

Furiosa porque había traicionado a Kevin apretó el mango del hacha. —La mato.

Se volvió y las mujeres gritaron abrazándose como si fuera a tacarlas en cualquier momento. Salió de la tienda y pasó ante la ferretería donde varios habían sacado la cabeza para saber que pasaba. Giraron la cabeza a su paso y vieron como fuera de sí tocaba dos timbres que no eran de la casa de Sofia. La puerta se abrió sin preguntar y entró en el portal subiendo las escaleras a toda prisa. Tocó al timbre como si nada y esperó pacientemente mientras la calle se llenaba de gente queriendo enterarse de lo que ocurría. La puerta se abrió y cuando Sofia vio que era ella intentó cerrar deprisa, pero dio un empujón con el hombro abriéndola de golpe y provocando que Sofia cayera al suelo. Gritó por la cara de loca que tenía con el hacha en la mano. Intentó levantarse y correr, pero Sondra la cogió por la melena haciendo que cayera de culo al suelo. Tuvo que gritar por encima de sus chillidos —¿Te gusta difundir rumores? Espera que este cotilleo les va a encantar a los del pueblo, hija de puta.

Sofia chilló agarrando sus manos cuando tiró de ella y pataleó intentando que no la dejara calva. Tiró el hacha al suelo para cogerla también con la otra mano y la arrastró de culo hacia la escalera. —Ahora vas a contarme a mí eso que vas diciendo de mi marido. A ver si tienes ovarios.

El filo del hacha casi le corta el brazo y se dio cuenta de que lo había cogido mientras la arrastraba. Furiosa le pegó una patada en la espalda y ésta gimió antes de que Sondra la tirara por las escaleras con hacha y todo. Los parroquianos con los ojos como platos la escucharon gemir, pero nadie movió un dedo por ayudarla y Sondra bajó lentamente las escaleras. —Puede que mi marido haya estado en la cárcel, pero lo hizo por defenderse de gente como tú. Lo que más me jode es que te has aprovechado de su confianza. —Llegó a su lado y vio como intentaba coger el hacha de nuevo, así que pisó su mano haciéndola gritar —¡Vuelve a hacer daño a mi familia y te vas a quedar sin dientes, zorra! ¡Aléjate de Kevin! —Se agachó cogiéndola por la melena levantando su rostro. —¿Me has entendido?

—Sí —siseó con rabia.

—Más te vale, porque no te lo voy a decir una tercera vez.

—Discutió ayer con tu marido.

Se volvió sorprendida para ver a la vecina en el piso de arriba. —Por eso lo ha hecho. Porque furioso dijo que no quería volver a verla. —Su corazón saltó en su pecho. —Ella le intentó seducir. Te criticó otra vez intentando que cayera y Kevin se dio cuenta de lo mala pécora que es. Se oye todo a través del respiradero —dijo divertida—. Como tu marido te defendió, ella se enfureció y discutieron. Lo ha hecho por despecho.

Gruñó mirándola de nuevo y varios dieron un paso atrás al ver su cara de furia. —Así que querías seducirle. —Le metió una patada en el costado haciéndola gemir. —No, si al final acabas en el hospital —dijo con ganas de cargársela. Ésta chilló intentando cubrirse poniéndose en posición fetal cuando el sheriff apartó a varios de un empujón para pasar—. Buenos días, sheriff —dijo como una niña buena—. Mire, tiene un hacha. Defensa propia.

El hombre tiró de sus pantalones. —¿Ese no es el hacha de Margaret?

—Uy, ¿y cómo habrá llegado hasta aquí? —Miró a los testigos. —¿Vosotros lo sabéis? —Todos negaron con la cabeza. —¿Ve, sheriff? no he hecho nada.

—¡Lo ha traído ella! ¡Casi me mata! —gritó Sofia desde el suelo mirándola con odio.

El sheriff suspiró acercándose y sacando las esposas. —Sondra Carmichael, quedas detenida por agresión. Vuélvete.

Bufó girándose y poniendo las manos a la espalda mientras le leía sus derechos. Sofia se quejaba diciendo que necesitaba un médico. Que le había roto varias costillas y que seguro que tenía una contusión en la cabeza. —Mira, a ver si así te quedas tonta y nos das un respiro a las mujeres del pueblo.

Varios se echaron a reír y el sheriff puso los ojos en blanco tirando de ella. —Vamos, Sondra.

—Jefe, ¿cree que tardaré mucho en que me deje libre el juez Harrison? Tengo un toro nuevo, ¿sabe?

—Sí, algo me han dicho. —Varias mujeres del pueblo empezaron a aplaudir y a vitorearla.

—Oh, que monas.

—¡Libertad para Sondra! —gritó una de ellas.

—¡Te queremos, Sondra!

—¿Ve, jefe? ¿Me adoran?

—Pues a ver si te llevas tan bien con el juez porque lo tienes claro. —Cruzaron la acera. —Te va a caer una buena.

—¿Una buena bronca?

—Puedes ir a prisión si su abogado pide intento de asesinato. —Le miró asombrada. —Llevabas el hacha de Margaret.

—¿Pero si la única que me atacó con el hacha fue ella?

—A ver si cuela.

—¡De verdad! ¡Había testigos!

—¿Esos testigos que no habían visto el hacha? ¿Los mismos?

—Dirán la verdad. Solo lo llevaba para abrir puertas. —La miró incrédulo. —Es muy práctico, ¿sabe?

—Se lo cuentas al juez.

Mierda. Aquello no tenía buena pinta. Con lo asquerosa que era Sofia seguro que mentía como una bellaca.

Parpadeó mirando a su abogado. —¿Cómo has dicho, Sheldon?

El hombre que había llevado sus asuntos legales desde que tenía uso de razón carraspeó incómodo al otro lado de la reja. —El fiscal pide intento de asesinato. Te presentaste en su casa con un hacha, la sacaste a rastras, dijiste ante testigos que ibas a matarla… Estás en un lío de primera.

Gimió llevándose las manos a la cabeza. —¡Pero si no le hice nada!

—Tiene contusiones por todo el cuerpo, una costilla fisurada…

—¡Ni siquiera se la rompí del todo! —gritó asombrada.

—Un móvil…

—¿Que quieres un móvil? Yo no tengo.

—¡Qué tienes un móvil para matarla, Sondra! Se lío con tu marido…

—¡Antes de casarnos! —Levantó la barbilla. —Mi Kevin no me ha sido infiel.

—Eso da lo mismo.

—¡Claro que importa!

—¿Me dejas terminar? —preguntó exasperado. Se sonrojó ligeramente y cerró el pico porque a ver si se quedaba sin abogado y era el mejor del pueblo. Él bufó dando un paso hacia la puerta—. Además hay otro posible motivo para el intento de asesinato. El rumor que extendió por el pueblo, que el sheriff me ha confirmado que es cierto.

—¡No es cierto! ¡Mi marido no estafó a nadie! ¡Está demostrado! Por cierto, tienes que arreglar eso de que salga en sus antecedentes. Si no lo hizo no está bien que se lo pongan, ¿no crees?

La miró incrédulo. —¡Sondra, no sé cómo sacarte de aquí!

Perdió el color de la cara. —¿Qué dices? ¡Tienes que sacarme cuanto antes! ¡Tengo una crisis matrimonial gordísima, una hija que ni anda y un rancho enorme! ¡No puedo quedarme aquí! —Frunció el ceño. —Además he comprado un toro que...

—¡Me importa una mierda ese toro!

Ella se cayó de inmediato. —Vale, como te pones.

Nervioso se pasó una mano por su pelo cano. —Vamos a ver si lo entiendes. Todas las pruebas te incriminan.

—Pero hay testigos. Nunca tuve intención de matarla.

—¡Los testigos no vieron como soltabas el hacha! —Se quedó de piedra. —¡El fiscal puede alegar que te lo arrebató la víctima cuando entraste en su casa a la fuerza! ¡Y ella se defendió pues la arrastrabas hasta las escaleras con intención de matarla!

Se agarró a los barrotes. —No fue así. ¡No tuve esa intención! ¡Solo quería darle una lección! ¡Ha intentado arruinar mi matrimonio!

—¿Ves? Ese es el móvil.

—Y por qué no la maté, ¿eh? ¡Cuando la tiré por las escaleras solo le di una patada! ¡Nunca cogí el hacha para cargármela cuando lo tenía delante de mis pies!

Sheldon frunció el ceño y asintió. —Muy bien. Tiraremos por ahí. Si tenemos testigos que corroboren que no tuviste intención de matarla, puede que nos libremos.

—¡Será que me libre yo!

—¡Como no te saque, ya puedo irme del pueblo! ¡Tu marido está arriba con ganas de matar!

Se quedó sin aliento viendo cómo se iba. —¿Y no puedo verle?

—¡Hasta que no veamos al juez no! —respondió subiendo las escaleras.

Gimió posando la frente en los barrotes. —Menuda mierda. —Frunció el ceño. Su marido era un poco gafe. Desde que le había conocido le habían pasado mil cosas. Hasta la casa se le había caído encima. ¿Se podía tener peor suerte? Pues sí, acabando en el trullo por culpa de su examante. De repente sonrió. Estaba arriba.

# Capítulo 14

Casi respiró de alivio al ver entrar en la sala del juzgado al juez Harrison que había sido muy amigo de su padre. Por Dios si la había tenido en brazos mil veces. Ese no la enchironaba. Miró hacia atrás discretamente para ver a su marido y a Denise muy serios sentados tras ella. Denise le hizo un gesto como si no pasara nada, pero Kevin apretó los labios como si la cosa estuviera difícil. Miró al frente. Estupendo, a ver lo que decía el juez.

Después de que el alguacil dijera su nombre se sentó tras su estrado y miró a la audiencia. —Pueden sentarse. ¿Señor Potter?

El fiscal se levantó. —Se presentan cargos por intento de homicidio, señoría.

—¿No me diga? —preguntó con ironía.

Todos miraron al fiscal que se sonrojó ligeramente. —Bueno señoría, intentó matarla.

—Los testigos han declarado que nunca tuvo intención de matarla. ¿De dónde ha sacado eso?

—¿Del hacha que portaba cuando entró en la casa de la víctima? ¿Por qué iba a llevarlo? La señorita Smith no tiene chimenea ni leña que cortar. Ni pollos que es para lo que lo utiliza la señora Forrester en la carnicería. Por cierto, allí también atacó a la señora Forrester traspasando una puerta con el hacha dos veces. ¿Cree que se preocupó por si la pobre mujer estaba detrás? ¡También hubiera podido matarla!

—¿Y por qué no se han presentado cargos de eso?

El fiscal carraspeó. —Porque la señora Forrester no ha querido. Dice que antes se corta un brazo. Que su niña tiene carácter que es lo que falta por estas tierras. Pero de tener carácter a ser una homicida…

—Muy gracioso —siseó Sondra.

El fiscal la miró divertido. —¿Decía algo?

—Que te cae un moco.

El hombre se sonrojó mientras los demás se reían y efectivamente el hombre se pasó la mano por la nariz mostrando algo verde que hizo que el juez pusiera cara de asco. —Límpiese hombre.

—Lo siento, señoría. No lo había notado y…

—Señoría, esto es ridículo —dijo su abogado levantándose—. Si ni siquiera le hizo una simple herida que requiriera puntos. Apenas unas magulladuras que se hizo al caer ella misma por la escalera al atacar a mi cliente con el hacha. Solo quiso quitársela de encima. Fue defensa propia como demuestra que cuando la señora Carmichael llegó abajo no le quitó el hacha y eso que volvió a atacarla. Solo le dijo que no volviera a hacer daño a su familia. Como haría cualquier mujer intentando proteger su matrimonio.

El juez apoyó los codos y levantó una ceja. —¿Y el hacha que llevó?

—Bueno, señoría... Ni se acordaba de que lo tenía en la mano. La cogió para ayudar a salir de la trastienda a la señora Forrester cuando se enteró de la noticia. —El fiscal dejó caer la mandíbula del asombro por su descaro al mentir. Sheldon levantó una hoja. —Aquí tengo su declaración. Fue la propia Margaret la que le pidió ayuda para salir y ella hizo lo que pudo con lo que tenía a mano. Cuando Margaret le contó lo que había ocurrido con su marido puede que se enfadara, pero jamás con intención de matar a nadie.

—¡Gritó que la iba a matar!

—¡Son cosas que se dicen, hombre! —exclamó ella —. Como cuando dijiste en el instituto que ibas a acostarte con Glory Summers y después te comiste los mocos. Como ese que te acabas de quitar.

La miró con rabia mientras el juez reprimía la risa.

—¡Le fisuró una costilla! —exclamó el fiscal—. ¡Siguen en el hospital haciéndole pruebas por un fuerte dolor en la cabeza!

—Menudo cuento. Seguro que le han dicho que puede reclamar indemnización y está estirando el chicle todo lo que puede —dijo su abogado con desprecio.

—Sheldon, yo no pienso pagarle un dólar —dijo ella indignada y echándole cuento añadió —. Me atacó con el hacha

—Nena, ¿quieres cerrar la boca?

Miró hacia atrás y sonrió radiante dejándole confundido. —Claro, cielito. Yo a ti te hago caso en todo.

Preocupado frunció el ceño. —¿Estás bien? —Miró al juez. —A mi mujer le pasa algo. ¿La ha reconocido un médico?

El sheriff sentado tras el fiscal se levantó suspirando. —No lo vi necesario, juez. No tenía ni un rasguño visible y no se quejaba de nada salvo de que tenía a su toro nuevo en la finca y no podía enterarse de cuantos espermatozoides tenía. Ah, y que le había costado una pasta e iba a cerrarle la boca a su marido con las mejores reses del estado.

Se puso como un tomate y miró hacia atrás para ver la cara de cabreo de Kevin. —¿Es que no puedes pensar en otra cosa?

—Igual sí que necesito un médico. ¿Se me habrá cortado un circuito? Es que ha sido mucho estrés. Me dejaste y eso es un shock enorme porque te quiero mucho, mucho. Te lo juro. Pero no quería matarla. En otra época la hubieran quemado por bruja.

Denise reprimió la risa y el juez que intentaba no reírse carraspeó. —No veo caso. Y menos de intento de asesinato. Igual una agresión leve.

—¡Leve! —El fiscal no salía de su asombro. —¡La tiró por las escaleras!

—Fue en defensa propia. De hecho, el único intento de herir con saña fue de la que usted considera víctima hacia la señora Carmichael al atacarla con el hacha.

—Esto es inaudito. ¡Solo se defendió de una loca!

Sondra chasqueó la lengua. —Está picado porque me pidió salir al terminar el instituto y le dije que no. —Sonrió de oreja a oreja. —Ya había conocido a mi amorcito, ¿sabe juez?

—¿Le pediste de salir a mi mujer? —preguntó Kevin con ganas de querer soltar cuatro gritos.

—¡Tenía diecisiete años! ¡Yo qué sabía qué le gustabas!

—¡Lo sabía todo el pueblo!

Todos asintieron menos Denise que preguntó —¿Entonces mi hija está libre?

El juez sonrió. —Sí, aunque tendrá que pagar mil dólares al estado por escándalo público y mil dólares a la señorita Smith por lesión leve.

Ella iba a protestar, pero el juez levantó la mano deteniéndola. —Niña, se ha fisurado una costilla. Sales muy bien librada.

—Cierra la boca —siseó su marido tras ella.

Gruñó viendo como el juez decía con la maza en la mano —Se levanta la sesión.

El fiscal recogió sus papeles con mala leche y ella se volvió ignorándole para sonreír a su marido. —Estás aquí...

—¿Y dónde iba a estar? Tenía que enterarme si te enchironaban.

—Nos hemos librado —dijo Sheldon satisfecho—. La declaración de Margaret ha sido esencial.

—Pues ya le daré las gracias —dijo su marido con ironía—. ¡Era lo menos que podía hacer por cotilla! —Cogió del brazo a Sondra tirando de ella hacia la salida. —Vamos a casa que tenemos que hablar largo y tendido sobre lo chiflada que estás.

—Sí. Además, quiero ver a la niña y…

Él se detuvo. —Como digas algo del toro, te juro por lo más sagrado que quemo el rancho.

Se sonrojó con fuerza. —No, claro que no. ¿Cómo me iba a acordar de él en un momento así?

Kevin gruñó tirando de nuevo de ella mientras Denise les seguía hablando con el abogado. Miró de reojo a su marido cuando llegaron a la camioneta. —¿Estás enfadado?

—¡Sí!

—Jo, qué raro. —Él abrió la puerta del pasajero de malas maneras para que subiera.

—Cielo, tengo que ir a la consulta. Tengo un paciente —dijo su madre sonriendo mientras se sentaba.

—Vale, ¿vienes a cenar?

—Será mejor que no. Hablamos mañana. —Le guiñó un ojo con picardía y Sondra frunció el ceño.

Iba a preguntarle si tenía una cita con Malcom cuando Kevin cerró de un portazo. —Vale, dejaremos la cháchara para otro momento. Qué carácter.

Le observó mientras se sentaba tras el volante y mientras encendía el motor. —Si vas a echarme la bronca…

—La bronca —siseó—. No, nena… No voy a echarte la bronca.

—Pues es un alivio porque…

—¿Cómo se te ocurre? —gritó casi haciendo temblar la camioneta —. ¿Sabes lo que podía haber pasado? ¡Un mal golpe y toda tu vida se va la mierda!

—Bueno, tampoco exageremos.

La fulminó con la mirada. —Y si ella hubiera acertado, ¿eh? ¡Y si te hubiera clavado el hacha!

—¡Ah, que estás preocupado por mí! Tranquilo, tengo buenos reflejos.

Él apretó el volante como si estuviera estrangulándola. —Se nota que el juez era amigo de tu padre porque si hubiera sido otro…

Hizo una mueca porque eso no se podía negar y soltó una risita. —Siempre he sido el ojito derecho de Martin. Como no tenía hijas… ¿Sabes que él me regaló a Calipso?

—¡Sí! ¡Tu padre no dejaba de maldecirle porque no terminabas de dominarlo! ¡Ese caballo está mal de la cabeza!

—Cariño, todo te parece mal. Y no lo entiendo porque todo ha salido de perlas. —Se acercó a él. —¿Es que estás estresado? —La miró como si tuviera cuernos. —Vamos cielo, ya sé lo que nos ocurre. Mucho estrés con lo de la casa, la operación, el nacimiento de la niña y todo lo demás con discusiones sin reconciliaciones. ¿Recuerdas lo bien que se nos dan? —preguntó sensual poniendo su mano en el muslo de Kevin que por poco salta de su sitio—. Las reconciliaciones son lo mejor de discutir. —Se acercó a él y aunque Kevin estiró el cuello consiguió besarle. —Te he echado de menos.

—Nena…

Le mordisqueó el lóbulo de la oreja. —¿Cómo puedo demostrarte que te amo tanto que me duele cuando no estás conmigo?

Él frenó a un lado de la carretera y sorprendida le miró a los ojos. Estaba tan serio que su corazón se retorció en su pecho. —¿Qué

pasa? ¿Ya no me deseas? —preguntó muerta de miedo.

—Joder Sondra… No te merezco.

Se quedó de piedra. —¿Pero qué dices?

—Desde que nos conocemos solo te hago daño —dijo muy tenso.

—Eso no es cierto. Nadie me ha hecho más feliz que tú.

—Cuando salí ayer de casa me di cuenta de lo cabrón que he sido contigo. Es cierto que te conozco, te conozco muy bien. Tu padre me dijo que me alejara de ti y repitió el comentario cuando fue evidente que te atraía, pero su muerte y el testamento me tomó por sorpresa. Era obvio lo que pensabas de mí y no era capaz de acercarme para arreglarlo por mucho que me provocabas. Es más lo empeoré al decirte que eras adoptada. Cuando conseguí olvidar a tu padre, tus reproches y mi pasado, no me podía creer que aceptaras ser mi esposa, cielo. —Sus preciosos ojos azules se llenaron de lágrimas recordando ese momento. —Fue el año más feliz de mi vida, pero esa noche de tormenta provocó algo en mí. Me di cuenta de que lo perdía todo y me volví loco. No sabes la alegría que sentí cuando abriste los ojos. —Una lágrima corrió por su mejilla al escuchar su emoción. —No te había perdido. La niña estaba bien y todo volvería a ser como antes. Pero dijiste que me fuera a trabajar y fue como un jarro de agua fría.

—Lo siento —dijo arrepentida.

—No me podía creer que quisieras que estuviera allí todo el mundo menos yo como si fuera prescindible. Intenté no tomarlo en cuenta y antes de ir al hospital esa noche me pasé por el bar de Sofia para mostrarle las fotos de Jane. —Negó con la cabeza pensando en ello. —No puedo echarle todas las culpas a ella. Como dijiste fue culpa mía. Yo fui el que me alejé. Y cuanto más lo hacía más me enfadaba contigo por mucho que querías arreglarlo. Y luego llegaron tus acusaciones…

—Para mí no eres solo un capataz. Eres mi marido y si no quieres que hablemos de trabajo…

Él miró al frente como si se hubiera dado por vencido y desesperada cogió su barbilla para volver su rostro hacia ella. —Te quiero. Temes perderme y te alejas de mí para no sufrir porque en

esta vida has sufrido mucho. Sé que te ofendí. Sé que pensé locuras, pero…

—También fue culpa mía. Te oculté cosas y no tenía ningún derecho.

—Pues ámame.

La apartó con delicadeza. —Cielo, el problema es que creo que ya no te amo como debería.

Fue como si el mundo se resquebrajara bajo sus pies. —No digas eso —dijo angustiada.

—No he sido totalmente sincero. Te oculté cosas a propósito. Es cierto que ordené derruir la casa en un arrebato, aunque sabía que la adorabas. Y lo de las vallas y todo lo demás lo hice para enfurecerte.

Sin aliento susurró mirando sus tristes ojos negros —Querías que fuera yo la que me alejara.

Kevin apretó los labios apartando la mirada. —¿Entiendes ahora lo que quiero decir con que no te merezco? Una vez te dije que nunca quise hacerte daño a propósito, pero ahora lo he hecho. Lo mejor es que nos separemos.

—¿Por eso crees que no me amas? —Sonrió tirándose a él y abrazándole por el cuello con fuerza. —Cielo, yo te llevo amando desde que te conozco y te maté un toro. A veces nos haremos daño, pero nunca olvides que te quiero más que a mi vida. —Cerró los ojos al sentir como rodeaba su cintura inseguro. —Mi corazón siempre será tuyo.

La pegó a él enterrando su rostro en su cabello como si la necesitara. —Preciosa, lo siento.

—Yo también tengo de que arrepentirme. —Se apartó para mirar su rostro. —Ni pienses que no me quieres porque te has enfadado conmigo. Por supuesto que me quieres sino no te preocuparías por mí como acabas de demostrar. Me entregaste tu corazón, ahora no puedes echarte atrás con lo que me costó conseguirlo.

Él sonrió acariciándola con ternura. —¿Y no me lo vas a devolver?

Besó sus labios suavemente. —Jamás. Es mío para siempre.

# Epílogo

Un caballo llegaba a galope y Kevin que estaba sentado en el porche con la niña en brazos entrecerró los ojos porque parecía que iba sin jinete. Sintió que se le helaba la sangre. —Laura coge a la niña.

Laura sentada a su lado se levantó de inmediato. —¿Es Calipso?

Él bajó los escalones a toda prisa y levantó las manos para que el caballo se detuviera. —So…

Calipso bufó y Kevin pasó la mano por su pelo negro que estaba humedecido. Vio la radio dentro de la alforja de su esposa, lo que indicaba que no podía pedir ayuda. Al mirar sus patas vio tierra roja y cogiendo la radio de la alforja corrió gritando hacia el establo —¡Tom mi caballo!

—¡Está listo, jefe!

Se montó a toda prisa y cabalgó hacia las rocas que estaban asentadas sobre esa tierra rojiza. Estaba a unas millas cuando la vio caminando en dirección a la casa. El alivio fue tan grande que le gritó —¡Voy a pegarle un tiro a ese jamelgo!

Su esposa se echó a reír y cuando llegó a su lado alargó la mano para que la subiera. —No me ha tirado.

—¿No? —preguntó incrédulo.

—Estaba en las rocas y de repente salió corriendo. Debió asustarle algo. —Se subió tras él y le abrazó por la cintura. —Mira que atardecer, cielo.

—¡Déjate de atardeceres! ¡Por poco me da un infarto!

Rió besando su espalda y su marido dijo por radio que estaba ilesa. —Ese caballo un día va a darnos un disgusto —dijo Laura al otro lado.

—Sí, es hora de retirarlo.

Su marido miró hacia atrás sorprendido. —¿Qué has dicho? No me lo puedo creer.

—Al menos los próximos siete meses.

Los ojos de Kevin brillaron. —¿Vamos a tener otro hijo?

—¿Estás contento?

Él hizo una mueca y Sondra se echó a reír pellizcándole el costado. —¡Serás malo! Tampoco me vuelvo tan loca.

—Nena, no sé las hormonas de las demás, pero las tuyas te tienen en un vaivén emocional que es para tirarse de los pelos.

Apoyó su mejilla en su espalda. —Esta vez será niño.

—Yo con que venga bien…—Se giró cogiéndola por la cintura para colocarla frente a él como si no pesara nada y se miraron a los ojos. —¿Estás bien, preciosa?

—¿Y tú?

—No tienes que preguntármelo continuamente para que me sienta seguro, ¿sabes? Sé que me quieres.

—Y tú me quieres a mí —susurró besando su labio inferior.

—Me lo repites tanto que ya no tengo duda —dijo divertido. Ella mosqueada se apartó para mirarle y él carraspeó perdiendo la risa de golpe—. Vamos, que te quiero.

—Muy romántico, cielo. —Kevin se echó a reír de veras y ella jadeó golpeándole en el pecho. —Serás…

La abrazó a él reteniéndola y susurró —Te amo de tal manera que jamás podré olvidar tu risa, el tacto de tu piel ni como me gritas. —Se sonrojó haciéndole reír. —Así que lo amo todo de ti.

Sondra sonrió emocionada. —Así me gusta. Que me ames entera. —La besó apasionadamente y cuando se apartó ella le miró maliciosa. —Cielo, ¿qué tal si me llevas a las rocas para que nos tomemos un descanso?

—Mejor te llevo a casa que todos estarán histéricos deseando echarte la bronca. Sobre todo Laura.

—Quiero que me hagas el amor —protestó ella besando su cuello.

—¿Tienes que discutirlo todo, mujer?

—¿Y tú?

Se la comió con los ojos. —Te amo, nena.

—Por supuesto. Lo que yo decía.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)

2- Brujas Valerie (Fantasía)

3- Brujas Tessa (Fantasía)

4- Elizabeth Bilford (Serie época)

5- Planes de Boda (Serie oficina)

6- Que gane el mejor (Serie Australia)

7- La consentida de la reina (Serie época)

8- Inseguro amor (Serie oficina)

9- Hasta mi último aliento

10- Demándame si puedes

11- Condenada por tu amor (Serie época)

12- El amor no se compra

13- Peligroso amor

14- Una bala al corazón

15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikinga)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco

6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.